



MICHAEL KRÄTKE

Friedrich Engels

El burgués que inventó el marxismo

TRADUCCIÓN DE ÁNGEL FERRERO

Consejo editorial

María Eugenia Aubet

Barbara Biglia

Elvira Burgos Díaz

Manuel Cruz Rodríguez

Manel Delgado

Josep M. Delgado Ribas

Mari Luz Esteban

Oscar Guasch Andreu

Antonio Izquierdo Escribano

Dolores Juliano

Raquel Osborne

R. Lucas Platero

Oriol Romani Alfonso

Carmen Romero Bachiller

María Rosón Villena

Amelia Sáiz López

Verena Stolcke

Meri Torras Francés

Francisco Vázquez García

Olga Viñuales Sarasa

MICHAEL R. KRÄTKE

Friedrich Engels

l' burgués que inventó el marxismo

TRADUCCIÓN DE ÀNGEL FERRERO

Diseño de la colección: Dani Rabaza (Munster Studio)

Diseño original: Joaquín Monclús

Ilustración de la cubierta: Billete de 50 marcos de la República Democrática Alemana, 1971

Título original: *Friedrich Engels oder: Wie ein Cotton-Lord den Marxismus erfand*

Título: *Friedrich Engels. El burgués que inventó el marxismo*

Corrección de Manuel Azuaje

© Michael R. Krätke, 2020

© Ángel Ferrero, de la traducción

© Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL), 2020

Este libro ha contado con la colaboración de la Rosa-Luxemburg-Stiftung con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de la República Federal de Alemania. El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de la editorial y no refleja necesariamente la posición de Rosa-Luxemburg-Stiftung



Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL)

C. Balmes, 25-27, bajos izquierda, 08242 Manresa

www.bellaterra.coop

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-122750-6-3

Déposito Legal: DL B 21283-2020

Impreso por Prodigitalk (Barcelona)

Índice

Introducción	9
Friedrich Engels o cómo un burgués inventó el marxismo	13
El mito	18
Capitalista, empresario, rentista y mecenas	19
Una pluma ágil...	23
...y un erudito	24
Engels en el escritorio: crítica de la economía política	27
Engels en el escritorio: investigación social	31
Engels en el escritorio: naturaleza y ciencias naturales	36
Engels edita a Marx...	41
...¿y lo reescribe?	43
Un pensador independiente y un buen amigo	46
Una polémica trascendental: el <i>Anti-Dühring</i> o cómo Engels inventó el materialismo histórico	48
Entender la historia para hacer historia	53
Por qué no hubo ningún «engelsismo» y no habrá nunca uno	56
Engels y Marx: consideraciones finales	59
Friedrich Engels y las grandes transformaciones del capitalismo	63
Engels y la economía política	63
Engels y el comienzo de la crítica de la economía política	65

Engels y la revolución industrial	70
Crisis, ciclos y el grande y ancho mercado mundial	76
La gran depresión y el fin de la revolución capitalista	80
Los comentarios y adendas de Engels al segundo y tercer volumen de <i>El capital</i>	86
Más que un talento...	94
 Federico el grande	 97
Genio y talento	97
Un pensador avanzado a su tiempo	99
Engels como intérprete de Marx	101
<i>La situación de la clase obrera en Inglaterra</i> , un trabajo pionero	104
Engels y la ecología	112
El «general» rojo	118
Las contribuciones de Engels a la teoría política	125
Leer a Engels en el siglo XXI	134
El «testamento» político de Friedrich Engels	135
<i>La lucha de clases en Francia</i> de Marx	137
Engels después de Marx	138
La introducción de Engels de 1895	139
La nueva estrategia y táctica, ¿cómo ganará la socialdemocracia?	141
El «revisionismo» de Engels: ¿Cambió Engels sus posiciones políticas?	143
 Bibliografía citada	 147
Apéndice	157
I. Selección de los escritos más importantes de Engels	157
a. <i>Publicados en vida del autor</i>	157
b. <i>Escritos inacabados, publicados de manera póstuma</i>	161
II. Ediciones	161
III. Literatura al respecto.	162
Datos biográficos	167

Introducción

La primera vez que leí un texto de Michael R. Krätke fue en *Sin Permiso* y la primera vez que pude asistir a una clase magistral suya fue gracias a *Sin Permiso*, también. La enorme erudición de Krätke me dejó una honda impresión, tanto como su claridad a la hora de exponer sus conocimientos –«con precisión prusiana», como ironizó él mismo al presentarse– y su modestia y extraordinaria amabilidad en el trato, muy lejos de la altivez de ciertos académicos. Al editor de *Sin Permiso*, Antoni Domènech, le gustaba decir que ambas virtudes –la inteligencia y la modestia– por lo común vienen juntas, y lo mismo respecto a los vicios –la mediocridad y el envanecimiento– que son la otra cara de la moneda de aquéllas. Debemos precisamente a Domènech –a quien está dedicada esta edición– la introducción en el Estado español de este importante investigador de la historia del socialismo europeo. Esta biografía de Friedrich Engels que el lector tiene entre manos, publicada en Alemania por la editorial Dietz con motivo de su bicentenario, es el primer libro de Krätke traducido al español. Esperamos que no sea el último.

Si quisiera presumir de ellos, no le faltan a Krätke méritos académicos. Tras estudiar ciencias políticas, sociología y economía en la Universidad Libre de Berlín (FU) y la Universidad de Bielefeld, nuestro autor fue profesor de economía política en las universidades de Ámsterdam, en los Países Bajos, y Lancashire, en el Reino Unido, además de profesor invitado en diferentes universidades, entre ellas la de Tohoku, en Sendai, Japón. Es miembro, además, del consejo editorial de varias revistas

de divulgación y académicas como *SPW – Zeitschrift für sozialistische Politik und Wirtschaft* (Alemania), *Actuel Marx* (Francia), *Marx2000* (Corea del Sur) y la ya mencionada *Sin Permiso*, donde nos alternábamos la traducción de sus artículos Antoni Domènech, Daniel Escribano y yo mismo, y ahora se encarga, entre otros, Jaume Raventós. Krätke también es miembro de organizaciones como la Fundación Rosa Luxemburg y ATTAC Deutschland, además de escribir regularmente sobre economía en los semanarios *der Freitag* (Alemania) y *WOZ* (Suiza). Como investigador, ha estudiado temas tan importantes como la teoría e historia de las crisis, el papel de las finanzas en el capitalismo moderno y los efectos del Estado del bienestar, en sus diferentes formas nacionales, en la estructura de clases de las sociedades capitalistas de posguerra. Y, por descontado, ha sido investigador asociado al Instituto Internacional de Historia Social (IISG) de Ámsterdam y desde hace años forma parte del consejo asesor de la nueva edición de las obras completas de Marx y Engels (MEGA) y del proyecto para la elaboración de un diccionario histórico-crítico del marxismo. Como experto en la obra de Marx y Engels, se ha ocupado de la historia de la creación de *El capital* y de la historia de diferentes corrientes y escuelas del marxismo, en particular del austromarxismo.

En este libro Krätke se propone ir más allá de, como él mismo escribe, los episodios y anécdotas de la vida de Engels, así como de «lo supuestamente escandaloso de su agitada vida privada» –dos características que achaca a las biografías escritas por Tristram Hunt y Hans-Peter Bleuel– y presentar su contribución intelectual a lo que hoy conocemos como «marxismo». El autor reivindica no al supuesto Engels «filosófico» o «teórico», sino al «científico», al que trabajaba con datos empíricos, libre de prejuicios y dogmas. Señalando sus aciertos, pero también sus errores, que los hubo, y deteniéndose a analizar las polémicas que, aún hoy, rodean a su figura, desde el *Anti-Dühring* a la edición de los volúmenes segundo y tercero de *El capital*. Krätke explica con detalle la farragosa y con frecuencia poco agradecida labor que supuso la edición de los textos de Marx tras la muerte de este.

Esta edición también incluye un texto sobre Engels como agudo observador de las grandes transformaciones que experimentó el capitalismo en el siglo XIX y un análisis del llamado «testamento político» de Engels y su importancia para la estrategia política de los partidos y movimientos socialistas en Europa, cuyas lecciones van más allá del

momento en que se redactaron. En el tercero de los textos que se han incluido en esta edición, Krätke aborda la capacidad fuera de lo común de Engels para tratar un amplio abanico de temas, desde la ecología —una cuestión que ha ido adquiriendo relevancia social en las últimas décadas— a medida que se ha agravado el deterioro medioambiental —hasta la teoría política y la evolución de la estrategia militar, un campo que puede que sorprenda ver en esta lista a algunos lectores, pero en el que el autor de *La clase obrera en Inglaterra* fue considerado un importante e influyente teórico en su día.

Todo ello lo hace Krätke de una manera clara y accesible a los lectores, también a quienes no estén familiarizados con los detalles y controversias de la historia del socialismo. Lo hace sin perder por ello su solidez y su rigurosidad intelectual. Como traductor, espero haber estado a la altura.

Àngel Ferrero
Barcelona, octubre de 2020

Dedicado a la memoria de Antoni Domènech (1952-2017)

Friedrich Engels o cómo un burgués inventó el marxismo

No habría Marx sin Engels. Sin Friedrich Engels, Karl Marx no habría pasado tan rápidamente de la filosofía a la economía política. Sin la influencia de su amigo, dos años más joven, Marx no hubiese conocido el socialismo y comunismo contemporáneos ni tan rápida ni tan profundamente. Sin Engels le habría resultado considerablemente más difícil entrar en contacto con el movimiento obrero de su época. Sin Engels, Marx habría metido la cabeza en el nuevo mundo del capitalismo industrial mucho más tarde. Sin Engels, el panfleto más conocido e influyente de la historia de los modernos movimientos sociales, *El manifiesto del Partido Comunista*, posiblemente jamás se hubiese escrito. Sin Engels, Marx apenas habría conseguido en los años revolucionarios de 1848 y 1849 convertir *La Nueva Gaceta Renana* en el principal portavoz de los demócratas radicales.

Sin Engels, Marx no habría sobrevivido en el exilio británico, sino que habría sucumbido en él, con su mujer e hijos. Sin él, no habría tenido ningún éxito como periodista y corresponsal del periódico con mayor tirada del mundo de la época, el *New York Daily Tribune*. En sus comienzos, en 1851, Marx a duras penas era capaz de escribir en inglés, los primeros artículos se los escribió Engels, y esta situación se prolongó por doce años. Siempre que Marx tenía dificultades, Engels daba un paso al frente y entregaba el artículo, que no se publicaba en su nombre y cuyos honorarios, y la correspondiente fama, se llevaba Marx. De Engels proceden todos los artículos militares y quizá muchos de los de política

exterior. Sin su amigo Engels, la principal obra de Marx, *El capital*, nunca se hubiese escrito. Las generaciones posteriores no hubiéramos tenido nada útil para entender mejor el mundo del capitalismo moderno más allá de una montaña de extractos, anotaciones y manuscritos fragmentarios e incompletos. Sin los denodados esfuerzos de Engels no hubiera aparecido el primer volumen de *El capital* en septiembre de 1867, quizá ni siquiera se habría impreso en vida de Marx. Sin Engels, posiblemente nunca se hubieran publicado el segundo y tercer volumen de *El capital*, décadas después. Sin Engels, no hubiera existido en Europa ningún movimiento obrero socialista que, al menos en Alemania, Austria y Suiza, seguía a Marx. Sin Engels no hubiera existido el marxismo.

No se puede hablar de Engels sin hacerlo de Marx. Ninguna otra persona desempeñó un papel en su vida como Karl Heinrich Marx. En verano de 1844 ambos se encontraron en el Café de la Régence en París. Engels tenía 24 años, Marx, 26. Era su segundo encuentro, el primero, dos años antes en Colonia, fue breve y reservado. En París se entendieron de inmediato y hablaron largo y tendido sobre el proyecto de sus vidas: interpretar correctamente el mundo moderno con el fin de transformarlo. En estos diez días en París sellaron una amistad que duró toda su vida y más allá. A partir de entonces colaboraron estrechamente: intercambiaron correspondencia prácticamente a diario, compartieron sus pensamientos, grandes y pequeños, sus descubrimientos, sus dudas, sus preocupaciones y sus necesidades. Una amistad poco habitual entre dos personas muy diferentes que tuvo consecuencias, incluso consecuencias para la historia universal cuando uno piensa en la historia posterior del marxismo. Su origen, en última instancia, radica en esta alianza improbable entre dos mentes a la par, y en ello Engels jugó un papel decisivo. Fue el primer marxista, el hombre que inventó el marxismo.

Engels sigue hasta el día de hoy a la sombra de su gran amigo, y además tiene la peor prensa. Cuando se habla de Engels, se piensa en Marx, mientras que lo contrario sucede solo raramente. Actualmente no existen más que un puñado de biografías sobre Engels, nada en comparación con lo que rodea a la figura de Marx y la industria editorial a la que ha dado pie. En 1920 apareció el primer volumen de la completa biografía de Engels de Gustav Mayer, el segundo en 1930, y hasta la fecha es la mejor. Con el trabajo de Mayer comenzó la investigación independiente sobre Engels.¹ Hoy como ayer, Engels sigue siendo

1. Véase Gustav Mayer *Friedrich Engels. Eine Biographie. Erster Band: Friedrich*

considerado por muchos como una suerte de acompañamiento a la obra de arte total que es Marx, un ayudante capaz, un popularizador. Ocasionalmente se lo presenta como un actor secundario, mecenas del gran hombre, un personaje más en el drama de Marx. Los investigadores de Engels, como Gustav Meyer, lo ven de otro modo. Consideran a Engels tan importante en la vida de Marx, sus historias y obras tan entrelazadas, que a muchos les pareció obligatorio realizar una «biografía doble» de ambos.² Engels, en efecto, ocupa un espacio considerable en la mayoría de biografías de Marx. Sus contemporáneos, amigos y enemigos veían en Engels y Marx una pareja inseparable.

Entre Marx y Engels nunca hubo celos. Solamente el gran amor de Marx, Jenny von Westphalen, con quien se casó con 25 años y con la que vivió hasta su muerte, padeció haber de compartir a su estimado con «Herr Engels». Únicamente después de años de amistad, plenamente consciente, Marx y su familia establecieron cierta distancia respecto a Engels –a quien Marx y sus hijas llamaban «Fred» o «el general»–, quien, pese a todo, siempre tuvo un cálido acogimiento en la familia: las hijas de Marx lo consideraban un segundo padre en el que podían confiar incondicionalmente y al que en cualquier momento podían solicitar consejo y ayuda.

Engels in seiner Frühzeit, 1820–1851 (1920); *Friedrich Engels. Eine Biographie. Zweiter Band: Engels und der Aufstieg der Arbeiterbewegung in Europa* (1930). Ambos volúmenes aparecieron simultáneamente, del primero hubo una edición mejorada en 1934. Una edición académica en dos volúmenes apareció en 1975. Gustav Mayer fue también el primero en llevar a cabo una edición de los escritos de juventud de Engels *Friedrich Engels: Schriften der Frühzeit. Aufsätze, Korrespondenzen, Briefe, Dichtungen aus den Jahren 1838–1844, nebst einigen Karikaturen und einem unbekannten Jugendbildnis des Verfassers* (1918).

Aunque la edición de Mayer causó entonces sensación, estos escritos tempranos de Engels tuvieron una acogida menos calurosa que los de Marx, que se publicaron por vez primera en 1932. Además de la de Mayer, hay otras tres grandes biografías de Engels con voluntad académica: William O. Henderson, *The Life of Friedrich Engels* (1976); John Green, *A Revolutionary Life: A Biography of Friedrich Engels* (2008); Tristram Hunt, *Friedrich Engels – Der Mann, der den Marxismus erfand* (2012).

2. Así lo escribe Gustav Mayer en *Friedrich Engels*. Vol. 1 (1934), y Klaus Körner: «Nosotros dos dirigimos una sociedad compartida» (2009: 11). Una persona intentó realmente poner en obra una biografía de este tipo: Heinrich Gemkow con *Unser Leben*, que apareció en 1981 en Dietz Verlag, Berlín. La extraordinaria amistad y cooperación intelectual entre dos hombres fuera de lo común siempre ha atraído a los históricos. La presentación más reciente y mejor informada se encuentra en Jürgen Herres, *Marx und Engels. Porträt einer intellektuellen Freundschaft* (2018).

Del hecho de que Engels esté tan enormemente subestimado es él mismo en parte responsable. Tras la muerte de Marx minimizó su papel constantemente: él simplemente «hizo lo que hizo, concretamente tocar el segundo violín», escribió a su viejo amigo Johann Philipp Becker (15 de octubre de 1884, vol. 36, p. 218). Lo cierto es que durante años interpretó el primer violín e incluso dirigió toda la orquesta del movimiento socialista. Aunque le incomodase haber de interpretar el papel de máxima autoridad espiritual del recién creado marxismo, llevó a cabo la tarea, y además con éxito. Según el propio Engels en una nota a pie de página a su escrito *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* de 1886, él contribuyó con «una parte significativa propia» en la fundación y desarrollo de su teoría, pero «el grueso de las ideas fundamentales, especialmente en los ámbitos económico e histórico, y especialmente su aguda formulación definitiva, pertenece a Marx». «Lo que Marx hizo yo no podría haberlo llevado a cabo [...] Sin él la teoría no sería hoy lo que es». En 1888 sentenció: «Marx era un genio, todos los demás, a lo sumo, talentos» (1885a, vol. 21, pp. 291-292). En pocas palabras, Engels era de una modestia exagerada y Marx era su ídolo.

No obstante, Marx veía las cosas de otro modo. Nunca ocultó su admiración por Engels. Estaba orgulloso de su amigo y profesaba un enorme respeto por la multidisciplinariedad de sus conocimientos científicos. Consideraba a Engels como el único interlocutor y crítico a tener en cuenta, como el único poseedor de una mente al mismo nivel, y tanto le importaba su juicio que se adentró en diferentes estudios solo para convencerlo, también en cuestiones menores (Lafargue, 1890, vol. 21, p. 20). Para Marx, Engels era mucho más que un talento. Sabía muy bien que no hubiera llegado muy lejos sin él. Engels es mi «amigo más íntimo, no le guardo ningún *secreto*», escribía Marx en 1866 a Ludwig Kugelmann (25 de octubre de 1866, vol. 31, p. 535). «Pensar en ti y tu amistad [siempre] me ha mantenido en pie y con la esperanza de que aún tenemos algo razonable que hacer juntos en este mundo», escribió Marx a Engels tras la muerte de su hijo Edgar en 1855 (12 de abril de 1855, vol. III/7, p. 189). «Estimado *boy*, bajo todas estas circunstancias uno siente *more than ever* la suerte de una amistad como la que existe entre nosotros [...] Por tu parte, sabes que no tengo en tan alta estima ninguna otra relación» (20 de febrero de 1866, vol. 31, p. 183).

Engels nunca se jactó de esta amistad. Dio un paso atrás y, conscientemente, se puso a la sombra de su mayor amigo. Una maniobra

de un enorme éxito. No se puede hablar de una hegemonía de las ideas y conceptos marxistas y engelsianos en el movimiento obrero socialista en Alemania de entonces, por no decir en Europa y más allá. Había numerosos rivales, muertos y vivos, entre ellos algunos célebres, y envueltos en un halo de santidad de la que difícilmente podía sacárselos, como Ferdinand Lassalle, Pierre-Joseph Proudhon, Mijaíl Bakunin y Karl Rodbertus.³

En el marxismo-leninismo, Marx y Engels devinieron una suerte de deidad sagrada bifronte. Sin embargo, esos gemelos de la mitología de los partidos marxistas jamás existieron. Ambos tenían personalidades fuertes, que se diferenciaban completamente incluso en su apariencia externa. Marx era más bien rechoncho, tenía el pelo y la barba negras, ojos oscuros y una amplia frente, y hombros anchos. Era cordial en el trato, un pensador imponente de hábil verbo que carecía, empero, del talento para ser tribuno popular. Engels era alto, delgado, tenía el cabello y la barba de un rubio oscuro, y ojos azules. De maneras irreprochables, un caballero de pies a cabeza, vestido con sus mejores galas, un socialista con corbata, levita y sombrero de copa, jovial y chistoso, ocasionalmente brusco y un orador bastante bueno. Con su casi metro ochenta de altura, Engels era un hombre alto para su época, poseedor además de un físico fuerte y robusto. Durante sus años de juventud en Alemania había practicado mucho deporte: hípica, natación, esgrima. Ejercicios que continuó en Inglaterra, donde se convirtió en un jinete apasionado de esta actividad y participó en la caza del zorro de la alta sociedad de Lancashire. Hasta una edad avanzada hacía a diario largos paseos —en sus últimos años de vida, en los parques londinenses— y le gustaba sorprender a sus amigos y conocidos más jóvenes dejándolos atrás a paso rápido. Los dos eran arrogantes, cada uno a su manera, y juntos podían llegar a ser insoportables.

Sus maneras de trabajar eran fundamentalmente diferentes. El joven Engels se había acostumbrado a una estricta disciplina laboral como aprendiz de empresario. La holgazanería era algo que no podía

3. Este no es el único motivo por el que las peroratas sobre «engelsismo» son un sinsentido. Engels tuvo mucho éxito a la hora de elevar a Marx y situarlo en un primer plano. En la iconografía de la socialdemocracia europea Marx aparecía regularmente junto a Lassalle (y otros), a diferencia de Engels, que, en cambio, apenas aparecía. Este luchaba entre bastidores, no por él, no por alcanzar poder e influencia para sí, sino para otro mayor, que para las «autoridades socialistas» y pretendientes tenía la ventaja de no ser ya peligroso.

permitirse. Así, trabajó de manera disciplinada hasta su vejez, de acuerdo a un plan, fijándose plazos y cumpliendo con ellos. Por regla general, entregó todos sus textos puntualmente. Engels escribía con soltura y era un excelente periodista, todo lo contrario que Marx, a quien el trabajo periodístico se le hacía cuesta arriba. Engels era capaz de trabajar a partir de una montaña de material, pero además podía ordenarlo y sopesarlo adecuadamente. Escribía con fluidez, redactaba sus manuscritos con mayor facilidad que Marx. Su caligrafía era clara: los manuscritos redactados por la mano de Engels son fáciles de leer. En cambio, Marx había de esforzarse en ocasiones para descifrar sus propios apuntes. Sin su mujer, Jenny, que pasaba a limpio sus manuscritos, probablemente hubieran acabado desechados. Y sin Engels, que podía comprender su caligrafía, los manuscritos legados por Marx hubieran quedado inéditos. Con todo, los años dedicados a aclarar los manuscritos de Marx acabaron pasando factura a la vista del viejo Engels.

El mito

El mito de Marx y Engels existía desde mucho antes de que fuese canonizado en la desafortunada política memorial del marxismo-leninismo. Marx y Engels de vez en cuando bromeaban con la posibilidad de que acabasen siendo retratados como una cabeza de Jano.⁴ La otra cara de este mito era el relato de un oscuro Marx seduciendo el alma inocente del joven Engels, y la fábula de un frívolo Engels convertido en demonio del pobre Marx.

Franz Mehring dedicó en su biografía de Marx todo un capítulo a la relación entre Marx y Engels. Mehring siguió la propia descripción de Engels: Engels era un genio menor, y, de los dos, el pensador menos profundo.⁵ Max Adler, ya en 1908, se opuso a la extendida creencia de que «el significado para la historia de la filosofía es que Engels había consistido esencialmente en haber sido un genial popularizador e intérprete del complejo pensamiento de Marx», y se propuso corregir esta

4. Marx hablaba irónicamente de su «amistad propia de Orestes y Pílates» (20 de enero de 1864, vol. 30, p. 387).

5. Véase Franz Mehring (1974, pp. 232-244).

deformada imagen de Engels para rendirle adecuadamente tributo como teórico por sus «propios méritos» (Adler, 1972, pp. 151-152).⁶

Hoy nos encontramos ante una forma ampliada de este mito. Engels habría supuestamente corrompido los geniales destellos teóricos de su amigo Marx y sentado las bases de la posterior transformación de la teoría marxiana en una abstrusa ideología de partido y de Estado. Entre el teórico Marx y Engels mediaría un abismo. Cuanto más subestiman a Engels los representantes de esta corriente, más elevado ven el espíritu de Marx, inalcanzable salvo para los iniciados.⁷

Lamentablemente, cabe constatar que entre marxistas y quienes aspiran a serlo el vilipendio ha hecho fortuna. Su popularidad se debe, entre otros motivos, a que la figura de Engels no encaja en muchas de las maneras de ver el mundo de la izquierda.

Capitalista, empresario, rentista y mecenas

Engels nació el 28 de noviembre de 1820 en Barmen, el hijo mayor de una vieja y reputada familia de industriales. Su hogar, marcado por un rígido protestantismo, se encontraba en una región en la que la era de la industria moderna ya había comenzado. Barmen ya se describía entonces como el «Manchester alemán». Poco que ver con los paisajes bucólicos de la antigua ciudad episcopal de Tréveris en la que creció Marx.

El despierto heredero era un buen estudiante, aprendía rápido y observaba el mundo con una mente abierta, aunque tenía problemas con la disciplina escolar y padeció bajo la estrechez de miras de su hogar. Engels era un lector voraz e insaciable, aunque no un ratón de biblioteca, más deportista que estudiante. Con diecisiete años

6. En toda la escuela austromarxista nunca se registraron intentos de confrontar a Marx y Engels, aunque sus autores vieron con claridad las diferencias entre ambos.
7. A los representantes de esta entretanto difundida visión se los encuentra tanto en el espacio germanófono como en el anglosajón. Denostar a Engels parece ser una atracción irresistible especialmente para aquellos que ven a Marx sobre todo como un hegeliano (Lichtheim, *Marxism. A Historical and Critical Study*, Londres, 1961; Levine, *The Tragic Deception. Marx contra Engels* (1975, 2006); del mismo autor, *Divergent Paths. Hegel in Marxism and Engelsism* (2006); Carver, *Marx and Engels, Their intellectual relationship* (1983). En Alemania son ante todo los representantes de la llamada «nueva lectura de Marx» quienes difaman a Engels como a alguien que no entendió a Marx. Las vindicaciones de Engels son más bien escasas, entre las excepciones se encuentra Gareth Stedman Jones, *Engels und die Geschichte des Marxismus, in Klassen, Politik und Sprache* (1988).

soñaba con convertirse en escritor y se han conservado algunos de sus intentos literarios: redactó poemas –mejores que los del joven Marx–, dramas y una comedia. Incluso se ha conservado una novela de piratas. La literatura era una forma de liberarse de la asfixiante religiosidad de su entorno.

Friedrich Engels padre, un empresario de éxito de la industria textil y poseedor de fábricas, se había propuesto hacerse un lugar en la liga de la pujante industria del algodón, en expansión mundial, y asociarse con la empresa de su hermano Ermen en Manchester. A partir de entonces la familia hubo de someterse a todas las obligaciones de una empresa familiar en crecimiento. Engels padre sacó a su hijo mayor del instituto casi un año antes de que terminase su formación. La decisión le disgustó: él hubiera preferido terminar el instituto y continuar estudiando.⁸ En vez de eso hubo de formarse como empresario. Tras las primeras tomas de contacto en la empresa paterna en Barmen fue enviado a Bremen para ampliar su formación. Allí permaneció casi tres años, completó una formación competente y aprendió de los peces gordos del lugar las artes del oficio. Bremen era una buena elección: la ciudad entonces era uno de los nodos del comercio mundial, en particular de la industria textil alemana. En comparación con Barmen, Bremen era una gran ciudad, allí había periódicos, bibliotecas públicas, librerías, cafés y clubes, que Engels frecuentó con vivo interés. Para un joven empresario era una obligación inexcusable hablar idiomas y leer la prensa mundial para estar informado sobre el curso de los acontecimientos en los mercados mundiales.⁹

Ser el heredero de una empresa textil emergente y con presencia en el extranjero y redes de ventas tenía sus ventajas. El joven Friedrich viajó con su padre a Suiza y desde allí atravesó el norte de Italia hasta Milán. Disfrutaba de los viajes de negocios porque de ellos podía aprender mucho. Poco después, en julio y agosto de 1838, su padre se lo llevó consigo a Londres y Manchester. Por primera vez, pudo ver las calles y plazas de «Cottonopolis», la capital mundial de la floreciente industria del algodón y la primera ciudad industrial moderna de Europa.

8. Esta práctica, empero, estaba entonces extendida entre los círculos empresariales. Entre los fabricantes estaba extendida la creencia de que las universidades únicamente echarían a perder a sus hijos de cara a dirigir sus negocios, ya que entonces no existían carreras de gestión y administración de empresas. El joven Engels se encontraba ante una incómoda disyuntiva: terminar el instituto, estudiar derecho e iniciar una carrera de funcionario prusiano, o convertirse en empresario (véase Mayer 1934, vol. I, p. 14).

9. Sobre los años de Engels en Bremen, véase Günther König (2008).

Las fábricas contaban con la tecnología punta de la época. Aquí Engels pasaría más de veinte años de su vida.

¿Pero convertirse en un empresario, en el director de una fábrica? La perspectiva horrorizaba al joven Engels, quien, después de finalizar el servicio militar en Berlín, fue enviado de nuevo por su padre a Manchester, donde había de terminar su formación. De noviembre de 1842 a agosto de 1844 trabajó como asistente de dirección de la hilandería de algodón Ermen & Engels. En estos años decisivos conoció a su compañera Mary Burns, aquí entró en contacto por vez primera con el movimiento obrero real y aquí comenzó a comprender el moderno capitalismo industrial.

A los años de formación en Barmen, Bremen y Manchester le siguió una etapa agitada. Conoció a Marx, con quien colaboró estrechamente en París, Bruselas y Colonia, y ambos experimentaron sus primeros éxitos como escritores, periodistas y activistas políticos, y sufrieron también sus primeras agrias derrotas. En invierno de 1849, tras el fracaso de la revolución democrática en Europa, se reencontraron en Londres. Para huir de la miseria de la emigración y poder ayudar a sus amigos, Engels aceptó la última oferta de su padre y regresó a Manchester.

Su trabajo en la fábrica Ermen & Engels comenzó en una posición subalterna. Pronto se haría indispensable para su padre. Sin embargo, hubieron de pasar años hasta convertirse en socio de la compañía. Engels se convirtió sin tardanza en miembro de la bolsa de Manchester (entonces la mayor de Europa) y un capitalista con frecuencia singular, que se regocijaba con cada indicio de recesión y no podía ocultar el entusiasmo que le causaba el despuntar de la próxima crisis, que a sus socios hacía temblar en sus levitas. Ante el largamente esperado estallido de la crisis económica mundial en otoño de 1857, Engels manifestó de inmediato su júbilo e informó a Marx, divertido, como su evidente alegría irritaba a sus colegas burgueses (15 de noviembre de 1857, vol. 29, pp. 208-212).

Engels acabó dedicando al final veinte años de su vida a aquel «negocio de sicofantes». Únicamente a partir de 1864 logró convertirse en socio de pleno derecho de Ermen & Engels, y se convirtió en aquello con lo que Jenny Marx había soñado en 1850: Engels era ya un todo «*cotton lord*».¹⁰

10. En la documentación de Manfred Kliem se encuentran algunas tablas tanto del salario anual de Engels en sus años en Manchester como de los pagos realizados a la familia Marx en ese mismo periodo (1977, pp. 330, 342, 346, 408). Esta documentación revela que los ingresos de Engels eran relativamente modestos, y que sus ganancias se debían, sobre todo, a sus participaciones en los beneficios,

Pero Engels quería abandonar los negocios, y en 1869 vendió su participación a los hermanos Ermen. Trabajó un año más como asesor de empresas, una actividad con la que ganó considerable dinero, y tuvo éxito en la bolsa. Al final consiguió lo que anhelaba: su libertad. Una de las hijas de Marx, Eleanor, acompañó a Engels en su último día de trabajo: «Nunca olvidaré el triunfante ‘por última vez’ que pronunció al calzarse las botas por la mañana para acudir al trabajo por última vez. Unas horas después [...] lo vimos [...] regresar: jugaba con su bastón y sonreía de oreja a oreja. Después lo celebramos con una cena, bebimos champán y todos estábamos contentos» (1983, pp. 402-403).

Con casi cincuenta años, Engels había ganado lo suficiente y acumulado una riqueza personal suficiente como para poder vivir de sus inversiones, independiente. Financió a la familia de Marx hasta la muerte de este y después de su fallecimiento. Engels era un sagaz hombre de negocios, entendía bien los negocios bursátiles como para incrementar su capital que al final había más que duplicado, incluso con su generosa ayuda a sus amigos y camaradas en el movimiento socialista. Aunque su casa tenía las puertas abiertas y estimaba la hospitalidad, su estilo de vida era modesto para un rentista y antiguo empresario textil. Vivió toda su vida de alquiler, en Manchester no alquilaba a veces más que habitaciones amuebladas, y por todo lujo privado poseía un caballo de monta en Londres, una nutrida biblioteca y una bodega de vino bien surtida. Las vacaciones las pasaba en conocidos balnearios de Inglaterra.

Engels poseía una jovialidad típicamente renana, nunca dejó de ser un mozo que desprendía humor y al que gustaba hacer bromas, un señor bien vestido, con levita y sombrero de copa, de exquisitas maneras y pedigrí, un hombre que amaba a las mujeres y disfrutaba de la vida. Se desenvolvía igual con la misma soltura y seguridad en la buena sociedad, burguesa y urbana, de Manchester, que en los bares obreros. Era un *gentleman* tanto en las bibliotecas y seminarios como en su casa, en el parque de la bolsa o en la caza del zorro, el deporte favorito de la élite británica. Destacaba como presidente de una sociedad literaria como era la Schiller-Anstalt de Manchester. Era un académico autodidacta de primer orden, capaz y con una autoridad reconocida en múltiples

que aumentaron con el paso de los años. La mayor parte de estos detalles aparecen en el libro de Gustav Mayer, algunos documentos, como contratos de la empresa, siguen almacenados en la Lancashire Record Office en Preston.

Ámbitos, reflejada en la correspondencia, en la que tenía lugar una buena parte de la comunicación científica en el siglo XIX.

Una pluma ágil...

Por si fuera poco, el muchacho además sabía escribir. Cuando el joven Friedrich se encontró con el joven Marx, a ambos les precedía una reputación como periodistas y escritores. Engels no era inferior a Marx en nada, es más, era el más avezado y ágil de los dos. Sus primeros escritos y artículos hubo de publicarlos de manera anónima. La serie «Cartas desde Wuppertal», sobre las condiciones en el distrito industrial de Barmen, despertaron un acalorado debate en los residentes de la ciudad. En esta serie, Engels había situado a sus paisanos ante un espejo en el que no les gustaba verse, ya que describía las miserables condiciones de vida y trabajo de los trabajadores fabriles de Wuppertal, la destrucción medioambiental, que transformaba ríos y arroyos en cloacas pestilentes y contaminaba el aire. De haber sabido su padre quién era el verdadero autor, le hubiera expulsado de casa (1839, vol. 1: 413-432). Con el seudónimo de Friedrich Oswald, publicó en 1842 varios artículos en los que defendió a Hegel contra el filósofo Schelling y otros autores que despreciaban al viejo maestro (1842a, vol. 41: 163-245). Es muy posible que Marx hubiese leído algún texto de Engels antes de conocerlo, sin saber que el autor no era otro que el propio Friedrich Engels. En 1844 el joven publicó por vez primera con su propio nombre, pero muchos de sus trabajos posteriores aparecieron de forma anónima o firmados por Marx.

Por lo general, escribir le resultaba fácil. Engels escribía con soltura, sin florituras, su estilo era contundente, y en ocasiones polémico. Como futuro empresario y posterior director de fábrica, había aprendido a expresarse de manera concisa y clara, no hay ningún atisbo de pedantería en su correspondencia internacional. Engels apenas recurría a las notas de pie de página en sus escritos: aquello que tenía que decir lo decía sin circunloquios, y abominaba la fatuidad intelectual. Marx admiraba a su amigo por su estilo claro, también por su capacidad de trabajo, día o noche, de manera precisa y diligente.

Pero también la trayectoria de Engels está repleta de proyectos inacabados. Muchos son proyectos comunes con su socio Marx, desde una crítica a Friedrich List hasta una explicación de la crisis económica mundial de 1857-58, una polémica contra Proudhon y un estudio

sobre la propiedad comunal en la prehistoria y la antigüedad clásica. Engels, como Marx, no pudo terminar muchos de los proyectos que comenzó como artículos seriados. Ya es sorprendente que pudiese terminar muchos de ellos, teniendo en cuenta su carga triple de trabajo como empresario, periodista e investigador social.

Sin la intervención de Engels nunca se habría completado el texto más famoso y hasta la fecha exitoso de Marx y Engels. Fue él quien consiguió el contacto de la Liga de los justos, una de las sociedades secretas formadas por trabajadores alemanes emigrados. Fue él quien convenció a los miembros de la liga en diferentes conferencias de la necesidad de reorientar el movimiento obrero radical. De que hacía falta un documento fundacional para la organización, que poco después pasó a llamarse la Liga de los comunistas. En unas pocas semanas, desde finales de octubre hasta comienzos de noviembre de 1847, Engels escribió su propio borrador, los «Principios del comunismo», cuyo resultado no le satisfizo (1847b, vol. 4, pp. 363-380). Mejor «titulémoslo: *Manifiesto comunista*», ya que en el texto debía «explicarse la historia» (23-24 de noviembre de 1847, vol. 27, p. 107). A la hora de reescribir el borrador, Marx construyó a partir de lo redactado por Engels. Es fácil identificar el borrador de Engels en los pasajes del *Manifiesto* en los que se describe la industria moderna, las condiciones de vida de los proletarios modernos, el mercado mundial moderno y sus crisis. La lista con las doce medidas para la expropiación de la propiedad privada la tomó Marx prácticamente en su integridad. Aunque Marx terminó de redactar el texto en apenas tres semanas, Engels volvió a reescribir algunas partes después. Con justicia, el *Manifiesto del Partido Comunista* se considera como un trabajo conjunto de las dos mejores plumas de la izquierda.

...y un erudito

Engels podía escribir polémicas, panfletos, manifiestos, artículos de prensa y folletos tan bien como libros. El primero mismo, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, fue un gran éxito, incluso entre los economistas alemanes. Bruno Hildebrandt, el representante más importante de la vieja escuela historicista y un acerado crítico de la economía política clásica, dedicó al libro de este joven y anónimo autor que carecía de título académico una extensa crítica, en la que lo elogió como el «escritor social» más capacitado y conocedor del tema (1848, pp.

155-247). La recensión fue un auténtico espaldarazo para Engels, que entonces tenía 24 años.

El joven Engels era consciente de sus carencias educativas. No era ajeno a las dudas y su extrema humildad no era impostada. En 1842 escribió a Arnold Ruge, entonces redactor de la *Gaceta Renana*: «No soy doctor y nunca podré serlo, solamente soy un empresario» (15 de junio de 1842, vol. 27, p. 404). Poco después comunicó a Ruge que quería dejar temporalmente de escribir para poder estudiar: «Soy joven y autodidacta en filosofía. He aprendido lo suficiente como para formarme en una convicción y, en caso de necesidad, representarla, pero no lo suficiente como para servirla con propiedad y con éxito» (26 de julio de 1842, vol. 26, p. 408). La afirmación era sincera, pero exagerada. Gracias a su privilegiada posición como voluntario del ejército durante un año, con residencia propia en Berlín, suficientes ahorros y tiempo libre, pudo asistir a conferencias en la Universidad de Berlín. En el semestre de invierno de 1841 asistió asiduamente, como invitado, a conferencias sobre filosofía y teología, literatura e historia, e incluso cameralística, como entonces se llamaba en Alemania a la economía política (1842b, vol. 41, pp. 249-254). Engels asistió, entre otras, a las conferencias de Schelling, que recién acababa de acceder al puesto. Estuvo vinculado durante algún tiempo a los jóvenes hegelianos, se movió en sus círculos, donde era recibido con los brazos abiertos. Pronto se emancipó del hegelianismo, aunque conservó un respeto saludable y una profunda admiración por el hombre a quien él, el antifilósofo, consideraba como el último gran filósofo.

Engels poseía considerables talentos, entre ellos una extraordinaria capacidad para los idiomas. Hablaba y escribía más de una veintena de idiomas, prácticamente la mitad de ellos con fluidez. Hablaba y escribía en un inglés remarcablemente correcto. Se esforzó en aprender ruso mucho antes que Marx y después siguió con las lenguas celtas, el farsi, el árabe y el sánscrito. Cuando, tras la muerte de Marx, fue elevado *de facto* al rol de eminencia gris del movimiento socialista europeo, su poliglótismo resultó muy conveniente. Durante los primeros años de la Segunda Internacional dirigió una especie de despacho de correspondencia unipersonal, carteándose con los dirigentes y principales intelectuales de izquierda de Europa y más allá, ya fuese en alemán, danés, inglés, francés, italiano, español, portugués, ruso o serbio. Tras la muerte de Engels, los dirigentes de la Segunda Internacional descubrieron que era imposible continuar sin una central y crearon un buró propio con un secretario en nómina.

De Engels se han conservado muchos menos cuadernos con fragmentos y manuscritos que de Marx, unos veinticuatro en total, entre ellos varios con anotaciones. Parece que nunca realizó el esfuerzo de ordenar y archivar sus considerables trabajos preliminares y manuscritos. Únicamente se han conservado sus esbozos de aquellos proyectos que no pudo realizar, como su trabajo preliminar para una historia de Irlanda que planificó y numerosos manuscritos y apuntes sobre matemáticas y ciencias naturales modernas (1870, vol 16, pp. 459-498). Nada había de autodidactismo: Engels siempre quiso llevar a cabo sus estudios seriamente y estar al corriente de los últimos descubrimientos y avances de la investigación científica. Por eso siempre que pudo y donde tuvo la oportunidad atendió lecturas, seminarios y conferencias. Cuando Engels fue llamado al servicio militar a comienzos de la década de los cincuenta, pidió consejo de su amigo, y de Marx, Joseph Weydemeyer, que conocía la situación como antiguo oficial. Quería adquirir los conocimientos que un oficial de carrera en un ejército europeo había de tener sin excusa. Se comportó de manera similar cuando retomó en 1873 sus estudios en ciencias naturales, leyendo libros de divulgación y académicos, desgraciadamente no siempre los mejores.

Para la ciencia académica de su época, Engels, el autodidacta sin titulación ni doctorado, apenas tuvo tiempo. Respetaba a los científicos y a los verdaderos investigadores, para muchos historiadores y etnólogos no albergaba más que desprecio. Los filósofos y economistas contemporáneos le dejaban más bien frío. No soportaba la arrogancia de los profesorzuelos universitarios. Le imponía la contribución de Darwin, independientemente de la manera tan poco elegante e inglesa de presentar sus resultados. Admiraba a su amigo Carl Schorlemmer como un investigador original, que había descubierto algo realmente nuevo y había ayudado a fundar un nuevo campo de estudio, la química anorgánica. Schorlemmer –a quien Marx y Engels llamaban «Jollymeier»– era además un compañero de copas y un comunista. Engels tenía una imagen muy clara de lo que había de ser un hombre de ciencia: la de los eruditos del Renacimiento y los hombres de la Ilustración, hombres muy diferentes a sus apoltronados contemporáneos. Aquéllos eran «gigantes en el pensamiento, la pasión y en carácter, en multidisciplinariedad y erudición. [...] Prácticamente ningún hombre de importancia vivía entonces sin haber hecho largos viajes, ni hablar de cuatro a cinco idiomas ni brillar en varias disciplinas. [...] Aún no habían sido sometidos a la división del trabajo, [...] casi todos ellos iban acompañados a

su época y se encontraban en la lucha práctica», habían tomado partido y combatido «con su palabra y por escrito [...] con la espada, y en ocasiones con ambas. De aquí la plenitud y fuerza del carácter que los hizo hombres enteros» (1886, vol. 20, p. 312).

Engels era, pues, un hombre pleno, con muchos y variados talentos, que se movía bien entre varias disciplinas. Era historiador, investigador social, economista, politólogo, estaba familiarizado con la filología comparada y conocía la literatura etnológica y antropológica de su época. Engels, según Marx en 1853, era «una auténtico léxico universal [...] capaz de trabajar a cualquier hora del día o la noche, ebrio o sobrio, rápido a la hora de escribir y comprender, como el demonio» (octubre de 1853, vol. 28, p. 596). Muchos contemporáneos nos han legado su honda impresión del extraordinario conocimiento de Engels en diferentes ámbitos. Pero Engels, que sabía de qué hablaba, se mantuvo siempre modesto, ya que conocía sus límites.¹¹

Engels en el escritorio: crítica de la economía política

La reunión con Engels fue, en muchos aspectos, decisiva para el desarrollo de Marx. Al comienzo aprendió mucho más Marx de Engels que al revés. Engels era quien daba las lecciones y Marx quien las recibía. Como amigo, Marx no tenía ningún reparo en reconocerlo abiertamente. «Sabes que 1) llego a todo tarde, y 2) siempre sigo tus pasos», escribió en 1864 a Engels (4 de julio de 1864, vol. 30, p. 418). En este caso se trataba del estudio de las ciencias naturales, al que Marx acababa de retornar. Una vez y otra, Engels prestó buenos servicios –como guía, como impulsor, como consejero, como mentor y como crítico–, servicios que mantuvo hasta el final de su vida. Fue el joven Engels quien, en Manchester, se dio cuenta de «que los hechos económicos, que en la literatura histórica actual apenas desempeñan un papel o son menospreciados, son una fuerza histórica decisiva en el mundo moderno; que

11. Cuando Bruno Schoenlank quiso elogiarlo como descubridor de la economía descriptiva, Engels se opuso a la decisión. De ningún modo podía ser así: los economistas clásicos, Petty, Boisguillebert, Vauban, Adam Smith y muchos otros, habían escrito sobre ello mucho antes que él, del mismo modo que otros habían escrito ya sobre las condiciones de vida de los pobres y los proletarios. Él solamente había tenido la suerte de «haber irrumpido en el centro mismo de la gran industria moderna y haber sido el primero en mantener los ojos abiertos para ver los vínculos, al menos los más superficiales» (29 de agosto de 1887, vol. 36: 697).

constituyen los cimientos para el surgimiento de los actuales antagonismos de clase» (1885c, vol. 21, p. 211). Por ese motivo se lanzó al estudio de la economía política, leyó a los economistas ingleses y franceses, Adam Smith, Ricardo, Malthus, Mill, Jean-Baptiste Say, y asimismo los escritos de los socialistas ingleses y franceses que criticaban a los economistas liberales. Leyó todo lo que cayó en sus manos, atendió conferencias, asistió a reuniones y estudió la prensa socialista, que por aquel entonces florecía en Manchester. El fruto de estos esfuerzos fue un largo artículo en alemán para los *Anales franco-alemanes*. Con este texto del joven Engels comenzó la crítica a la economía política, un proyecto gigantesco que Marx habría de convertir en la obra de su vida y que nunca pudo terminar. Tampoco lo consiguió Engels, que había puesto a Marx sobre esta pista.

El ensayo juvenil de Engels *Apuntes para una crítica de la economía nacional*, escrito en apenas seis semanas, apareció en febrero de 1844 en el primer (y único) número de los *Anales franco-alemanes*. Marx, que fue la primera persona en leer el manuscrito, quedó profundamente impresionado por el texto, que leyó a conciencia. Se conservan las anotaciones de Marx, que muestran cómo captó de inmediato la radical novedad de esta crítica (1844, vol. 40; p. 468; 1844, vol. MEGA IV/2, p. 485-486). En la introducción a sus *Manuscritos económico-filosóficos*, redactados en el verano de 1844, elogió el escrito de Engels como uno de los dos «trabajos alemanes para esta ciencia originales y significativos». En el primer volumen del *Capital* los *Apuntes* de Engels se citan hasta tres veces en diferentes pasajes (Ibid.; 1867, vol. 23, pp. 89, 166, 178, 663). En el trabajo pionero de aquel Engels de 23 años se encontraba ya, comprimido, el programa de la posterior crítica a la economía política.

Los economistas liberales como Adam Smith y Ricardo habían transformado, de acuerdo con Engels, la vieja «ciencia de la ganancia» de los mercantilistas en un «sistema de la libertad de comercio». Pero el cambio de programa no había hecho de la economía una ciencia capaz de decidir las cuestiones económicas de manera correcta. Los socialistas se habían opuesto a la economía política de los liberales moralmente y nada más. Hacía falta, sin embargo, «investigar» sistemáticamente «las categorías fundamentales», revelar las contradicciones, en la que los economistas se enredaban y extraer conclusiones. Engels desarrolló una serie de categorías básicas, cuya relación los economistas no entendían: la propiedad privada requiere el comercio, que significa intercambio, compra y venta. El comercio requiere, a su vez, valor.

Sobre la categoría de valor los economistas no habían dilucidado nada después de décadas de controversia, y esta «estaba paralizada, pero no resuelta» (1844a, vol. 1, p. 505). Se trataba por lo tanto de criticar estas categorías fundamentales y disipar la confusión de los economistas en torno al valor, el valor de cambio, el valor de uso y los costes de producción. Los economistas se extraviaban constantemente en la cuestión de cómo se determina el valor y cómo el valor determina a su vez el precio, algo que nunca aclaraban. Lo único claro, como destacaba Engels (y luego, con aprobación, Marx citó en *El capital*), era que el valor de una mercancía es distinto al precio de la mercancía en el mercado. Pero ello significaba que la equivalencia que sostenían los economistas no era tal. Los economistas escapaban de este problema por la tangente del empiricismo del mercado y la competencia.

El joven Engels impugnó directamente la doctrina dominante, según la cual los costes de producción, esto es, el valor real de una mercancía, se compone de una suma del trabajo asalariado, la ganancia de capital (o interés) y la renta del suelo. No puede ser, pues el capital no es más que «trabajo acumulado», como los economistas sostienen. ¿Y cómo puede el «suelo» tener un precio? Ricardo trató de explicarlo, pero su teoría de la renta de la tierra es incompleta y por lo demás absolutamente incorrecta.¹²

Engels criticó cómo los economistas obviaban algo clave. La tríada habitual de capital, suelo y trabajo no podía continuar teniendo sentido en la época de la revolución industrial. Pues en la industria moderna, así como en la agricultura moderna la ciencia, el espíritu innovador, la tecnología y las ciencias naturales, junto con el trabajo intelectual, desempeñan un papel clave. Sin la ciencia no hay economía moderna (Ibid.). La trinidad de capital, suelo y trabajo, que hasta el día de hoy es frecuente en la «teoría de los factores de producción», es, en consecuencia, falsa.

Los economistas modernos, como Ricardo y sus seguidores, aspiraban a convertir el trabajo en el elemento principal. No se percataron, sin embargo, de que el trabajo bajo las condiciones de un régimen de propiedad privada únicamente puede existir con divisiones y antagonismos: el trabajo es y permanece separado de su producto, del mismo modo que de las condiciones de producción, el capital y el suelo, que

12. En este punto Marx y Engels conciben plenamente. Sobre esta cuestión intercambiaron pareceres más adelante

son, ambas, propiedad privada. Por vez primera el joven Engels captó el concepto central de la crítica de la economía política: el capital es una relación, el resultado de una división o ruptura del trabajo, confrontado a sí mismo (*Óp. Cit.*, p. 511). El resto de divisiones y antagonismos «surgen de la separación original del capital del trabajo y de la consumación de esta separación en la división de la humanidad en capitalistas y trabajadores» (Ibid., 511-521).

A la menor complicación, los economistas se escapaban por la tangente a través de su «categoría principal», la competencia, que había de explicar todo lo que ellos no podían. A su juicio, en el incesante intercambio de demanda y oferta no había solamente *una*, sino *la* ley económica central por antonomasia. La ley de las constantes variaciones y equilibrios, según la cual «lo que se pierde en un lugar se gana en otro, a los economistas les parece fenomenal» (Ibid., 513, 514). Con la teoría áurea de la oferta y la demanda el economista liberal demuestra que todo está dispuesto para lo mejor en el mundo del mercado, el mejor de los mundos posibles. Pero Engels confrontó a los economistas al innegable hecho empírico de las crisis, que son desde hace décadas recurrentes. Estas crisis son una suerte de «revolución comercial» involuntaria y no planificada que demuestra, en contra de la doctrina dominante entre los economistas, que su perfecta ley de la competencia es una «ley natural»: «¿Qué cabe pensar de una ley que únicamente puede aplicarse mediante revoluciones periódicas? Más bien se trata de una ley natural que descansa sobre el desconocimiento de los participantes» (Ibid., 514, 515).¹³

Este escrito de juventud de Engels contiene auténticas perlas que Marx supo apreciar con toda seguridad. Como el sucinto comentario de que en la economía moderna a «la abstracción del valor en el dinero» se le concede «la honra de una existencia especial»; el claro reconocimiento del ciclo industrial moderno, con su sucesión de «etapas de crecimiento y crisis, de sobreproducción y ralentización» que finalmente culminan en una fase de estancamiento; la dura crítica y rechazo a la ley de población malthusiana, basada en una ingeniosa distinción entre los medios de ocupación y subsistencia; la primera formulación clara del vínculo entre competencia y monopolio; la primera formulación de una ley de centralización de la propiedad y el capital; la aguda

13. Marx cita exactamente esta frase de Engels en el primer capítulo del primer volumen de *El capital*, en el que explica el concepto de valor (1867, vol. 23:89).

percepción de que en las condiciones presentes la ciencia y los descubrimientos se utilizan contra los trabajadores, como si de una maquinaria de guerra se tratase. Engels termina su libro anunciando que en el próximo se ocuparía del moderno sistema fabril y sus consecuencias (1844a, vol. 1, pp. 513, 520, 522, 524).

Marx habló en 1859 del «genial esbozo de la crítica a las categorías económicas» que había presentado Engels (1859, vol. 13, p. 10). A lo largo de su larga correspondencia, Marx se deshizo en elogios hacia los *Apuntes*. Engels, en cambio, mantuvo su modestia. Consideró superflua una reimpresión asegurando que el libro «había envejecido y estaba lleno de incorrecciones» y, por lo demás, había sido escrito «en un estilo completamente hegeliano» (13 de abril de 1871, vol. 33, p. 208). Solo en una ocasión admitió en una carta privada que «todavía estaba un poco orgulloso de mi primera obra en ciencias sociales» (26 de junio de 1884, vol. 36, p. 170).

Marx agradeció a su amigo Engels su conocimiento de primera mano del mundo real del capitalismo industrial. En verano de 1845 Engels lo acompañó durante un viaje de seis semanas a Londres y Manchester que financió con el dinero que su padre le había proporcionado. Por primera vez pudo Marx ver las maravillas de la industria moderna con sus propios ojos. Inglaterra era entonces el país capitalista más desarrollado y Lancashire la región industrial más desarrollada, con Manchester, la capital industrial mundial, como su centro. Allí se ocuparon durante dos semanas con el estudio de la literatura económica en las bien surtidas bibliotecas de la ciudad, a las que siguieron recurriendo mucho tiempo después.

Engels en el escritorio: investigación social

El escrito de juventud más conocido y de lejos de mayor éxito de Engels, su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, no se ideó como una publicación única, sino que había de ser parte de un trabajo más amplio sobre la historia social de Inglaterra. La historia del surgimiento de la clase asalariada moderna y la descripción de sus condiciones de vida no podía ser más que parte de un análisis completo de la sociedad del capitalismo industrial que comenzaba a tomar cuerpo. Para Engels, se trataba nada menos que de la historia crítica de todas las transformaciones radicales acaecidas durante la «revolución industrial»,

un término que fue una de las primeras personas en utilizar. Por desgracia, Engels nunca consiguió poner en obra este plan.¹⁴

Engels escribió el libro en poco tiempo, de septiembre de 1844 hasta mediados de marzo de 1845. A mediados de mayo de 1845 apareció en Leipzig. El material para él lo había encontrado en Manchester y traído consigo a Alemania. No solamente en bibliotecas, sino también en las muchas horas y días que pasó en los barrios obreros de Manchester. «A partir de la propia observación y con fuentes auténticas», rezaba el subtítulo del libro. Muchos de los documentos citados eran por completo desconocidos en Alemania. Engels fue la primera persona en Alemania en hacer uso de los *bluebooks* del parlamento británico, así como de los informes de los inspectores de fábrica ingleses y escoceses. Con ello, puso a Marx en el camino adecuado.¹⁵

El libro de Engels fue una revelación para Marx. En el primer volumen de *El capital* lo cita y menciona no menos de ocho veces (1867, vol. 23, pp. 245, 259, 269, 283, 421, 445, 447, 448, 468, 633, 683). Era un trabajo de juventud y después de veinte años en muchos sentidos superado. Pero seguía siendo un trabajo pionero, y muchos de aquellos pronósticos que parecían atrevidos «han sido confirmados hasta en el más mínimo detalle en el desarrollo posterior desde el 44». Con cuánta «frescura, pasión, audacia en su anticipación comprendió la cuestión, sin reflexiones académicas o eruditas», exclamaba Marx al añadir que «la propia ilusión de que mañana o pasado mañana se arrojaría luz a sus históricos resultados le proporciona calidez y un vivo humor» (9 de abril de 1863, vol. 30, pp. 342, 343). En realidad, en el libro que puso los cimientos a su fama Engels se permitió algunos pronósticos aventurados y veía la revolución política y económica a la vuelta de la esquina.

El hecho de que el libro fuese traducido y reeditado a lo largo de su vida —en 1887 en inglés en Nueva York y en 1892 en Londres, dos ediciones alemanas en 1892— brindó a Engels la oportunidad de actualizar el texto. Para la edición estadounidense de 1887 escribió un apéndice en el que trató de esbozar los cambios en las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera industrial desde 1845. Muchas eran las cosas que

14. Ya en la introducción de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* Engels habla de un «futuro trabajo, más completo» (1844c, vol. 2, p. 237).

15. Los *bluebooks* (libros azules) eran los informes de las comisiones de investigación presentados al parlamento británico y comisionados por la cámara o el gobierno, llamados así por sus cubiertas azules. A partir del siglo xviii incluyeron estadísticas en formato de tabla.

habían cambiado en el mundo del capitalismo realmente existente desde entonces y Engels no era, por descontado, el último en ignorarlas.

Hasta el día de hoy *La situación de la clase obrera en Inglaterra* goza de buena fama, también como una fuente histórica, pues describía de primera mano las condiciones de los obreros, que el autor había visto con sus propios ojos. Engels fue uno de los primeros en proporcionar un retrato detallado del desarrollo de la industria fabril moderna en Inglaterra, no solamente en el sector entonces dominante, el textil, sino también en la industria pesada del hierro y el acero, la construcción de maquinaria, la agricultura y la minería. La revolución industrial se había apoderado del país entero. Su faz se había transformado por completo con la construcción de canales, vías de tren, avenidas asfaltadas, barcos de vapor. Todo se aceleraba a una velocidad de vértigo, las estructuras espaciales y temporales convencionales fueron arrojadas por la borda. Pero lejos de limitarse a la historia industrial, Engels llevó a cabo lo que hoy podría describirse como una investigación sociológica empírica. Describió la aparición de una nueva clase, un proletariado moderno de pobres extenuados por el trabajo, y su polo opuesto, una nueva clase propietaria de capitalistas y terratenientes. Este era para el joven Engels el resultado más importante de la revolución industrial. La revolución industrial era, al mismo tiempo, una revolución social que transformaba de raíz toda la estructura de la vieja sociedad (*Óp. Cit.*, pp. 237-252). En esta época el proletariado era, para el joven Marx, todavía una idea filosófica, pero Engels sabía de qué hablaba.

Engels investigó las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios modernos, las jornadas laborales, el sistema de salarios, la disciplina de fábrica, el trabajo fabril y sus abrumadoras consecuencias para la salud física y mental de los hombres, mujeres y niños obreros. Describió además las miserables condiciones de vida en las casas de los barrios obreros y su catastrófica falta de higiene, así como la destrucción medioambiental, que padecían antes que nadie los pobres. Malos hábitos de consumo, una nutrición errónea, malnutrición y, como consecuencia de esta, malformaciones corporales, una elevada mortalidad entre niños y adultos en los barrios obreros y pobres de las ciudades industriales, donde cientos de miles de personas convivían en estrechos espacios. Estos proletarios estaban desmoralizados, caían en el alcoholismo y su vida sexual se reducía a las formas más bajas y brutales. Nada de esto era su culpa, sino que su desmoralización era la consecuencia del trabajo en las fábricas, en las que la habilidad e incluso la fuerza física ya

no desempeñaban ningún papel. El trabajo era más fácil, pero también monótono y aburrido, destruía el sistema nervioso y aniquilaba prácticamente toda vida espiritual, en sucesivas jornadas de doce horas de durísimo trabajo, sin días libres (Ibid., p. 347).¹⁶

Engels no hizo un retrato beatífico de la clase obrera inglesa, sino que la observó con ojos limpios y mostró cómo la sociedad burguesa comprendió que había de ocultar la miseria de los proletarios. Engels describe la división del espacio urbano en barrios comerciales, obreros y residenciales para la clase media y la nueva clase propietaria de la burguesía no solo en Manchester, sino también en el resto de ciudades industriales y Londres, Dublín, Glasgow y Edimburgo. En los barrios obreros se concentraban los edificios estrechos y ruinosos, la falta de ventilación, la basura y la mugre, el ruido y los malos olores. Las ciudades de la era industrial traían consigo una separación espacial sistemática de las clases sociales, y esta segregación determinaba su vida diaria (Ibid., pp. 259-294). Debido a su ajustada descripción de las nuevas grandes ciudades, el libro de Engels se considera hasta el día de hoy como un clásico de la sociología urbana.

De manera similar, en el capítulo sobre la «competencia» Engels analiza el estatus especial del asalariado moderno, que no es ningún esclavo, sino un trabajador libre, uno que, con todo, se encuentra como mercancía (y al mismo tiempo como poseedor de mercancías) en un mercado muy especial, el mercado laboral. El «trabajador actual», según Engels, parece ser libre porque ha de buscarse a quien le dé de comer y porque él mismo vende por su propia cuenta su fuerza de trabajo. No dispone su propia fuerza de trabajo «una sola vez», sino «a plazos, a diario, semanalmente, anualmente», sin entregar por completo su propia libertad personal. Esta libertad aparente en el mercado laboral le da «cierta libertad real», pero no le proporciona sin embargo todas las garantías de existencia, de tal modo que sigue siendo dependiente de la coyuntura del mercado laboral y de toda la clase de potenciales empleadores (Ibid., p. 310).¹⁷ Esta dependencia del dominio colectivo de la nueva clase de propietarios capitalistas la sentía cualquier trabajador en el instante mismo en que se

16. Detrás de todo ello se encuentra un argumento normativo: «Cuando la actividad productiva voluntaria proporciona el mayor goce que conocemos, el trabajo forzado es la tortura más dura y denigrante» (p. 346).

17. Sin embargo, el joven Engels no pudo resistirse a utilizar la retórica sobre esclavos, tan estimada en la época. En Marx también encontramos, de manera no muy diferente, este discurso sobre la «esclavitud salarial».

quedaba sin empleo. Del mismo modo que había de sentir a diario, mientras se encontrase bajo el régimen de disciplina de fábrica, la legislación privada de los capitalistas que se encuentra en cada regulación fabril (Ibid., pp. 397-408).¹⁸ El asalariado moderno es libre y, al mismo tiempo, no lo es.

Además, Engels proporcionó la primera refutación clave de la ley de Malthus: la creciente masa de «población excesiva» surge directamente del desarrollo y de los propios ritmos de movimiento de la gran industria. El progreso técnico, el empleo de máquinas y los ciclos de crisis industriales crean un fluctuante «ejército industrial de reserva». Los desempleados, los subempleados, los pobres, los oficiales y los no oficiales, tratan de sobrevivir de un modo u otro, ya sea «mendigando o robando, barriendo las calles, recogiendo los excrementos de caballo, con carretas o a lomos de un asno, dedicándose a la buhonería o a pequeños trabajos ocasionales» (Ibid., pp. 314, 315-319).

Unos 150 años antes de Karl Polanyi, Engels analizó en su libro los efectos de la nueva ley de fábricas de 1834, con la que se sustituyó el viejo régimen asistencial para los pobres en Inglaterra (también conocido como sistema Speenhamland) por el nuevo régimen institucionalizado de obligación de trabajar. De este modo se privó de alternativas al mercado laboral a los desposeídos y toda persona desempleada pasó a estar amenazada por el terror de las casas de trabajo (*workhouses*). Los internos de estas instituciones de trabajos forzados perdían cualquier tipo de libertad personal.

En *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels ofreció por vez primera una descripción completa del comportamiento de los ciclos industriales modernos, aunque calculó la duración del ciclo completo con unos cinco a seis años. Gracias a las tendencias centralizadoras de la industria moderna, según Engels, las oscilaciones en las ramas de la industria cada vez se acompasaban más hasta culminar en una gran crisis general que abarcaba a la mayoría de las industrias, mercados y países. La dinámica de crecimiento y crisis es alimentada por los propios industriales, que se fijan una expansión máxima, de acuerdo con su lógica especulativa, y producen para mercados desconocidos y futuros. También, asimismo, a través de las actividades de los especuladores bursátiles, quienes «trabajan con capital ficticio» y «viven del crédito», y, en

18. Más adelante, Engels presenta en este libro una descripción de la legislación de fábricas inglesa de 1802 hasta 1844 y sus efectos en la situación de los trabajadores. Una vez más, una manera de proceder que no pasó desapercibida a Marx (pp. 391-397).

consecuencia, disponen de los medios para hacer entrar a los mercados en el caos y a la economía mundial en pánico, desencadenando así una crisis generalizada (Ibid., pp. 314, 312-314).

En sus conclusiones, el joven Engels lanzó un atrevido pronóstico: en los próximos veinte años la industria fabril inglesa perdería su monopolio en el mercado mundial, mientras que la industria alemana, y sobre todo la estadounidense, desplazarían a la que entonces era *workshop of the world*. Ello comportaría la transformación radical de las relaciones de poder en el mundo capitalista, y la situación de los obreros en Inglaterra empeoraría como consecuencia de la creciente masa del «excedente de población». Las crisis comerciales tendrían consecuencias cada vez más devastadoras y conducirían inevitablemente a la ruina de las clases medias. Las perspectivas de supervivencia del capitalismo industrial se acortarían, pues los proletarios de numerosos países se rebelarían (Ibid., pp. 503, 504).

Cuarenta años después, es claro que al menos Engels tuvo razón en un punto: el predominio de la industria británica no estaba llamado a durar, las nuevas potencias industriales se habían igualado a ella y estaban en disposición de superarla. Únicamente la forma específicamente británica de imperialismo, cuya política colonial iba muy por delante de sus competidores europeos y estadounidenses, salvaba a Gran Bretaña de precipitar su declive como nación industrial.

Engels en el escritorio: naturaleza y ciencias naturales

La historia de la naturaleza y de la sociedad están interrelacionadas. Ya que el hombre mismo es parte de la naturaleza y un producto tardío de un largo desarrollo histórico, solamente puede comprenderse la transformación y el desarrollo de las formas de coexistencia humana en el contexto de su entorno transformado, en particular por los hombres mismos. Los hombres no pueden desprenderse de su condición de animal altamente inteligente, a pesar de todo su desarrollo cultural. Así pensaban Marx y Engels, y en este sentido diseñaron su programa de investigación antifilosófico. Lo hicieron ya en 1845-46, en un fajo de textos fragmentarios y esbozos que mucho después de su muerte se publicó con el título de *La ideología alemana*. Entonces apenas conocían la teoría de la evolución, con la que entraron en contacto en 1859 y aprendieron a valorarla.

Para aprender algo de la historia hace falta tener conocimientos fundados sobre la naturaleza y sobre las sociedades humanas, y contar con ambos solo es posible cuando se centra en las ciencias empíricas y deja detrás suyo la filosofía. El estudio no solo del último siglo, sino de toda la modernidad, requiere conocimientos exactos en ciencias sociales, así como en ciencias naturales. Y para ajustarse a este programa hace falta trabajar de manera transdisciplinaria.

Engels comenzó sus lecturas en ciencias naturales en 1843, Marx le siguió poco después. Ambos estudiaron a fondo las ciencias naturales de su época, que ampliaron en la década de los setenta. Entre ambos hay, no obstante, una diferencia que es clave: Marx legó una pila de cuadernos que documentan su estudio de las ciencias naturales, pero solo Engels intentó convertirlo en un trabajo sobre el desarrollo de las ciencias naturales modernas en el siglo XIX. De 1873 a 1882 estuvo trabajando en él y nos legó cuatro carpetas con casi 200 manuscritos extensos y breves.¹⁹ Marx no llevó a cabo ningún intento similar de presentar el desarrollo de las ciencias naturales. En cambio, en los estudios matemáticos si encontramos textos más elaborados de ambos que apuntan en esa dirección.²⁰

El libro que planeaba Engels, una crítica de la filosofía de la naturaleza contemporánea y de las diferentes teorías de las ciencias naturales establecidas, quedó inconcluso. Tras la muerte de Engels aparecieron dos manuscritos largos: «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre» (1896) y «La investigación de la naturaleza y el mundo espiritual» (1898) en *Die Neue Zeit*. En 1925 apareció un libro con el título de *Dialéctica de la naturaleza*, que Engels nunca escribió. Se trataba de una antología realizada por los editores a partir de fragmentos, anotaciones y manuscritos incompletos de Engels. Engels nunca habría publicado sus manuscritos y borradores incompletos de la forma en que se hizo.

19. Pueden consultarse los manuscritos y anotaciones, ordenados tanto cronológica como temáticamente, en el volumen I/26 de la edición crítica de las obras completas de Marx y Engels (MEGA-2). La mejor explicación con diferencia sobre las reflexiones de Engels en estas anotaciones sigue encontrándose en el segundo volumen de la biografía de Engels escrita por Gustav Mayer (1934, vol. II, pp. 297-328).

20. Marx y Engels intercambiaron con frecuencia pareceres sobre sus estudios sobre ciencias naturales y matemáticas, y se recomendaron el uno al otro literatura científica. Es indisputable que Marx conocía los manuscritos de Engels sobre ciencias naturales, al menos una parte de ellos, pues en estos manuscritos se encuentran adiciones escritas a mano con la caligrafía de Marx, por ejemplo, citas de la *Metafísica* de Aristóteles y otras referencias de la filosofía de la naturaleza griega.

El marxismo-leninismo promocionó la *Dialéctica de la naturaleza* como un clásico que había de sentar los cimientos del llamado materialismo dialéctico. Nada que ver con Engels, quien, al final de su último manuscrito, anotó: «Revisar a fondo todo esto» (1886, vol. 20, p. 568).

El impulso a sus estudios vino de Ludwig Büchner, uno de los «materialistas en ciencias naturales» que entonces causaba furor. Büchner propagó un nuevo tipo de cosmovisión materialista con la que quiso hacer proselitismo entre los socialistas. Fue con Büchner con quien comenzó Engels, y su primer manuscrito llevaba por título «Büchner». Sobre la llamada disputa materialista, que en los años cincuenta del siglo XIX dividió a los naturalistas en Alemania, Marx y Engels no se expresaron nunca. Sobre la propaganda de los «materialistas de las ciencias naturales» hubieron de expresarse, quisieran o no: los escritos de Ludwig Büchner o Ernst Haeckel eran *bestsellers* y populares entre los trabajadores que podían leer. A Engels le molestaba «la petulancia de utilizar teorías naturalistas en la sociedad para reformar el socialismo» (Ibid., 472).

Así, Engels se condujo a sí mismo a un nuevo campo de estudio: física, química, biología, geología, astronomía, mecánica, fisiología, filosofía de la naturaleza griega y física newtoniana, hasta llegar a los últimos descubrimientos en todos los campos de las ciencias naturales. Su tesis fundamental: la naturaleza, en la medida que la conocemos, constituye un todo vinculado y tiene una historia. Los filósofos de la naturaleza habían conjeturado acerca de estos vínculos, mientras que a los naturalistas había interesado menos. Pero debido a sus enormes descubrimientos y conocimientos adquiridos, la investigación empírica en ciencias naturales había experimentado una crisis. Los investigadores intentaban expresar los recién descubiertos fenómenos con los conceptos de las teorías naturalistas tradicionales y fracasaban en su empresa. Por ejemplo, con la electricidad la tradición dominante del empirismo chocó con sus propias fronteras, la teoría volvió a ser cuestionada, y con ella, inevitablemente, la vieja y nueva filosofía natural. Los físicos, químicos, biólogos y astrónomos de su época hubieron de repensar su comprensión de la naturaleza. De este modo, de acuerdo con Engels, se vieron empujados al pensamiento dialéctico, pues solo con él podían pensar el movimiento, la transformación y el desarrollo como interrelacionados. Sus anotaciones y manuscritos han de leerse, por lo tanto, como una crítica al falso empirismo, que conduce a un callejón sin salida, convirtiéndose «en lo contrario al verdadero empirismo» (Ibid., p. 395) Engels vio con claridad que los progresos en las

ciencias naturales estaban relacionados con los progresos en la matemática. Toda ciencia madura asume una forma matemática. Por ese motivo, Engels, como Marx, buscaron elementos dialécticos en la matemática de su época.

En 1878, y más tarde, en 1880, Engels anotó un esquema que apunta a la estructura del libro que planeó. De acuerdo con este, el libro había de mostrar, tras una introducción histórica, la evolución del desarrollo de las ciencias naturales en diferentes capítulos en diversos ámbitos, como por ejemplo el paso del pensamiento naturalista a la dialéctica (Ibid., pp. 307-308). Si la dialéctica podía ser un método fiable para la argumentación y los experimentos mentales, si conduce inevitablemente a una falsa lógica o es la forma adecuada del pensamiento especulativo y razonado, si en última instancia volvería a encontrar su legítimo lugar en las ciencias positivas y empíricas, y las determinaría (como pensaban Marx y Engels), o no, era entonces, y sigue siendo hoy, motivo de disputa. Todavía más discutido es si la quintaesencia de la dialéctica, ya sea en la versión de Hegel o en la de Marx, puede considerarse como una serie concreta de las «leyes del pensamiento». En sus fragmentos y borradores, Engels experimentó con ello sin llegar a ninguna posición definitiva. Sin embargo, se propuso demostrar que los naturalistas también podían pensar dialécticamente y que, en última instancia, así habían de hacerlo, también sin el apoyo de filósofos, solamente como consecuencia de la lógica de los hechos o la investigación. Los filósofos marxistas se oponen a este razonamiento por motivos discutibles. Alfred Schmidt, miembro de la Escuela de Frankfurt, afirmó que las ciencias de la naturaleza están «orientadas a la lógica formal» sin más y no podían aplicarse a procesos históricos o la comunicación de estos. La naturaleza sería, por su naturaleza misma, «predialéctica» (1971 [1962], pp. 44, 49).

Obviando que Engels se limitó en su trabajo a desarrollar ideas que Marx había explicitado en varias ocasiones antes —en el primer volumen de *El capital*—, Schmidt se limita a repetir la afirmación contra la que Engels ha argumentado, y reproduce la vieja dicotomía frankfurtiana entre naturaleza y cultura así como la falsa jerarquía entre unas (supuestamente superiores) ciencias humanas o sociales y unas (supuestamente inferiores) ciencias naturales, que en los filósofos alemanes tradicionalmente están vinculadas.²¹ Es claro que Schmidt no

21. Marx afirmó claramente que podían encontrarse en la economía política «como

mostró ningún interés en tener en cuenta los comentarios de Engels sobre los problemas metodológicos de las ciencias naturales de su época. Para los científicos actuales, la noción de descubrimiento planteada por Engels no es ninguna excentricidad, incluso si desconocen en lo elemental las leyes de la dialéctica.

Engels nunca terminó este ciclópeo proyecto, y lo interrumpió. Con todo, con su análisis del estado de la cuestión en varios campos científicos logró determinar los problemas a resolver e incluso sugerir posibles soluciones que años más tarde fueron descubiertas (1991, p. 31). Únicamente la revolución que las matemáticas vivieron en su época quedó fuera de su alcance, al recurrir a manuales hacía tiempo superados, repitiendo afirmaciones que habían sido ya refutadas tiempo atrás. Engels siguió considerando a Hegel como la máxima autoridad en la historia de la ciencia.

A pesar de todo, Engels llegó a algunas conclusiones verdaderamente destacables en estos manuscritos y que décadas después otros alcanzarían. Mostró que la ciencia no era el resultado de las geniales ocurrencias de un solo investigador, sino que se trataba de un proceso social con una larga historia. La investigación y la ciencia son formas históricas especiales de un trabajo social. Los medios de investigación desempeñan un papel, exactamente del mismo modo que lo hacen la organización social de la producción y reproducción científica en escuelas, universidades, bibliotecas y laboratorios. El progreso científico existe, pero este ocurre a saltos, en los cuales la concepción dominante del mundo es sustituida por otra. Tan indiscutible es el impulso de las ciencias naturales como que la revolución en estas en los siglos XVIII y XIX iba unida a la revolución industrial, en la que la aplicación de las ciencias tuvo un papel clave. En otras palabras, Engels anticipó una teoría de la sociología de la ciencia –concretamente, la teoría de las revoluciones científicas– que habría de considerarse pionera unos setenta años después. Todo descubrimiento científico está social e históricamente determinado por las condiciones materiales, culturales y espirituales del trabajo científico.

en las ciencias naturales» las leyes de la dialéctica descubiertas por Hegel, por ejemplo, la ley según la cual «los cambios cuantitativos, en un determinado punto, se transforman en cambios cualitativos» (1867, vol. 23, p. 327). No se trata de la única ley dialéctica que se cita en *El capital*.

Engels edita a Marx...

El capital está considerado como la obra magna de Marx. Sin embargo, la participación decisiva de Engels en ella acostumbra a subestimarse. Cuando Marx falleció en marzo de 1883, recayó sobre Engels la tarea de editar los esperados volúmenes segundo y tercero de *El capital*, largamente anunciados.²² Desde febrero de 1845, en la correspondencia entre Marx y Engels aparece una y otra vez la misma pregunta: «¿Cómo llevas de avanzado tu libro?» (22-26 de febrero y 7 de marzo de 1845, vol. 27, p. 23).²³ Como Marx evitó celosamente proporcionar información exacta sobre el estado real de su trabajo, Engels ignoraba lo que se le avecinaba. Puede no obstante que lo sospechase, pues observó con creciente escepticismo las conocidas excusas y exageradas noticias de éxito de su amigo. Marx luchaba a diario con numerosos problemas de su crítica de la economía política y hubiera hecho mejor en aceptar el consejo de Engels.

Tras la muerte de Marx, Engels pudo permitirse una observación más precisa del estado de la cuestión. Dedicó días y semanas enteras a examinar el legado de su amigo. La cantidad de documentos era tal que decidió prolongar el alquiler de la casa de Marx un año más para poder ordenar con calma y cuidadosamente todos sus papeles. Creó listas y directorios con el fin de ordenar debidamente las pilas de manuscritos y apuntes existentes.

Su primera preocupación no tardó en aparecer: ¿Dónde estaban los más importantes?, ¿dónde se encontraban los manuscritos del segundo y tercer libro de *El capital*? Gracias a Helene Demuth, la ama de llaves de la familia Marx, dio con el manuscrito, y con él, salvaguardó el mayor tesoro de todos. Pero el trabajo de buscar, reunir, examinar y ordenar habría de durar aún semanas. Engels era la única persona capaz de descifrar la caligrafía de Marx y seguir su secuencia de pensamientos, solo él tenía una idea, por aproximada que fuese, de qué ocurría en la cabeza de Marx y con qué problemas lidiaba. Marx era de la misma opinión y, a través de su hija Eleanor, le encomendó a Engels la tarea. Poco antes de su muerte, de acuerdo con el testimonio de Engels, Marx le

22. De acuerdo con el plan original de Marx, el libro segundo y tercero de *El capital* habían de aparecer en un solo volumen. Engels abandonó este plan y acordó con el editor de Marx la edición de los dos libros siguientes como volúmenes independientes.

23. Véase también antes de la exhortación: «Termina tu libro sobre economía nacional [...]» (20 de enero de 1845, vol. 27, p. 16).

dijo que debía «hacer algo» con sus manuscritos póstumos (1894b, vol. 24, p. 12; Carta a August Bebel, 30 de agosto de 1883, vol. 36, p. 56).

Engels comprendió rápidamente que tenía delante suyo un «trabajo hercúleo»: «Además de los textos terminados hay otros puramente esbozados, un esquema sin más [...] Las citas bibliográficas están desordenadas, anotadas sin ningún orden particular, simplemente para trabajar con ellas más tarde». ¿Cómo era posible «que me ocultase cuánto había avanzado con el libro? Muy sencillo: de haberlo sabido, le habría perseguido día y noche hasta que lo hubiera terminado e impreso, y eso lo sabía Marx mejor que nadie», escribió Engels a August Bebel tras el primer examen de los documentos (Ibid.).

El trabajo de Engels como editor es evidente. Descifró los manuscritos de Marx y, con la ayuda de su secretario Oskar Eisengarten, llevó a cabo una transcripción completa de todos los textos existentes de Marx. Engels quiso presentar un texto legible y hasta cierto punto elaborado, y en consecuencia tuvo que elegir y editar. Para el segundo volumen de *El capital* tomó solamente una parte de los numerosos y largos manuscritos legados. Para la edición partió del último manuscrito en orden cronológico, presuponiendo que el último borrador recogía los avances del anterior. Posiblemente se equivocó con ello. Algo disculpable, pues Marx no se expresó siempre con claridad sobre sus descubrimientos y los dejó a medio terminar.²⁴

En las correspondientes introducciones al segundo y tercer volumen de *El capital* Engels ofreció al lector un detallado informe sobre su actividad como editor y revisor, sobre cómo se esforzó en convertir los manuscritos existentes en una «obra coherente y final en todo lo posible», algo que, en propiedad, no debiera ser el trabajo de un editor. Respetó los textos de Marx «en la medida de lo posible» y «con espíritu editor» resolvió auténticos problemas, no solo dificultades técnicas. En la edición del tercer volumen mantuvo «en lo posible [...] el carácter del primer borrador» y allí donde se alejó de Marx, las modificaciones y adiciones conservaron «un sentido marxiano» (1884b, vol. 24, pp. 7, 12; vol. 25, p. 11). Lo que Engels publicó no eran literalmente las palabras de Marx, la mayoría era, en verdad, Marx en palabras de Engels, pero conservando el espíritu de Marx. Algo para lo que estaba sobradamente cualificado.

24. Hoy los manuscritos de Marx y el manuscrito redactado de Engels están publicados en la segunda sección del MEGA 2 (en los volúmenes II/4.1, II/11 y II/12).

Esta cuestión dio pie a dar carta de naturaleza a otra variante del vilipendio a Engels, que en ocasiones se eleva a la acusación de que Engels, con su torpeza, tergiversó como editor *El capital* de Marx. La acusación se basa en sus modificaciones y adiciones: en el segundo volumen se trata de algo más de diez páginas, y en el tercero, de bastantes más, unas más de sesenta páginas impresas. De acuerdo con esta imputación, Engels malinterpretó a su amigo Marx en todo momento.

...¿y lo reescribe?

Poco tiempo después, en otoño de 1885, apareció el segundo volumen de *El capital* de Marx, editado por Friedrich Engels. En el prólogo, un optimista Engels aseguraba que el tercer volumen de la obra no tardaría en aparecer. Hubieron de pasar nueve años hasta su publicación, en el verano de 1894. Un logro considerable cuando uno se cerciora del estado de los manuscritos de Marx, que se remontaban a más de 18 años atrás. Marx había dejado grandes lagunas, interrumpido constantemente su trabajo y dejado inacabadas muchas de las cuestiones principales de su teoría. Marx no revisó el borrador para el tercer volumen, fechado en 1864-1865. Marx no hubiese publicado de ningún modo el manuscrito en esta forma inicial y cruda, y tampoco puede considerarse este primer borrador inacabado como la palabra definitiva de Marx sobre todos los problemas que se debaten en el tercer volumen. Lo demuestran los manuscritos que nos legó, en los que trabajó con algunos problemas formales y analíticos de su teoría sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Además, Engels sabía que Marx había estudiado sin pausa la agricultura capitalista y las relaciones sobre la propiedad del suelo y los sistemas monetario y de crédito, así como los mercados financieros en diferentes países capitalistas. A Engels le fascinó el contenido de los manuscritos marxianos y no perdió ocasión para elogiarlos. El tercer volumen es «la culminación de una obra que deja científicamente al primero a su sombra» (Carta a Johann Philipp Becker, 15 de junio de 1885, vol. 36, p. 328). Engels no era ciego a las lagunas y carencias del texto, y como editor hubo de trabajar con ellas.

Engels editó el manuscrito de Marx, seleccionó, abrevió y descartó bastantes fragmentos. Una parte la reescribió, completó los textos y realizó añadidos, modificó la división en capítulos y epígrafes e incorporó el título. También cometió ocasionalmente algún error, lo que no es

sorprendente si tenemos en cuenta el estado de desorden en el que encontró los manuscritos en el legado de Marx. A los autoproclamados amigos del auténtico Marx les gusta condenar todo ello, pero Marx no dejó últimas palabras ni interpretaciones definitivas de su propia obra. Engels estaba intelectualmente más cerca de Marx que cualquier otra persona, y conocía sus intenciones y sus planes mucho mejor que todas las generaciones posteriores. Además, Marx le había mantenido durante años en la ignorancia sobre el estado de su trabajo y únicamente consultado, como de costumbre, algunos detalles. Raramente Marx se explayaba en su correspondencia con Engels sobre el estado actual de su proyecto. Por ejemplo, cuando se atascó con la redacción del primer borrador de su crítica a la economía política, viajó hasta Manchester con el manuscrito, visitó a Engels y ambos trabajaron en el texto una semana larga. Todo ello ocurrió en mayo de 1858 y el manuscrito que Marx ofreció leer a su amigo hoy se conoce con el nombre de *Grundrisse* o *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*.²⁵ Cuando, cuatro años después, volvió a encallar en sus investigaciones, intentó convencer a su amigo para que viajase a Londres unos días para poder hablar con calma sobre los obstáculos con que se había topado (Carta a Friedrich Engels, 20 de agosto de 1862, vol. 30, p. 280). Engels siempre estaba disponible, si no en persona, entonces por carta. Siempre proporcionaba las informaciones rápidas y fiables que Marx necesitaba. Engels era también el único a quien Marx confiaba la popularización del contenido de su obra principal (1868, vol. 16, pp. 243-287). Huelga decirlo, Engels estaba con creces capacitado para editar los textos de Marx, ya que en ellos no había nada que estuviese pensado o formulado de una manera definitiva. Engels nunca tuvo la intención de presentar los manuscritos como una edición de autoridad, en el estilo de las ediciones histórico-críticas. Lo que quería era

25. A pesar de todo ello persiste el rumor de que Engels nunca vio ni leyó los manuscritos económicos de 1857-58. Esto es válido para unos cuantos de los *popes* del neomarxismo, que de los *Grundrisse* no conocían más que el título, pero desde luego no para Engels. Este debió recordar antes que nada el propio juicio de Marx de que el manuscrito era un desorden absoluto. Pero además siguió su máxima de utilizar el último manuscrito disponible. En otras palabras, no compartía la tesis, tan valorada por los intérpretes actuales, de que Marx, sin quererlo o sin darse cuenta, se apeó de las alturas filosóficas de los *Grundrisse* para caer en la bajeza económica de *El capital*. En su trabajo con los manuscritos queda claro que dedicó sus esfuerzos al largo manuscrito de 1861-63, en el que sobrevivieron no pocos elementos del manuscrito anterior, de 1857-58.

una edición científica accesible para su uso doméstico y lo consiguió sin ocultar el carácter de manuscrito y borrador del texto. No obstante, también la edición de *El capital* de Engels quedó incompleta y se trata de una obra maestra incompleta.

En las modificaciones que Engels llevó a cabo, sobre todo en el tercer volumen, se presenta en verdad solo la pregunta de si Engels acertó con el sentido de las frases o si las modificaciones son compatibles con las intenciones de Marx. Hoy puede comprobarlo quien así lo desee, ya que los manuscritos originales de Marx han sido publicados.²⁶ Por supuesto, su lectura siempre la posponen quienes desprecian la labor de Engels. Pero quien quiera ver a Marx y Engels con ojos limpios constatará que las formulaciones de Engels coinciden en todos los casos con las intenciones de Marx. Consideremos por ejemplo la famosa o notoria caída tendencial de la tasa de ganancia, que es hasta el día de hoy una de las cuestiones más debatidas entre marxistas. En el manuscrito original del tercer volumen de *El capital* Marx no encontró ninguna explicación consistente de la ley, que hasta 1858 había considerado como una de las leyes más importantes del capitalismo. Su primer borrador era confuso, se enredó en todo tipo de tendencias y sus tendencias contrarias y anotó que la tasa de ganancia, bajo determinadas condiciones, también podía crecer o permanecer constante. Engels no modificó nada, pero añadió que la tasa de ganancia debía de caer «de manera permanente» (*auf Dauer*). Su formulación «como hemos visto ya» era excesivamente objetiva, pero coincide plenamente con la intención de Marx.²⁷ ¿Cuál hubiera sido la alternativa? Imposible afirmar que Marx había proporcionado un indicio definitivo para su ley aquí y en otros escritos posteriores suyos. Así que, en vez de Marx, encontramos una afirmación terminante de su viejo socio, Friedrich Engels. Pero eso hubiera supuesto ir demasiado lejos para Engels, quien jamás pretendió ni criticar ni mejorar la obra de Marx.

26. El manuscrito original para el tercer volumen fue publicado en 1992, véase MEGA-2, vol. II/4.2.

27. Véase Karl Marx, *Ökonomische Manuskripte 1864-1867* (MEGA-2, vol. II/4.2, p. 319) y asimismo *El capital* (1894, vol. 2^a, p. 240).

Un pensador independiente y un buen amigo

Su gestión de los manuscritos de Marx demuestra que Engels era un pensador independiente y que estaba muy alejado de las flaquezas de su amigo. Engels no se puso en los zapatos de Marx, sino que era de sobras capaz de continuar por sí mismo el trabajo que este había comenzado. Sin embargo, renunció a ofrecer una versión engelsiana de la crítica de la economía política, que Marx se había limitado a esbozar de manera provisional, en vez del torso marxiano que conocemos. Se veía a sí mismo ante todo como editor y no como intérprete de su obra y en ningún caso quiso remplazar la crítica de la economía política de Marx con otra de Engels.

Engels se había liberado recientemente del yugo del comercio. Sus últimos años de vida, desde marzo de 1883 hasta su muerte, el 5 de agosto de 1895, los dedicó sobre todo al servicio del legado de su fallecido amigo. En los más de doce años que sobrevivió a Marx se entregó preferentemente a tres tareas. La primera fue la de ordenar los manuscritos legados y hacerlos legibles para el común de los mortales. De las obras descatalogadas e inéditas de Marx habían de publicarse una antología de Marx y más tarde unas obras completas que Engels planeó desde el año 1885. La segunda era la redacción de una biografía exhaustiva de Marx y una historia de la Primera Internacional, en la que ambos desempeñaron un papel destacado. Lo consiguió en parte: su biografía breve fue incluida en el «diccionario de políticas públicas», un libro entonces esencial para todos los historiadores y científicos sociales de lengua alemana. En tercer lugar, quiso publicar muchos de los viejos textos de Marx que desde hacía tiempo eran imposibles de encontrar y traducirlos a otros idiomas. En sus últimos años aparecieron toda una serie de nuevas ediciones de viejos textos de Marx con prólogos del propio Engels en los cuales argumentaba la relevancia del texto y explicaba cómo surgieron.

Todavía en vida de Marx, cuando Engels quería realizar sus propios trabajos, congeló sus proyectos para ayudar a Marx. A Engels no le importaba su fama póstuma, pero la de Marx sí. A este fin entregó una cantidad desproporcionada de energías en comparación incluso a las que el propio Marx dedicó a lo que había descrito como su noción o visión general. Sin duda, un exceso de modestia, ya que tras una breve visita en 1845/46 para aclarar los fundamentos de su nueva concepción de las ciencias sociales y «ajustar las cuentas con sus conocimientos

filosóficos previos» (1859, vol. 13, p. 10), modificaron el rumbo. En vez de ponderar el programa de investigación, ambos comenzaron, cada cual para sí y ocasionalmente juntos, pero siempre en un intercambio continuo, a poner a prueba su nueva manera de entender la historia y la sociedad. Esto no sucedió de manera académica: al fin y al cabo ninguno de los dos era un académico que pudiera trabajar bajo la égida de una universidad, y nunca lo serían (Ibid., p. 10).

Apenas llegar al exilio inglés, Engels escribió con premura una andanada de artículos, entre ellos una descripción del proceso revolucionario en 1848, su serie sobre la «revolución y contrarrevolución en Alemania». Apareció con la firma de Marx y durante años se atribuyó a este. También escribió un estudio histórico sobre la guerra campesina en Alemania, una revolución fracasada a comienzos del siglo xvi, así como de la campaña por una constitución imperial, una corta guerra revolucionaria en Alemania en el verano de 1849, en la que el propio Engels participó (1852a, vol 8, pp. 5-108; 1850a, vol. 7, p. 327-413; 1850b, vol. 7, pp. 109-197). El joven Engels convirtió ambas en una muestra del tipo de análisis de las estructuras sociales determinadas económicamente en la Alemania de los siglos xvi y xix, que combinó con una investigación detallada sobre las formas políticas existentes y las ideas dominantes de la época. ¿Por qué la lucha de los campesinos contra los señores feudales adoptó una forma religiosa? ¿Por qué los campesinos en revuelta invocaron el «derecho a la vieja usanza» y se basaron en las ideas cristianas originales de igualdad de todos los fieles ante Dios? ¿Por qué combatieron los revolucionarios alemanes de los años 1848-49 por «una sola república alemana»? En todos los casos se trata de un análisis social para interpretar las explicaciones causales de grandes conflictos sociales y políticos de una forma diferente a como lo hacían los partidos existentes en cada país y época. Como antes, en su anterior intento sobre el *Status quo en Alemania*, Engels quería demostrar la utilidad del análisis sociológico para la gestión política (1847c, vol. 4, pp. 40-57).²⁸ Para él era importante poder aclarar de manera coherente las derrotas históricas. En paralelo, Marx trabajó en el análisis histórico de los acontecimientos en Francia, desde la revolución de febrero de 1848 hasta la caída de la Segunda República, con el golpe de Estado de Luis Bonaparte en diciembre de 1851. Engels le apoyó este trabajo y le guió a salir de las lagunas

de sus investigaciones destinadas a explicar la sorprendente victoria del aventurero de Bonaparte sobre la república (1852b, vol 8, pp- 219-231).

Una polémica trascendental: el *Anti-Dühring* o cómo Engels inventó el materialismo histórico

Engels es el responsable del libro *La revolución de la ciencia del señor Eugen Dühring*, más conocido como *Anti-Dühring*. Este texto de Engels ayudó, más que ningún otro de su autor, a dar conocer lo que más tarde se llamaría «marxismo». Gracias a esta polémica, que apareció primero como una serie de artículos de enero de 1877 hasta julio de 1878 en el entonces órgano de expresión del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), *Vorwärts*, los seguidores de Marx tuvieron a su disposición por primera vez una presentación precisa del contenido y el alcance de la teoría de Marx y Engels, de la que entonces únicamente conocían versiones abreviadas. Así, el conocido prólogo de Marx de 1859 a *La crítica de la economía política* ocupaba menos de una página y media.

La polémica de Engels contra un hoy hace mucho olvidado profesor adjunto de la Universidad de Berlín generó sensación entonces en el SPD. Para muchos, el artículo de Engels era demasiado largo, demasiado teórico y demasiado duro. En 1878 los artículos fueron publicados en forma de libro, pero a finales de aquel año fue prohibido. Mucho más éxito tuvo una edición revisada de tres capítulos del libro, que Engels publicó en francés en 1880 con el título de *Del socialismo utópico al socialismo científico*. En 1882 le siguió la edición alemana, de la que se imprimieron y vendieron decenas de miles de ejemplares, posteriormente traducido a varios idiomas. Puede describirse sin muchos problemas como un *bestseller* socialista.

Marx había arrastrado a Engels a esta polémica, ya que Dühring le había atacado personalmente. Sin este ataque, Engels difícilmente habría tenido interés por el señor Eugen Dühring. Para Engels fue una cruz haber de adentrarse de los textos de Dühring.²⁹ Cuando acordó

29. Dühring había sorprendido al mundo en 1875-76 con la publicación con tres gruesos volúmenes: en 1875 apareció su *Curso de filosofía como estricta cosmovisión científica y modo de vida* y su *Historia crítica de la economía nacional y el socialismo*, y al año siguiente, su *Curso de economía nacional y social*, otro compendio de 600 páginas. Engels estudió a fondo los tres libros, como muestran las numerosas notas marginales de los ejemplares conservados.

con Marx su plan de batalla, Engels vio la oportunidad que esta polémica le presentaba. Al comienzo de su asociación, en 1845-46, ambos emprendieron un enorme intento por esclarecer sus propias ideas en forma de polémica contra sus antiguos amigos, los jóvenes hegelianos. El proyecto fracasó, el manuscrito fue entregado «a la crítica roedora de los ratones». De este manuscrito, Engels solo consideraba como útil el capítulo inacabado sobre Feuerbach.³⁰ Con su borrador sobre «el resultado general» de sus primeros estudios, que en lo sucesivo sirvió como «guía de estudio», Marx había despertado la curiosidad y el apetito tanto en amigos como enemigos, pero en ellos planteaba más preguntas de las que respondía y no aclaraba para nada los asuntos tratados (1859, vol. 13, p. 8). Ahora se presentaba la oportunidad de presentar su punto de vista de una manera más extensa que hasta la fecha.

Marx respaldó por completo el proyecto. A él pertenece todo un capítulo sobre la historia de la teoría económica (1988, MEGA-2, vol. I/27, pp. 27, 131-215). La participación activa de Marx en el *Anti-Dühring* es, para quienes desprecian el trabajo de Engels, un asunto más bien embarazoso. De ser cierto que Marx conocía el texto y estaba de acuerdo con este tipo de compendio de sus puntos de vista, que incluso apoyó activamente el proyecto, el apreciado mito de Engels, el zote que nunca entendió al genial Marx, se tambalea. Engels escribió en el prólogo de la segunda edición de *La revolución de la ciencia del señor Eugen Dühring* cómo su descripción de sus puntos de vista conjuntos no habría podido ser escrita, por supuesto, «sin su conocimiento [el de Marx]»: «Antes de su impresión le leí el manuscrito entero» (1893b, vol. 20, p. 9).³¹

30. Se trata del que más tarde se tituló como *La ideología alemana*. Marx había mencionado de pasada este manuscrito incompleto y nunca publicado en 1859 en su prólogo a *La crítica a la economía política*. Una pequeña parte del mismo, una polémica contra Karl Grün, se publicó en *Das Westphälische Dampfboot*. Eduard Bernstein publicó otros dos fragmentos, sobre Max Stirner, ocho años después de la muerte de Engels. La crítica a Feuerbach apareció en 1926 como prepublicación y el manuscrito conservado, en su integridad, en 1932, en el volumen I/5 de la primera edición de MEGA, para ser canonizado de inmediato en el marxismo-leninismo. El texto difundido, sin embargo, era un libro que Marx y Engels jamás escribieron y que con toda seguridad no hubieran publicado en esa forma. Los manuscritos originales, cuyo orden es hasta el día de hoy motivo de disputa, aparecieron recientemente publicados por completo en el volumen I/5 de MEGA-2.

31. Llegar a afirmar que Engels mintió (o que Marx no se encontraba en plenas capacidades mentales en el momento de trabajar con Engels en este texto), como por desgracia hace Terrell Carvell, es un craso atrevimiento (1981, p. 76), y del mismo autor, *Marx, Engels and Scholarship*, (1984, p. 252). Por desgracia, en esta escuela del vituperio ninguna estupidez es poca a la hora de enfrentar a Engels con Marx.

Parece que Marx quedó satisfecho con el resultado. Para la versión abreviada, Marx escribió en 1880 un prólogo en el que elogió el texto como una «introducción al socialismo científico» (1880, vol. 19, p. 185).³² Dühring había tildado a Marx de majadero hegeliano y se había reído de él. Para Marx esta era una vejación doble, pues los contemporáneos asociaban entonces al hegelianismo con una filosofía irremediablemente envejecida y especulativa hasta el tuétano. A Hegel se lo había olvidado como a un perro muerto y, además, se consideraba que con razón. Para Engels, los ataques de Dühring a Marx eran una provocación en varios aspectos, pues él había sido el primero en intentar aclarar los poco entendidos métodos de Marx (1859, vol. 12, pp. 468-477).³³ Gracias a sus estudios en ciencias naturales, Engels redescubrió para sí a Hegel y, en consecuencia, estaba más preparado para esta acometida. Como buen académico envanecido, Dühring vivía instalado en la ilusión de tener la solución definitiva para todas las cuestiones disputadas en filosofía, en las ciencias naturales y en las sociales. Por si fuera poco, no dudaba en insultar a todos los demás. Engels respondió tranquilamente y se esforzó a la hora de refutar las afirmaciones sin base de Dühring y adelantarse a sus respuestas. La crítica de Engels fue demoledora, pero Dühring se había ganado tamaña paliza a pulso.³⁴

El escrito de Engels tiene hoy una desmerecida mala fama. Su repercusión fue atronadora: muchos intelectuales y no pocos trabajadores aprendieron de él lo que se habían imaginado con el término de

Como no entra en sus esquemas que Marx conociese y aprobase el texto, entonces es que no puede ser de ningún modo y Engels ha de ser declarado un impostor.

32. Marx ofreció en este mismo texto una breve biografía de su amigo. Una inteligente respuesta a la pregunta de si Marx fue también un «engelsista» (sí, lo fue) puede encontrarse en S.H. Rigby. (2005 [1995]).
33. Este breve texto, que Engels escribió por voluntad de Marx, a quien se lo envió antes de su impresión pidiéndole que lo corrigiese, no ha sido considerado merecedor de la más mínima atención por quienes desprecian el trabajo de Engels. El texto dio pie a un interminable debate sobre la cuestión de hasta qué punto *El capital* de Marx es una teoría pura o fundamentada en datos históricos, y, en consecuencia, si ofrece una vía desde el análisis teórico del modo de producción capitalista a la investigación de su historia, o no. A los filósofos les basta con el concepto puro, los investigadores sociales necesitan otra cosa.
34. A quien sorprenda el tono acre de la polémica debería tener presente que los adversarios de Marx y Engels no se comportaban precisamente con guante de seda. En el Congreso de Gotha de 1877 los partidarios de Dühring ejercieron resistencia contra el «socialismo marxista-hegeliano» y como respuesta a la serie de artículos de Engels no tardó en aparecer una diatriba, editada por un discípulo de Dühring en Berlín, contra los odiados «marxistas». (Véase Abraham Enss (1877).

«marxismo». Para muchos marxistas en formación la lectura de este texto fue una experiencia clave en la educación que los convirtió al marxismo.³⁵ La canonización del libro en el marxismo-leninismo tiene mucho que ver con su desvalorización.³⁶ Sobre este escrito pesa un malentendido que llega hasta el día de hoy. Aun siendo más completo que los compendios anteriores, no ofrece ninguna presentación sistemática y exhaustiva de la nueva ciencia materialista y crítica que había de ayudar a entender el mundo moderno. Algo que, de todos modos, tampoco podía hacer, ya que Engels había rechazado expresamente, contra Dühring y similares, todos los sistemas y construcciones de sistemas. Engels veía la ciencia empírica como un proceso continuo, libre de prejuicios y abierto a los resultados, y la nueva ciencia social que tenía en mente, como pendiente de una mayor elaboración. Había que estudiar de nuevo toda la historia, poner a prueba de nuevo todas las ciencias y cuerpos teóricos. Nadie, tampoco el gran Marx, podía hacer algo así por sí solo. El marxismo era, en su mayor parte, un *work in progress*, una ciencia social aún por hacer. El socialismo, de acuerdo con Engels, había devenido en principio ya una ciencia gracias a la nueva «interpretación materialista de la historia» y la crítica de la economía política. De lo que se trataba ahora era de «desarrollar» esta ciencia «en todos sus detalles y relaciones» y, en sus partes ya disponibles, pero incompletas, como en la crítica de la economía política, continuarla (1894a, vol. 20, p. 26).

En el *Anti-Dühring* la «crítica negativa» se encuentra de manera clara al frente y solo ocasionalmente la polémica contra Dühring se transforma en lo que Engels realmente quería, una «presentación más o menos coherente» de la nueva ciencia social que Marx y él mismo representaban. Algo de ello consiguió Engels. Por ejemplo, en la segunda

35. Así lo testimonian algunos de los marxistas de primera generación: «Fue con la lectura del *Anti-Dühring* con la que comenzamos a comprender «la idiosincrasia del marxismo» y a «pensar de manera marxista» (Karl Kautsky, 1925, p. 281). «Engels nos proporcionó la primera descripción comprensible y coherente del moderno socialismo científico, su libro se convirtió en un ‘manual de primer orden’» (Eduard Bernstein, 1894-1895, p. 143).

36. Que Engels respondiese principalmente a tres libros de Dühring, uno de los cuales tenía como tema la filosofía y la ciencia, y los otros dos la economía y el socialismo, y, por ende, su crítica se dividiese en tres partes –filosofía, economía política y socialismo–, llevó a que los creadores de la nueva ortodoxia, entre ellos Lenin, concluyesen erróneamente que se trataba de las tres fuentes y partes integrantes del marxismo, y de ahí la trada de la disciplina marxista. Engels, el antifilósofo, se hubiera muerto de risa, sobre todo ante la grotesca idea de una filosofía marxista.

parte, que versa sobre economía política, una ciencia que en muchos de sus aspectos «aún ha de crearse pese a todo» (Ibid., p. 139).

Para la primera parte sacó provecho de todos sus conocimientos y sus estudios en ciencias naturales le ayudaron especialmente. Lo que hizo Marx nada tenía que ver con hegelianismos o edificaciones conceptuales especulativas. Bien al contrario, Marx no argumentaba dialécticamente, sino que demostraba económica e históricamente, y cuando un proceso o relación mostraba un carácter dialéctico, lo señalaba (Ibid., pp. 124-125). Podían establecerse leyes generales del movimiento y el desarrollo y mostrar que son válidas y relevantes en la naturaleza así como en la historia y el pensamiento. A pesar de ello, la nueva interpretación materialista de la historia no era más que un programa y un concepto de investigación que había de «demostrarse y operar en las ciencias reales», y no en la filosofía (Ibid., pp. 129, 131-132).³⁷

En la tercera parte de *Anti-Dühring*, Engels hizo un favor a sus camaradas y amigos. Admitió algo que Marx y él mismo habían negado de manera constante. Quien propaga un socialismo científico y critica de ese modo a los utopistas socialistas y comunistas, no puede presentar incólume después una receta para la construcción de la sociedad futura. Engels había leído a los utópicos en su juventud y seguía apreciándolos, especialmente a Charles Fourier. Pero, según Engels, los socialistas solo pueden ser considerados científicos no cuando conciben los medios y vías para la emancipación social, sino cuando tratan de «descubrirlos en los hechos materiales presentes de la producción» (Ibid., p. 249). Lo que a continuación mostró Engels es un modelo de utopía socialista sin el cual los socialistas científicos tampoco pueden avanzar: en concreto, nombra las condiciones materiales previas necesarias para una economía y sociedad postcapitalistas. Se trata de condiciones que posibilitan la abolición de las clases, la extinción del Estado y la superación del valor, el dinero y el mercado, para los fundamentos del «reino de la libertad», pero que no conducen a todo ello a la fuerza.³⁸

37. Engels recupera más de treinta años después sin ningún problema los postulados antifilosóficos de su juventud.

38. La lectura de la utopía socialista de Friedrich Engels sigue valiendo la pena de leer y en no poca medida contribuyó al éxito del *Anti-Dühring*, mucho más que las descripciones filosóficas y económicas. (1878, vol. 2, pp. 260-265).

Entender la historia para hacer historia

Engels logró en uno de sus textos más populares unir la introducción con la ejecución. Sin embargo, esto último no lo consiguió lo suficiente, como no tardó en darse cuenta. Entonces, como hoy, su mensaje fue percibido como una imposición y un insulto. ¿Acaso hemos de someternos ciegamente a los efectos de leyes cuasi naturales? ¿Nuestra voluntad y nuestra conciencia, de las que tan orgullosos estamos, no juegan ningún papel? No había ninguna duda: esto era «determinismo», peor aún, «determinismo económico», y muchos lo rechazaron de plano.

No obstante, ya en 1845, en *La sagrada familia*, la primera obra conjunta con Engels, Marx había destacado que: «La historia no hace nada, [...] no 'libra ninguna lucha'. Es más bien el hombre, el hombre real y vivo, quien hace todo [...] y lucha; no es la 'historia' la que necesita a los hombres como medio para [...] elaborar sus fines, sino que no es más que la actividad de los hombres que persiguen sus objetivos» (vol. 2, pp. 97, 98). Unos años después Marx sorprendería al público con su lacónica frase: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado» (1852a, vol. 8, p. 115). Circunstancias suena menos amenazador que leyes, en particular teniendo en cuenta que Marx había contado a la tradición entre ellas.

Engels se esforzó 25 años en dar a conocer la nueva interpretación materialista de la historia y la sociedad, siendo consciente de las insuficiencias de sus anteriores intentos. Lo que había escrito entonces con Marx en el viejo manuscrito de 1845/46 (*La ideología alemana*) sobre la interpretación materialista de la historia, «únicamente demuestra hasta qué punto eran incompletos nuestros conocimientos de entonces sobre historia económica» (1885c, vol. 21, p. 264). En 1886 intentó nuevamente aclarar a qué se refería con esta nueva ciencia de la sociedad en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En la historia de la sociedad hay siempre «hombres dotados con la conciencia, la razón o la pasión, que trabajan para determinados fines» que determinan los acontecimientos. Sin embargo, en contra de las apariencias, «el curso de la historia» está gobernado «por leyes generales internas». Pues solo «en contadas ocasiones sucede lo que se busca, y en la mayoría de casos esta multiplicidad de fines se entrecruzan y contradicen o estos fines mismos son desde buen comienzo imposibles de conseguir o insuficientes

son los medios para alcanzarlos, de tal modo que los choques de las incontables voluntades y acciones individuales en el ámbito histórico causan una situación análoga a la naturaleza mayormente inconsciente. El objetivo de las acciones son queridos, pero los resultados que realmente se derivan de esas acciones no lo son, o en la medida que parecen corresponderse aproximadamente al objetivo buscado, tienen definitivamente otras consecuencias que las buscadas» (Ibid., pp. 296-297). Engels se basa aquí en las «consecuencias imprevistas». A este fenómeno las ciencias sociales deben hasta el día de hoy su existencia y legitimidad. Pero le era en todo caso insuficiente para confirmar el dominio de leyes en la historia. Para ello convenía preguntarse por el origen y el contenido de los fines que se buscan: ¿Qué condiciones históricas y sociales son las que «se forman en las mentes de a quienes estos motivos impulsan a obrar»? (Ibid., pp. 297). Aquí entran en juego las ideologías y con ellas, las instituciones que las apoyan, como el Estado, que existe mucho antes del capitalismo moderno. Engels lo introduce a continuación como «poder ideológico» (Ibid., pp. 304). La conclusión de Engels es que en la sociedad moderna, en la anarquía del mercado, en la que dominan la guerra social permanente y la competencia universal, leyes sociales y económicas de índole cuasi-natural determinan los caóticos acontecimientos debido a que no hay gestión colectiva, y lo harán mientras no haya una.

Engels fue claro sobre el carácter incompleto de su intento. Un «bosquejo general» con «algunas ilustraciones» resultaba insuficiente para convencer a escépticos y adversarios (Ibid., pp. 305-306). En Inglaterra había leído lo suficiente del empirismo práctico como para hacer suya desde entonces la máxima pragmática *the proof of the pudding is in the eating*. En consecuencia, vio como su verdadera tarea utilizar el programa de investigación que había diseñado con Marx para estudiar de nuevo toda la historia y reescribirla. Eso fue exactamente lo que hizo desde 1846.

Si a Engels le gustaba ver la fama que había adquirido de manera póstuma su amigo Marx, los marxistas le gustaban bastante menos. Reaccionó con cautela a las actividades de los nuevos seguidores de Marx. Seleccionó a algunos discípulos, Eduard Bernstein, Karl Kautsky, Conrad Schmidt, que consideraba capaces de continuar el trabajo comenzado. Quien mostraba talento, como Franz Mehring o el joven Werner Sombart, era recibido con los brazos abiertos. Se alegró al ver que en *La leyenda de Lessing* de Mehring «la interpretación materialista de la historia, luego que –por regla general– desde hace 20 años en los

trabajos de los jóvenes miembros del partido sirviese como una frase altisonante, finalmente comience, y sea utilizada para lo que estaba destinada a ser: una guía para el estudio de la historia» (Carta a August Bebel, 16 de marzo de 1892, vol. 38, p. 308). También se refirió con términos similares a Conrad Schmidt, a quien tenía en gran estima: «Nuestra interpretación de la historia es ante todo una guía para el estudio y no una palanca de la construcción, como en el hegelianismo. Toda la historia ha de volver a estudiarse de nuevo» (5 de agosto de 1890, vol. 37, p. 437). Engels ya había advertido en 1890 contra un «marxismo» desfigurado hasta lo irreconocible», en el que todo degenera en fraseología (1890b, vol. 22, p. 69). Quien se plantee trabajar con esta guía no debería dejarse confundir por la complejidad del devenir histórico. Puede explicarse que las instituciones sociales se construyen y pueden desarrollarse por sí mismas, y que estas aparecen, después, como poderes propios y autónomos, como el Estado, el derecho y la iglesia. En las formas políticas, legales o religiosas las relaciones sociales de los sujetos aparecen forzosamente invertidas, a pesar de lo cual el Estado, la política, el derecho y la religión se encuentran «una vez y otra bajo la influencia dominante del desarrollo económico» (Conrad Schmidt, 22 de octubre de 1890, vol. 37, p. 492).

En una carta en respuesta a Franz Mehring, en la que realiza una auténtica autocrítica, afirma que Marx y él mismo «descuidaron la forma respecto al contenido» en sus comienzos. Como «cómplice de mayor edad» no está autorizado, continúa, a acusar de ello a otros más jóvenes, como Mehring (14 de julio de 1893, vol. 39, p. 98). Pero si lo que se quería era desarrollar correctamente estas relaciones históricas, entonces el aspecto formal, es decir, cómo se generan determinadas nociones en las mentes de las personas que actúan en la historia, es sencillamente indispensable. Las ideologías, teorías y procesos de pensamiento tienen una potencia histórica, también cuando no pueden considerarse como causas últimas. En su respuesta a Walter Borgius, Engels va un poco más allá en su propia corrección. Las relaciones económicas, que «contemplamos como la base que determina la historia de la sociedad», son muy amplias para su comprensión, pues la tecnología, el pensamiento técnico y las condiciones técnicas y materiales de una sociedad también forman parte de ellas. No puede hablarse de un «efecto automático de la situación económica», «los hombres hacen su propia historia, pero en un medio dado y condicionado por ellos, debido a las relaciones reales dadas»; entre estas relaciones reales dadas están, en un sentido amplio,

«las económicas, en la medida en que éstas pueden, a su vez, ser influidas por las políticas e ideológicas, pero en última instancia son las decisivas», y únicamente estas condiciones económicas (y su modificación) «tejen un hilo rojo» necesario para su comprensión (25 de enero de 1894, vol. 39, p. 206). Cabe destacar cómo Engels, ya en su vejez, hace el paso de la determinación (*Bestimmung*) a la condición (*Bedingung*) y, con ello, anticipa las reflexiones que una década después desempeñarían un importante papel en el llamado realismo crítico.³⁹

Por qué no hubo ningún «engelsismo» y no habrá nunca uno

Marx no fue marxista y desaprobó a marxistas y antimarxistas por igual. Engels reiteró en varias ocasiones la proclama de Marx: «*Tout ce que je sais, c'est que je en suis pas marxiste!*». Hay numerosas pruebas de la aversión de Marx hacia los marxistas y el marxismo.⁴⁰ A través de su yerno

39. Engels apenas recurre a la famosa dialéctica en sus cartas de vejez, por método se refiere a la columna vertebral del programa de investigación que a partir de 1890 comienza a denominar con cada vez más frecuencia como «materialismo histórico». Quizá Engels se dejase convencer por Antonio Labriola, quien, en 1894, le recomendó sustituir las referencias a la dialéctica, tan proclives a la confusión, por los términos «método de desarrollo» o «genético», que ponen el acento en el elemento empírico-histórico en vez del formal. (1949, p. 147). No se ha conservado por desgracia la respuesta de Engels. La expresión que recomendó Labriola puede en verdad encontrarse varias ocasiones en la obra en la obra de Marx.

40. Véase, por ejemplo, Friedrich Engels, Carta a Eduard Bernstein (3 de noviembre de 1882, en MEW35, p. 388) en la que Engels habla del «llamado «marxismo» en Francia, un producto enteramente propio, del que Marx dijo a Laf[argue]: *ce qu'il y a de certain c'est que moi, je en suis pas Marxiste*»). O su carta a Conrad Schmidt del 5 de agosto de 1890 en la que Engels habla de los «'marxistas' de los últimos setenta» (vol. 37, p. 436). O en una carta a Paul Lafargue fechada el 27 de agosto de 1890 (vol. 37, p. 450), en la que Engels traduce al alemán la cita de Marx al hablar de los socialistas alemanes que pertenecen a ese mismo «tipo» (vol. 37, p. 450). En su respuesta a la redacción del *Sächsischen Arbeiterzeitung*, publicada por vez primera en el periódico *Der Sozialdemokrat*, n. 37, del 13 de septiembre de 1890, Engels volvió a referirse a este episodio, oponiéndose a un «'marxismo' desfigurado hasta lo irreconocible» en los partidarios de la oposición en el SPD (también conocidos como «los jóvenes»), un marxismo que se caracteriza por «una crasa mala interpretación de la perspectiva que se pretende representar [...] con un tosco desconocimiento de los hechos históricos, siempre decisivos, [...] con el conocimiento tan ventajosamente distinguido por los literatos alemanes en su propia e incommensurable superioridad». Y continúa: «Marx previó a estos discípulos cuando, a finales de los 'setenta, dijo sobre cierto

Paul Lafargue transmitió el mensaje a Engels, que siguió difundiendo. Sin embargo, también fue Engels quien en la década de los ochenta comenzó a llamar «marxistas» a sus amigos y camaradas en el movimiento socialista europeo. Medio en serio, medio en broma, acabó por aceptar lo que al comienzo eran insultos: «marxista» y «marxismo». Nuestros enemigos se sorprenderían, «¡y se volverían locos de saber que nos hemos dado ese nombre!», escribió triunfalmente a Laura Lafargue (11 de junio de 1889, vol. 37, p. 235). Así, el insulto pasó a ser un título de honor que los socialistas de muchos países europeos comenzaron a utilizar en número creciente. Marxistas eran quienes hacían suya la forma más avanzada de ciencia social. Y en verdad el «marxismo» era visto exactamente así en muchos países, como Rusia, China o Japón.

Pero bajo el término *marxismo* puede y debe entenderse algo diferente: en primer lugar, la biografía intelectual del propio Marx, es decir, la exposición de su desarrollo intelectual, que a lo largo de su vida condujo a una serie de ideas, teorías y conceptos más o menos congruentes. En segundo lugar, puede intentarse, a partir del archivo existente de textos y manuscritos de Marx, modelar una teoría coherente y consistente. No obstante, solamente ya en el caso de la crítica de la economía política se torna una tarea difícil, ya que Marx legó cuantiosos problemas absolutamente sin resolver. No hay, por lo tanto, un marxismo de Marx, pero sí uno de Engels. Engels fue el primer marxista que intentó ofrecer una descripción coherente de algunos de los fundamentos y muchas de las conclusiones más importantes. Hasta el último momento vio esta teoría como un *work in progress*, en ningún caso como un sistema cerrado.⁴¹ Su versión quedó incompleta y por ello intentó en sus llamadas cartas de vejez apuntalarla con aclaraciones. El eficaz programa de investigación que había diseñado con Marx había de convertirse en una forma de análisis histórico y contemporáneo, un amplio campo que

rampante “marxismo” francés: “*tout ce que je sais, c’est qu moi, je en suis pas marxiste*”, “sólo sé que no soy marxista”.» (vol. 22, p. 69). La socialista rusa G.A. Lopatin informó por carta sobre sus primeras reuniones con Engels en el año 1883 y relata lo siguiente: «¿Se acuerda de que dije que el propio Marx nunca fue marxista? Engels explicó que durante la lucha de Brousse, Malon y compañía contra otros, el propio Marx, entre risas, dijo: “¡Sólo puedo afirmar que no soy *ningún* marxista!”» (De una carta de G.A. Lopatin a M.N. Oshanina, 20 de septiembre de 1883, vol. 21, p. 489).

41. Marx y Engels, que se ajustaban muy poco a las etiquetas, durante años hablaron de «nuestro punto de vista» o «nuestra interpretación».

apenas había sido cultivado. En tercer lugar, bajo marxismo pueden entenderse la doctrina de partido que por algún tiempo dominó en los movimientos socialistas alemán, austríaco y francés y a la que Marx y Engels contribuyeron. En esta tarea Engels cosechó más éxito que su amigo. En 1891 logró que sus amigos y discípulos Kautsky y Bernstein redactasen el Programa de Erfurt del SPD, y él mismo contribuyó entre bastidores al mismo. Si se quieren ampliar los contornos, y tenerse en cuenta el programa de muchos partidos socialistas –y Estados– así como las difundidas doctrinas de movimientos socialistas, debe hablarse, en cuarto lugar, de marxismos en plural, de leninismo, estalinismo y así sucesivamente. Con ellos Engels no tuvo nada que ver. En quinto lugar, puede entenderse como marxismo también la historia de los estudios e investigaciones teóricas y empíricas que muchos, dentro y fuera del movimiento y los partidos socialistas, han realizado en conexión con Marx, Engels y sus sucesores directos. Sin embargo, apenas puede encontrarse algo que se asemeje a una escuela marxiana o engelsiana, con la excepción de los austromarxistas.

Engels, como Marx, a duras penas escribió un estudio sobre su propia evolución intelectual. Tampoco intentó nunca presentar su propia lectura de la crítica de la economía política o la interpretación materialista de la historia de una forma coherente, como una doctrina especial, y tampoco nadie más lo ha intentado. En la historia de los marxismos no hubo ni hay, a pesar de los numerosos marxismos, ningún engelsismo, ni concebido por Engels ni por otra persona.

El término «engelsismo» se utiliza como un insulto hasta el día de hoy. Fue descubierto por filósofos marxistas y filomarxistas que querían construir una distinción teórica fundamental y en ocasiones una jerga característica a partir de las diferencias de opinión entre Marx y Engels. Pero una observación más atenta revela que muy poco de ello está llamado a durar, ya que el engelsismo se retrae a la supuesta inclinación de Engels a tener una respuesta para todo. Con todo, los marxistas contribuyeron como pocos al culto a la personalidad, ya fuese Lenin, Luxemburg, Gramsci, Trotski, Stalin u otros. Los partidarios de estos «ismos» se adhieren al mito de sus gurús y se ocupan de combatirse respectivamente los unos a los otros como los mayores enemigos posibles. A diferencia de todos ellos, nadie está dispuesto a dar la cara por el engelsismo, una etiqueta que se utiliza únicamente con carácter denigratorio y que funciona como un atributo distintivo en las polémicas contra supuestas lecturas ilegítimas de las teorías de Marx.

Engels y Marx: consideraciones finales

Para los biógrafos, Engels es un tema agradecido, a diferencia de Marx, a cuya sombra se encuentra. De los dos, es la personalidad más llamativa, sus conflictos y tormentas bastan para escribir la historia de su vida. La biografía de Tristram Hunt, así como la anterior de Hans-Peter Bleuel, se deben a los episodios y anécdotas de Engels, y también a lo supuestamente escandaloso de su agitada vida privada (2012; 1981).⁴² La vida de nuestro héroe fue, en verdad, diversa en muchos aspectos, vivió más y hubo de encontrarse ante más tesituras complicadas que Marx. Era un hombre que amaba la vida y la buena mesa, a quien gustaban las mujeres y participó en duelos. En más de una ocasión escuchó el silbido de las balas. Su personalidad es más colorida y multifacética que la de Marx, con quien no podía rivalizar en historias de enfermedades y dolencias. Engels era menos propenso a las quejas y a sentirse alicaído que Marx, y sobrellevaba las adversidades de la vida cotidiana con una calma estoica y una considerable dosis de humor. Súmase a todo ello que en su vida hay más acción y aventura: desde las barricadas en Elberfeld y la insurrección en Baden hasta su huida de la policía a través de Francia y Suiza. Desde sus primeros ejercicios gimnásticos hasta sus frenéticas cacerías del zorro por los pantanos y colinas de Lanchashire, que describe como un goce corporal celestial. Con la excepción de las insuperables obras de Gustav Mayer, todos los biógrafos se decantan por dar prioridad a su historia personal, sus actividades políticas y amoríos. Muchos, como John Green, quieren ver en él ante todo un activista político (2008; Carlton, 1965). Aunque no les falta razón, solo lo fue ocasionalmente y por poco tiempo. Nunca ocupó un cargo en un partido político y muy pocos puestos públicos. Solo en la Primera Internacional ocupó durante algún tiempo el puesto de uno de sus secretarios y se convirtió de ese modo en uno de sus dirigentes. Tanto Engels como Marx no tenían aprecio por los revolucionarios profesionales, a los que combatieron, y menos consideración tenían para los políticos

42. Por desgracia, Hunt se sintió obligado a juzgar los quebrantamientos de la moral de Engels, algo completamente fuera de lugar, pues las *grisettes* de las que hablaba Engels con entusiasmo no eran prostitutas y rechazaban ser calificadas como tales. Asimismo, Mary y Lizzy Burns no eran trabajadoras de la fábrica Ermen & Engels que Engels hubiera podido seducir. Además, Engels fue fiel a Mary y después a Lizzy, las trató como sus propias esposas y se casó con Lizzy en su lecho de muerte según el rito católico, una última prueba de amor hacia su mujer, católica irlandesa.

de carrera, con algunas excepciones, como August Bebel y Viktor Adler. Y para los que menos, a quienes se engalanaban constantemente con la palabra «revolución».

Es claro que las anécdotas de Engels son más entretenidas, pero también fue un investigador a tomar muy en serio. Marx se deshizo en elogios, tanto, que incluso su amada mujer Jenny no pudo reprimir sus celos.⁴³ El marxismo fue esencialmente una obra suya, intentó en diferentes ámbitos resolver lo que ambos se habían prometido repetidamente desde 1845: proporcionar al socialismo europeo una sólida base científica. Engels logró en un grado asombroso que su punto de vista y el de Marx triunfasen en el movimiento obrero alemán y en partes del europeo, a pesar del desprecio y las burlas de numerosos adversarios, que tronaban contra él y Marx y querían finiquitar a los «márxidos» y toda la «marxería». Todo después de un período de incubación de más de veinte años y solo por algún tiempo, antes de que la nueva teoría se convirtiese en elemento integral del partido y de que cada controversia científica se convirtiese también en política. El marxismo hizo furor en el mundo académico gracias a Engels, ya que la crítica de Marx comenzó en serio en la década de los noventa del siglo XIX, cuando los escritos de Marx se volvieron más disponibles o fueron publicados por primera vez, entre ellos, y no en último lugar, los dos volúmenes inéditos de *El capital*.

Los abonados a vilipendiar a Engels deberían pararse a reflexionar un momento: ¿Qué hubiera sido de Marx si hubiera tenido que pasarse veinte años de su vida ejerciendo un trabajo remunerado que absorbiese sus energías, agotase sus nervios y destruyese su espíritu? Quizá hubiera sido un mejor padre de familia y marido, pero no un mejor investigador. ¿Y qué hubiera sido del igualmente talentoso Engels si no hubiese sacrificado veinte años de su vida al «maldito comercio»? ¿Si no hubiera dedicado los últimos doce años de su vida a la edición de la obra inacabada de su amigo? ¿Qué hubiera podido llegar a hacer si se hubiera librado de esa carga? ¿Podría haberse convertido en la máxima

43. Jenny Marx trató durante toda su vida a Engels con distancia y en su correspondencia, incluso después de muchos años, se refería a él como «Estimado señor Engels». Jenny Marx no aprobaba el estilo de vida poco convencional de Engels y sufrió la dependencia económica de él, que no se terminó nunca (Limmroth, 2018, pp. 160, 161). El secreto rechazo hacia Engels no quedó sin consecuencias: las hijas de Marx quemaron tras la muerte de este todas las cartas entre sus padres que pudiesen haber dolido a Engels.

autoridad del movimiento socialista europeo, cuyos dirigentes e intelectuales y cuyas formas tanto le irritaban?

Engels fue claro sobre la duración limitada de los diagnósticos científicos de su época, y así lo muestran los prólogos y nuevas ediciones y traducciones de las obras de Marx y sus propios textos, que prolíficamente escribió en sus últimos años. No se cansó de explicar el contexto histórico en el que surgieron los textos que más tarde fueron declarados «clásicos» y supuestamente intocables, como si se tratase de escrituras sagradas. Engels subrayó, sin avergonzarse, cuántas veces y con cuánta frecuencia él y Marx se habían equivocado: no nos habíamos formado aún lo suficiente, lo habíamos escrito para «aclararnos nosotros mismos», apenas teníamos una idea y la historia nos ha contradicho en todo. Engels inventó el marxismo y, sin embargo, no era marxista. Se puede decir que era un revisionista y que, siéndolo, estaba en buena compañía.

Friedrich Engels y las grandes transformaciones del capitalismo

Engels y la economía política

A punto estuvo de estudiar economía política, que entonces se llamaba en Alemania cameralística. Friedrich Engels, el hijo mayor del fabricante textil de Barmen Friedrich Engels, había de comenzar sus estudios en la Universidad de Bonn en el semestre de verano de 1845.¹ Nunca llegó a ocurrir. En vez de eso, el joven Engels viajó a Bruselas y París, donde se sumergió en actividades políticas y se hizo un nombre como periodista y autor. Antes había concluido su formación como comercial en la empresa de su padre, casi tres años en Bremen, primero, y otros dos en Manchester, después.

Engels, el hijo de un fabricante de Barmen, que pasó veinte años de su vida adulta como asistente, administrador y gestor y, finalmente,

1. En Berlín, donde llevó a cabo su servicio militar en 1841-42 como voluntario durante un año, atendió clases de cameralística, pero solamente como oyente. Su principal interés entonces era la filosofía. Nunca terminó la carrera universitaria. Su padre, que lo veía como heredero de la empresa, nunca lo quiso. Tras el regreso de Engels a Inglaterra en el invierno de 1844-45, y después de publicar su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* con su propio nombre, se produjo una ruptura familiar. El padre de Engels planteó a su hijo rebelde el siguiente dilema: o un estudio en Bonn, financiado por él, o la agitación comunista sin ningún tipo de apoyo financiero familiar. Engels no aceptó la oferta, por atractiva que fuese, y en abril de 1845 viajó a Bruselas, donde se encontraba Marx, para vivir como periodista y activista político (véase Mayer, 1934, vol. I, p. 219).

de 1864 hasta 1875 también como socio de la empresa textil Ermen & Engels en Manchester, no goza de buena fama hoy. Como mánager y capitalista, y durante los últimos veinticinco años de su vida como rentista y accionista de la bolsa que financió a la familia Marx y se financió a sí mismo una vida bastante cómoda de *gentleman* y erudito, no se ajusta para nada a los esquemas de la izquierda. Tampoco como filósofo, para los miembros de este gremio, especialmente los amigos del Marx rehegelianizado. Como historiador, en cambio, disfruta de una cierta reputación (Kluchert, 1985). Pero como economista político no se le toma en serio y su fama, injustamente, palidece en comparación con la de su amigo Marx. Sus contribuciones a la historia del capitalismo industrial en el siglo XIX son olvidadas o banalizadas. Su indiscutiblemente enorme, y en ocasiones decisiva, participación en la creación de las principales obras de Marx hoy se minimiza o se ignora. Existen, sin duda, profundas obras sobre Engels como economista, pero la mayoría de ellas están en la tradición de la hagiografía marxista-leninista (Rosenberg, 1958; Leontiev, 1970). En la literatura marxológica predomina el tono crítico: Engels no entendió, o no entendió bien, a Marx, y cometió, así, crasos errores.² Una feliz excepción en este ensordecedor coro de denigradores de Engels es el exhaustivo estudio de Samuel Hollander sobre la contribución de este a la economía política marxista (Hollander, 2011).³ Aparentemente, los no-marxistas están en mejor posición de ver sin filtros la realidad que los marxistas, que se enredan en interminables disputas sobre las verdaderas lecciones de los autores y teorías de esta tradición.

El joven Engels entró en contacto con la economía política inglesa ya en su primera estancia en Inglaterra, en 1842-1844, en Manchester. Leyó a los principales economistas ingleses de la época, Adam Smith,

2. Incluso a un marxista ortodoxo como Ernst Mandel le pareció correcto despachar al joven Engels, asegurando que simplemente no había entendido la teoría del valor (véase Mandel, 1968, pp. 15, 16). En este ámbito fue Joseph Schumpeter quien marcó el camino a los siguientes al afirmar que Engels, como teórico, no estaba a la altura de su amigo Marx. Para Schumpeter era claro que Engels «no estaba claramente al mismo nivel intelectual que Marx» y, aunque fue un respetable filósofo y sociólogo, «mostró considerables flaquezas en el campo de las ciencias técnicas» (Schumpeter, 1965, p. 484). Howard y King, que consideran decisiva la influencia de Engels en la economía política marxista, sostienen que no fue capaz de corregir las carencias de la economía marxiana (Howard y King, 1989, pp. 16-18).
3. Antes que él ya lo hizo Hutchison (1978) en su detallada crítica de la biografía de Engels escrita por Henderson (1976), en la que no se trataba con la consideración debida a los trabajos de economía política de Engels.

David Ricardo, Thomas Tooke, James Mill, Archibald Alison, Andrew Ure, Thomas Robert Malthus, Jean Baptiste Say y muchos otros. Se ocupó con la investigación de la historia social y económica reciente de Inglaterra y leyó, por ejemplo, la *History of the Middle and Working Classes* [Historia de las clases medias y obreras] de John Wade de 1833, *History of Cotton Manufacture in Great Britain* [La historia de la manufactura algodonera en Gran Bretaña] de 1835, y otros textos contemporáneos. Con especial celo estudió los escritos de los más tarde denominados «socialistas ricardianos» como William Thompson, Thomas Hodgskin, John Francis Bray y John Gray. A Robert Owen y sus partidarios llegó a conocerlos personalmente, como a los cartistas y sus dirigentes teóricos.⁴ John Watts, el propagandista más militante y de mayor éxito del socialismo owenista, ofreció numerosas charlas y conferencias sobre economía política en el imponente *Hall of Science* de Manchester que el joven Engels atendió, leyó *Facts and Fictions of Political Economy* [Hechos y fabricaciones de la economía política] de Watts, que discutió personalmente con el autor.⁵ Sin embargo, la crítica moralizante de la economía política que allí encontró no le satisfizo. Sustituir la economía política por una economía moral, como quería Watts, le parecía tan poco satisfactoriamente teórica como políticamente (Watts, 1842, pp. 15-60).

Engels y el comienzo de la crítica de la economía política

Así, el joven empleado de Ermen & Engels se sentó frente al escritorio en octubre-noviembre de 1843 y volcó sobre el papel su creciente indignación sobre las condiciones en el corazón de la industria moderna y recogió en él también sus dudas. Este corto ensayo, de unas veinticinco páginas, sin notas a pie de página ni bibliografía, apareció en 1844 con el título de *Apuntes para una crítica de la economía nacional*, en el primer y único número de los *Anales franco-alemanes*, que Arnold Ruge

4. En esta época Manchester era conocida como una «*metropolis of agitation*»: todas las organizaciones de los cartistas y los socialistas owenistas estaban presentes. Sobre los contactos de Engels y sus lecturas durante su estancia allí en los años 1842-1844 véase Claeys (1984).
5. En sus «*Cartas desde Londres*», que aparecieron en mayo y junio de 1843 en el periódico suizo *Schweizerischer Republikaner*, Engels informó de las reuniones propagandísticas de los owenistas y de su influencia en el público, y describió sus encuentros con John Watts y otros socialistas de la época (véase Engels, 1843).

editó en París junto con Karl Marx. Lo hizo con un segundo artículo del mismo joven autor sobre *Pasado y presente* de Thomas Carlyle (Engels, vol. 1, 1844b). Por primera vez, Engels publicaba con su propio nombre y cosechó así cierto éxito. El joven y hasta la fecha desconocido autor no pasó desapercibido no solo a Marx y otros socialistas, sino a algunos de los más destacados economistas en la academia alemana.⁶

Marx, dos años mayor que Engels, quedó profundamente impresionado. Devoró el manuscrito, lo desgranó y desmenuzó. Con este breve texto, Engels le había abierto los ojos y puesto sobre la pista de lo que, a partir de aquel momento, dedicaría el resto de su vida. Marx elogió el trabajo pionero de Engels en 1859 como un «esbozo genial para la crítica de las categorías económicas» (1859, vol. 13, p. 10).⁷ En el primer volumen de *El capital* Marx no se contuvo a la hora de elogiar este escrito de juventud de su amigo y lo cita varias veces (1867, vol. 23, p. 89). Con justicia, cabe añadir. Sin el impulso inicial y la aclaración sobre el estado de la ciencia económica que recibió de Engels, Marx apenas hubiera podido ponerse ni tan rápido ni tan decididamente manos a la obra con el que sería el proyecto de su vida: la crítica de la economía política. La contribución de Engels llegó en el momento oportuno. Los *Manuscritos económico-filosóficos*, que hasta el día de hoy muchos interpretan erróneamente, esto es, como una investigación filosófica, no hubieran sido redactados en ese momento, y desde luego no tan rápido, sin los *Apuntes* de Engels.⁸ Estos mostraron al joven Marx en su primer intento que había de seguir los pasos de Engels y llevar a cabo una crítica sistemática de las categorías económicas fundamentales, un fin en el que se interponía, como en el caso de Engels, su educación filosófica. En las aportaciones de Marx a *La sagrada familia*, el primer escrito conjunto de Marx y Engels, todo discurre aún alegre y confusamente, y el primero toma prestado de Engels su lucha con los conceptos, tomados de

6. Desconocido, porque, hasta entonces, Engels había publicado sus artículos de forma anónima o con pseudónimo. Es muy posible que Marx leyese alguno de sus artículos sin saber que se trataba de la misma persona quien los había escrito. La acogida favorable del artículo se debió, también, a que la mayoría de los economistas de habla alemana se mostraban escépticos ante la economía liberal de los ingleses.

7. Samuel Hollander, como Marx, ve en el breve ensayo de Engels una sorprendentemente «*sophisticated evaluation of classical value theory*» [sofisticada evaluación de la teoría del valor clásica] e incluso el «*founding document in the Marxian theoretical tradition*» [documento fundacional de la tradición teórica marxiana] de la economía política (2011, p. 25).

8. Sobre la relación entre Marx y Engels, véase Krätke (2017; 2020).

Feuerbach, de alienación (*Entfremdung*) y autoalienación (*Selbstentfremdung*) (1845, vol. 2, pp. 32-35, 37).

En el texto de Engels todavía no se hablaba de capitalismo, sino que en él se describía la economía y sociedad contemporáneas como «el estado de cosas basado en la propiedad privada» o la economía «bajo el dominio de la propiedad privada» (1844a, vol. 1, pp. 509, 507). En vez de «economía nacional, economía política, o pública», la nueva ciencia haría mejor en llamarse «economía *privada*» (Ibid., p. 503), ya que su objeto son, en realidad, las relaciones entre propietarios privados en un mundo dominado por la propiedad privada. Ya en este escrito temprano podemos encontrar, en el fondo, la gran transformación del capitalismo: la revolución económica del siglo XVIII, la transición del «mercantilismo», esto es, del régimen político y económico del capital mercantil y de las primeras manufacturas y del capitalismo agrario, con sus orígenes en los grandes terratenientes feudales, al «liberalismo» (o el «sistema de la libertad comercial»), la economía de mercado desarrollada bajo el dominio del capital industrial y la nueva sociedad industrial urbana. La propiedad privada, el tema que aquí nos ocupa, era ya una propiedad capitalista industrial, la propiedad privada de empresarios y capitalistas privados. Los economistas liberales, según el primer borrador de Engels, aceptan la propiedad privada como algo dado sin más, sin plantearse su origen o derecho (Ibid. pp. 500, 501).⁹ Aunque Engels, en consonancia con el estilo de la crítica socialista de la época sobre la inmoralidad del comercio, fustigó la competencia y acusó a los economistas de cinismo, este ensayo va mucho más allá de la crítica moralista. Con Engels comienza la crítica al capitalismo marxista clásica, pues fue él, y no Marx, quien formuló por primera vez el punto central de dicha crítica, a saber: que el desarrollo económico moderno, la dinámica propia que gobierna el capitalismo, de crisis en crisis, no es un proceso natural, aunque lo parezca, y, en consecuencia, las leyes económicas se nos presentan como si fuesen leyes naturales. «¿Qué cabe pensar de una ley que sólo puede aplicarse con revoluciones periódicas? Ni siquiera

9. En *La sagrada familia*, el primer trabajo conjunto de Marx y Engels, esta crítica se eleva a aspiración programática a abandonar radicalmente el punto de vista de la economía nacional y su premisa implícita, la propiedad privada, de consuno, y atacarla en todas sus formas (1845, pp. 32-34). No obstante, ello no impidió que al comienzo de *El capital* de Marx la propiedad privada de los productores y propietarios de mercancías privados apareciera como condición previa a la producción e intercambio de mercancías.

es una ley natural que descansa en la inconsciencia de los participantes» (Ibid., p. 515).¹⁰ Pues, en la economía moderna, nadie es libre o soberano, los consumidores no lo son, menos aún los productores, y en el tan alabado mercado no operan sujetos independientes, sino que todos ellos están limitados constantemente por las circunstancias. Circunstancias que se expresan en forma de una presión competitiva constante de unos contra otros. Nadie supervisa, nadie tiene el control, la razón social ha sido anulada, todos los actores privados económicos obran y piensan aislados los unos de los otros, implicados en una guerra social permanente: uno contra el otro y todos contra todos.

Educado en la filosofía alemana, el joven Engels insistió en «investigar la crítica de las categorías fundamentales de la economía nacional» y revelar las contradicciones en las que los economistas se habían enmarañado (Ibid., p. 502). Los economistas liberales nunca se habían puesto de acuerdo en la definición correcta del concepto de valor o la relación entre valor y precio, y dominaba la confusión, a juicio de Engels. Los economistas se habían extraviado en abstracciones falsas y callejones sin salida, veían que el precio y el valor no eran idénticos sin poder explicarse el motivo. Sus falsas abstracciones y su «principio puramente empírico», este sí que correcto, no se ajustaban. Engels se opuso con razón contra la falsa y abstracta oposición entre los costes de producción y el valor de uso, entre la oferta y la demanda. Debido a que se abstraían de los procesos especiales de formación del valor y del precio, las definiciones de valor de los economistas no eran más que afirmaciones abstractas, vacías y erróneas. Para poder avanzar, en vez de cantar alabanzas de la libre competencia, lo que se necesitaba era analizar los procesos de competencia.¹¹

Precisamente eso fue lo que intentó el joven Engels, y obtuvo de ese modo sorprendentes revelaciones. Compitiendo en el mercado, los actores mercantiles reciben y generan informaciones importantes, al mismo tiempo que distribuyen productos y recursos. La competencia transforma todas las magnitudes económicas en variables inestables, socava certezas y modifica radicalmente las relaciones económicas, de manera

10. Marx cita esta misma frase en el primer capítulo de *El capital* (1867, p. 89).

11. Justamente esta era la crítica que hizo el joven Marx tras su primera lectura de Ricardo y los ricardianos: estos solamente se interesaban por «la ley *abstracta*, sin considerar la posibilidad de cambio o derogación (*Aufhebung*) de la ley, [procesos] por los que llega a ser [ley]», y convierten el «movimiento *real*» en un accidente, en algo circunstancial. Si la ley general «puede aplicarse o miles de personas se arruinan por ella les es completamente indiferente» (1843-45, pp. 447, 482).

constante. Genera, refuerza y reproduce la desigualdad económica entre los actores, incluso dentro de las categorías mismas de los propietarios privados. Cada cual persigue sus intereses privados a costa de todos los demás, nadie escapa a esta disputa entre intereses privados. La competencia empuja a todos los participantes a la vorágine, los arroja constantemente a «una fiebre en la cual... todas las relaciones son puestas cabeza abajo». Ningún capitalista, trabajador o propietario, nadie que «se vea arrastrado a la lucha de la competencia puede mantenerse en pie sin emplear todos sus esfuerzos» (Ibid. p. 516). Bajo el estandarte de la competencia todos se comportan como especuladores, no solo los especuladores profesionales de la bolsa. Todo el mundo «ha de convertirse en un especulador» allí donde las relaciones de valor de todas las mercancías pueden (y deben) modificarse constantemente (Ibid. p. 515).

En consecuencia, la competencia no conduce a una igualación mediante los mecanismos de mercado, sino a desigualdades crecientes y acumulativas. En el capitalismo industrial el suelo muta en arenas movedizas, la economía y la sociedad se mueven en oscilaciones que conducen a un ciclo regular «de expansión y crisis, de sobreproducción y estancamiento». Según el audaz pronóstico de Engels, este singular movimiento se refuerza con cada crisis, cada crisis «ha de ser universal, esto es, peor, que la anterior, ha de empobrecer a una mayor cantidad de pequeños capitalistas», engrosar las filas de la clase obrera y las cifras de subempleo y desempleo (Ibid. pp. 516, 515).

Y ni siquiera ello basta. La competencia, que enfrenta «al capital contra el capital, al trabajo contra el trabajo, a propiedad del suelo contra propiedad del suelo», y a cada clase económica contra el resto, conduce inevitablemente a «la centralización de la propiedad», los grandes capitalistas y terratenientes devoran a los pequeños «según la ley del más fuerte», las «clases medias desaparecen gradualmente». Entre los trabajadores, el fuerte desplaza al débil, y todos ellos pierden contra el poder creciente del capital. La desigualdad aumenta entre los competidores y su «sometimiento recíproco» hace que la competencia libre sea una «imposibilidad» (Ibid. p. 522, 523). En este ensayo aún no se habla del sistema fabril ni de la maquinaria de trabajo moderna, pero la ciencia y las innovaciones tecnológicas, uno de los factores de la época industrial más importantes e ignorados por los economistas, es utilizado por los capitalistas en determinadas circunstancias contra los intereses de los trabajadores, que han de cargar con los costes del progreso técnico (Ibid. p. 523, 524).

Esto no era más que el comienzo: el trabajo de veras estaba aún por venir. Los economistas liberales, tal y como lo veía el joven Engels, aunque habían hecho algunos progresos teóricos seguían sin entender la gran transformación al capitalismo industrial. Los contrarios a la propiedad privada, críticos del capitalismo como él mismo, estaban en mejor posición para juzgar «correctamente las cuestiones económicas, también desde una perspectiva económica» (Ibid. p. 502). La economía política, como él la concebía, como resultado de una crítica a fondo de la economía política, que conceptualizase las relaciones del capitalismo moderno, todavía estaba por hacer. Más de treinta años después Engels seguía opinando que la economía política, que había de superar tanto la economía liberal como la (neo)mercantil, «estaba aún por hacer» en su mayor parte (1894a, vol. 20, p. 139). Cuando Engels escribió esto Marx todavía no había concluido su teoría del capitalismo moderno. Nunca lograría completar teóricamente esa tarea: solo terminaría la primera parte de su exhaustiva crítica, *El capital*. Unos años después Engels sería el encargado de continuarla y llevarla a su fin.

Engels y la revolución industrial

Engels escribió su primer libro en la casa paterna de Barmen en unos pocos meses, de noviembre de 1844 a marzo de 1845. A finales de mayo de 1845 apareció *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Este habría de convertirse en el más conocido y exitoso de sus libros y asentó su reconocimiento, e incluso su fama, como sociólogo. Se trataba de una continuación de su plan de trabajo: la investigación de la situación de los obreros en la primera nación industrial del mundo había de ser la primera parte de una historia social y económica de Inglaterra más amplia, al menos la parte central. Por desgracia Engels nunca pudo desarrollar este plan.

El libro causó cierta sensación en Alemania. Bruno Hildebrand, con Roscher y Knies uno de los tres fundadores de la vieja escuela historicista de economía y uno de los críticos más acerbados de la economía política inglesa, concedió al joven Engels el honor de incluir una crítica de ochenta páginas en su principal obra (Hildebrand, 1848, pp. 155 -239). Según la crítica de Hildebrand, aunque Engels tiene razón en muchos aspectos y presenta los hechos correctamente, no los analiza bien y establece falsas relaciones causales.

En esta mezcla de reportaje social, documentación estadística y análisis, estudio sociogeográfico, análisis económico y panfleto, Engels utilizó numerosos documentos hasta la fecha desconocidos en Alemania, como los informes presentados a la comisión de investigación establecida por el parlamento británico (los *blue books*) y los informes de los inspectores de sanidad y de fábrica. También sacó provecho de su propia experiencia, de las muchas reuniones y conversaciones con fabricantes y obreros que había tenido en Manchester. Gracias a su compañera, Mary Burns, pudo moverse con libertad por los barrios proletarios de Manchester y hablar abiertamente con la gente, algo que hoy llamaríamos observación participativa. Naturalmente, Engels leyó y empleó la literatura contemporánea sobre la depauperación y la situación de los obreros de las fábricas y manufacturas; leyó e hizo uso, por ejemplo, del laureado texto de Eugène Buret de 1841.¹²

En este libro, su autor, un joven de apenas veinticinco años, aborda la revolución industrial y sus consecuencias sociales, económicas, ecológicas y culturales. Consecuencias que en la metrópolis industrial que era Manchester estaban a la vista de cualquier observador atento. Manchester era una metrópolis de nuevo cuño, una ciudad industrial que crecía vertiginosamente, en la que enormes, y hasta la fecha prácticamente inauditos, edificios de fábricas de siete y ocho plantas, creaban un paisaje de bosques de chimeneas. En Manchester y en las ciudades industriales más pequeñas de su alrededor la principal industria era la del algodón, una rama en la que el nuevo sistema fabril —la concentración de máquinas en un sistema altamente complejo operadas por un ejército de obreros cada vez más grande— había encontrado su mayor desarrollo. Las fábricas de los *cotton lords* estaban a la vanguardia del progreso tecnológico. Manchester y toda la región del noroeste de Inglaterra (en Lancashire) se expandía gracias a un *boom* sostenido, y este *boom* de la industria del algodón era uno basado en la exportación. La industria textil inglesa, ante todo la elaboración de algodón, conquistó y amplió a un mismo tiempo los mercados extranjeros: el mercado británico, con apenas 8.6 millones de habitantes, era demasiado pequeño y los ingresos disponibles del grueso de la población crecían lentamente. Las exportaciones de algodón, en cambio, aumentaban, y con ellas el comercio mundial británico, que en las últimas décadas del siglo XVIII experimentó una

explosión, multiplicándose por 200. Casi el 60 % de las exportaciones británicas se correspondían a productos de algodón (hilo y tejidos). Sin un veloz incremento de las importaciones de algodón –sobre todo de los estados sureños de EEUU– no hubiera sido posible el crecimiento de esta industria (Beckert, 2014, p. 84; Mokyr 2009, p. 145 y siguientes).

A ojos de Engels –y no solo los suyos– esta nueva industria fabril era revolucionaria, surgida de una revolución industrial que transformaba radicalmente todas las relaciones económicas y sociales, y que, a largo plazo, conduciría a una nueva revolución todavía más grande. La revolución industrial de los ingleses no era, para Engels, inferior a la revolución americana o francesa. Inglaterra, según Engels, había experimentado «una revolución mayor que la de cualquier otro país, una revolución cuyas consecuencias serán mayores cuando más se aproxime a sus objetivos». La revolución de Inglaterra es «de tipo social y, en consecuencia, de mayor alcance y profundidad que cualquier otra». Esta revolución social, «la verdadera revolución», en la que todas las otras, políticas e intelectuales, acabarán desembocando, se encuentra en Inglaterra «en marcha desde hace ya setenta u ochenta años y ahora se encamina a paso rápido hacia su crisis» (1844c, vol. 1, p. 550). Se había conquistado un hito de la historia mundial: en el nuevo mundo del capitalismo industrial el interés, y en concreto el interés particular, se había elevado a la categoría de «principio general» y «horizonte de la humanidad», individualizado a todos los hombres, metamorfoseándolos en «una masa de individuos aislada y horrenda», despersonalizado, cosificado (*versachlicht*) el dominio, transformándolo en un «gobierno de la propiedad» y, en consecuencia, «enseñoreado mundialmente al dinero, la abstracción vacía, alienada (*veräußerte*) de la propiedad». Un nuevo yugo universal se había establecido: los hombres se han convertido en «esclavos de *la cosa*», «la mercantilización universal», esto es, la dependencia de los mercados y la competencia, había sustituido a todas las formas premodernas y personalizadas de dominio y sometimiento (Ibid., pp. 556, 557).

El resultado más importante de la revolución industrial fue el surgimiento de una nueva clase trabajadora, el proletariado industrial o fabril. Con él se transformó toda la estructura social de Inglaterra. Con la victoria de la fábrica sobre el taller, los grandes capitalistas, los nuevos capitanes de industria, desplazaron a los viejos maestros artesanales, y los proletarios desposeídos, a los trabajadores manuales de antaño. Con la revolución industrial se convirtió «el proletariado en una clase real,

fija, de la población», y quien nacía como tal «no tenía otra perspectiva que vivir como uno el resto de su vida» (Engels, 1845a, vol. 2, p. 251).

Buena parte del libro está dedicada a la descripción de la situación particular del trabajador asalariado en las diferentes ramas de la industria, lo que lleva a la descripción de las nuevas metrópolis, como Londres, Manchester, Glasgow o Dublín, y la segregación social en los barrios de las ciudades, claramente diferenciados según su clase social. En el caso de Manchester, Engels muestra cómo los barrios pobres y obreros, quiéranlo o no, acaban separados de los más acomodados, en otras palabras, cómo la división social, o la «guerra social» —como el autor, siguiendo a los socialistas franceses, la llama—, toma cuerpo en la estructura del espacio urbano de las ciudades marcadas por la industrialización (Ibid., p. 273 y siguientes).

Aunque Engels retrató la miseria en los barrios obreros de Manchester en tonos sombríos y lanzó duros ataques morales contra la burguesía inglesa, en este, su primer libro, ofreció un sorprendentemente diferente análisis de la situación del obrero industrial. Como se pedía en los *Apuntes*, aquí dedica todo un capítulo al análisis de la «competencia», sobre todo de la competencia entre trabajadores asalariados (Ibid., pp. 306-319). Antes que Marx, desarrolló aquí la tesis de la «libertad doble» del asalariado moderno en el mercado laboral. No puede escapar a la necesidad inherente del mercado laboral de buscar a alguien con capital que le dé un trabajo y remuneración, aunque mantiene su libertad personal, ya que «no se vende una sola vez..., sino poco a poco, día a día, semana a semana, año a año», porque es él quien se vende a sí mismo y porque puede buscarse un trabajo y cambiar a otro. De este modo, disfruta de una «apariencia de libertad», que pese a todo también «debería proporcionarle una cierta libertad *real*», como destaca Engels (Ibid, p. 310).¹³ Ello lleva a someter a escrutinio el salario y sus cambios. Los trabajadores fabriles constituyen una categoría especial, pues está en interés de los empresarios industriales que mantengan el «grado de civilización» que el trabajo requiere. Presionar hasta rebajar el salario a su mínimo fisiológico no es recomendable, ya que da como resultado «malos trabajadores de fábrica». El mínimo salarial determinado históricamente y culturalmente es en extremo variable, y la mayoría de

13. La misma idea clave de que la libertad del «trabajador libre» es aparente, pero también algo más que aparente, se encuentra más adelante también en los análisis de Marx del trabajo asalariado, algo que muchos de los sedicentes marxistas han olvidado.

asalariados permanece por encima de él. El motivo es que los dueños de las fábricas están interesados en que sus obreros «puedan instruir a sus hijos en la disciplina del trabajo». Ciertamente, los salarios fluctúan en torno a una media con la que unos cuantos viven «bastante mal» y unos cuantos más pueden vivir «bastante bien», pues se trata de salarios familiares que permiten, incluso, «un poco de lujo y civilización», partiendo de que hay una ocupación regular, esto es, un trabajo en la fábrica de manera regular para mujeres y niños. La cuantía por encima del mínimo (variable) depende de «las necesidades medias y grado de civilización del obrero». El trabajo industrial exige formación y disciplina, por lo que el salario debe ser el suficiente para que puedan aprenderse con él la formación y disciplinas necesarias, y mantenerlas (Ibid., pp. 308–309). No obstante, esto es válido solamente en condiciones cercanas al pleno empleo. Debido a que la ocupación está sujeta a las cambiantes circunstancias de la industria, constantemente se forma un «exceso de población sobrante», incluso cuando la industria crece de manera constante y con ella, la demanda de trabajadores. En general, «la competencia *entre* los trabajadores es mayor que la competencia *por* los trabajadores» (Ibid., p. 312). El motivo es que, como la industria, la población crece, no en último lugar debido a la inmigración de obreros irlandeses, presionando a la baja los salarios en muchos ramos de industria.¹⁴

Engels veía en la irrupción del progreso tecnológico en la propia industria fabril consecuencias ambivalentes. Las máquinas se mejoraban constantemente, se ponía en marcha nueva maquinaria, cada progreso técnico facilitaba el trabajo y aumentaba la productividad, pero sin embargo les costaba a muchos obreros su trabajo; ramos de industria enteros se volvían superfluos con las mejoras de la maquinaria o la introducción de nueva maquinaria, empleos enteros desaparecían, los obreros con instrucción eran reemplazados por otros sin ella. Los varones adultos eran desplazados por mujeres y niños. De ese modo, la situación de los obreros de las fábricas se volvía más precaria y sus salarios se hundían. No era, desde luego, la situación de todos, ni en todo momento. Si la economía crecía, la industrialización avanzaba, se construían nuevas fábricas y muchos de los trabajadores sin empleo volvían

14. Engels dedicó a la inmigración irlandesa un capítulo propio. Su descripción de los diferentes tipos de dieta entre los asalariados mejor y peor pagados ha sido confirmada por recientes investigaciones con la ayuda de estudios presupuestarios. El estándar de vida del obrero de fábrica era más bien alto, tanto, de hecho, como Engels lo describió (Allen, 2009, pp. 28, 29).

a encontrar otro en cuestión de tiempo, aunque no pocos se quedaban en el camino como innecesarios. En esta cuestión Engels argumentaba con datos muy incompletos e insuficientes, apoyándose en declaraciones de obreros y algunos informes de fábrica que citó profusamente.¹⁵ Sus conclusiones son muy diferentes a las que comúnmente le atribuyen sus críticos.¹⁶ Únicamente anticipó desempleo crónico para los jornaleros, que serían desplazados como consecuencia de la industrialización de la agricultura, a los obreros de las fábricas el desempleo solo los amenazaba periódicamente. Algo que, con todo, cada vez sería peor, porque las crisis cíclicas en el futuro serían cada vez más devastadoras y engullirían a más sectores de la sociedad. Una de las consecuencias sería el crecimiento del ejército industrial de reserva con obreros desempleados. Ocurriría, como en Inglaterra, en todo el continente europeo y americano, por doquiera que se extendiese la revolución industrial (Ibid., pp. 313, 317, 504).

La maquinaria más moderna, aplicada en masa, la organización del trabajo acondicionada a la fábrica, el trabajo asalariado disciplinado a gran escala, la economía de plantación con trabajo esclavo, la expansión constante y la aceleración del comercio y el transporte a escala mundial gracias a una revolución ininterrumpida en los medios de comunicación, nuevas metrópolis y regiones industriales en varios puntos del mundo, un movimiento conjunto de la economía que englobaba numerosos países y regiones a un mismo tiempo, tanto en tiempos de crecimiento como de crisis. El mundo del capitalismo industrial era inaudito y nuevo para quien viviese en su centro, como era el caso del joven comercial Friedrich Engels en Manchester.

En Inglaterra comenzó la revolución económica y social que condujo al capitalismo moderno. La conquista triunfal de la industria inglesa debía llevar a otras grandes transformaciones. Engels lo vio y lo pronosticó ya en 1845. A largo plazo, el avance de la industrialización, que tenía lugar ya en algunos países y regiones del continente europeo, habría de seguir expandiéndose, y la industrialización y el crecimiento económico pronto abarcaría todos los países de Europa, luego sus colonias y finalmente todos los países del mundo. Inglaterra tenía por el momento un auténtico monopolio del mercado mundial de la producción industrial

con el que era capaz de explotar al resto del mundo, es decir, utilizar al resto del mundo como mercado, fuente de materias primeras y reserva de trabajo. Esta estructura única de la economía mundial no estaba llamada a durar: un país tras otro se opondría al dominio británico y desarrollarían su propia industria. Ninguno podría librarse de la obligación de industrializarse so pena de seguir siendo dependiente de la potencia industrial y comercial de Inglaterra. Los ferrocarriles y los barcos de vapor, las redes ferroviarias y rutas marítimas, en rápida expansión, arrastrarían inevitablemente a cada rincón del planeta a la competencia internacional. Era cuestión de tiempo que la competencia internacional pusiese fin al monopolio del mercado mundial que temporalmente tenía Reino Unido y, con ello, a la posición hegemónica, única, del país en el mundo. Sus rivales con más posibilidades de éxito, los nuevos países industriales del siglo XIX, estaban a la vista de todos en las casillas de salida. Para Engels era evidente que la industria alemana no podría ponerse al nivel de la estadounidense a pesar de sus grandes esfuerzos. Estados Unidos era el rival más fuerte, que había «conseguido en menos de diez años una industria con la que ya compite con Inglaterra en mercancías de algodón en bruto (la mercancía principal de la industria inglesa)». La industria estadounidense ya había desplazado a la inglesa en los mercados de América del Norte y del Sur y estaba preparada para disputar los mercados asiáticos. América, esto es, EEUU, presentaba, gracias a sus enormes recursos, todavía poco explotados, a sus redes de transporte terrestres y marítimas, creadas en muy poco tiempo, a su «población activa, enérgica» y en rápido crecimiento, y a sus enormes mercados, las mejores condiciones «para hacerse con el monopolio industrial» e imponerse para siempre a la industria de Inglaterra. Los nuevos países industriales, EEUU, también Alemania y Francia, con Bélgica y Suiza a remolque, ya estaban en el proceso de desbancar a Inglaterra como principal potencia industrial y comercial mundial (Ibid., p. 503). En los siguientes veinte años acabaría ocurriendo lo que profetizó Engels, quien solamente se equivocó por unas décadas en el cálculo.

Crisis, ciclos y el grande y ancho mercado mundial

Engels no fue el primero en ver en las crisis comerciales y el ciclo comercial, como hasta entonces se lo llamaba, un fenómeno nuevo y en muchos aspectos digno de mención.

En 1825, como muy tarde, comenzó a difundirse la opinión de que las crisis comerciales, agrarias y financieras irregulares del siglo XVIII habían sido sustituidas por un nuevo tipo de nuevas crisis con carácter regular. En todo caso eran las nuevas crisis, que afectaban a todos los ramos industriales y comerciales prácticamente al mismo tiempo, lo suficientemente inquietantes como para que los economistas se vieran obligados a explicarlas, o al menos a intentarlo. Entre los socialistas fue Engels quien reconoció, antes que Marx, el significado de este nuevo fenómeno e investigó los ciclos industriales y las ondas (cortas y largas) del desarrollo industrial. Como otros socialistas de su época, quiso elevar las crisis recurrentes y regulares y la devastación que causaban a argumento principal contra el capitalismo moderno. Pero conseguirlo solamente era posible si se mostraba que las crisis o el ciclo industrial en su conjunto seguían una lógica determinada clara, que sugiriese al menos una relación con la sorprendente dinámica del nuevo capitalismo industrial.

Cuando estalló la siguiente crisis a finales del verano de 1847, tal y como se esperaba, y se extendió velozmente a la mayoría de países europeos, Engels escribió, plenamente convencido, que la gran industria había creado ya un mercado mundial y una competencia internacional desenfundada, y, en consecuencia, las crisis «se han convertido en crisis integrales del mercado mundial» (1847a, vol. 4, p. 322). Se trataba de una afirmación prematura: la primera crisis real del mercado mundial estalló diez años después, en octubre de 1857. La atrevida tesis de Engels era una consecuencia directa de su punto de vista sobre la dinámica de la revolución industrial, que, gracias a la superioridad del «trabajo de las máquinas», ha socavado el viejo sistema de manufactura y trabajo artesanal «en todos los países del mundo», sacado «violenta-mente de su aislamiento... a los países semibárbaros» y «revolucionado» países con viejas civilizaciones, como India o China. Pues una «nueva máquina que hoy se inventa en Inglaterra, en el espacio de unos años dejará sin pan a millones de trabajadores en China». De este modo, «las grandes industrias de todos los pueblos del mundo son puestas en contacto, todos los pequeños mercados locales son arrojados al mercado mundial, se allana el camino a la civilización y el progreso por doquiera al punto que todo lo que sucede en los países civilizados ha de tener un efecto en todos los restantes» (1847b, vol. 4, p. 367).¹⁷ En consecuencia,

las crisis de sobreproducción industrial, tan buen punto como comienzan en uno de los países industriales capitalistas desarrollados, se extienden a todo el mundo.

Las crisis cuestionan todo el orden económico burgués, una y otra vez. Sin embargo, no conducen a un colapso, sino a una rápida transformación de las empresas, ramas de industria y mercados. Las crisis se superan a través de la destrucción (o devaluación) del capital y el empleo, y «conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los antiguos», tal y como lo resumieron Marx y Engels en su trabajo conjunto más conocido, el *Manifiesto comunista* (1848, vol. 4, p. 468). Las crisis cíclicas del capitalismo industrial aceleran el desarrollo del capitalismo, pero también las transformaciones de la economía mundial capitalista. Por ese motivo, Marx y Engels estudiaron los procesos económicos y las crisis, los debatieron y, ocasionalmente, escribieron también diagnósticos político-económicos en forma de auténticos análisis de los ciclos económicos. Entonces era difícil dar con datos fiables. Engels estaba mejor informado y más versado en la cuestión y estaba muy por delante de su amigo en cuanto a conocimiento empírico. En todo lo relacionado con las prácticas cotidianas de las empresas industriales capitalistas, transacciones, cuestiones comerciales y bursátiles, Engels era la autoridad. Es muy común ver a Engels como a Marx como teóricos puros, lo que nunca fueron.

Tras la crisis de 1847-48 y tras el fracasado movimiento revolucionario de 1848-49, ambos escribieron en el exilio londinense tres «periódicos» político-económicos para aclararse a sí mismos la nueva situación mundial. El tema era el desenvolvimiento exacto de la crisis, una cuestión que habían estudiado en relación al «nuevo *boom* industrial» que se producía con prodigiosa velocidad en Inglaterra desde la primavera de 1849. Explicable, pues «hasta ahora toda crisis precedía un nuevo progreso» del capitalismo industrial. Los acontecimientos políticos en el continente desempeñaban un papel, pero también —como «factor más importante»— el descubrimiento de oro en California en 1848 y la consiguiente fiebre del oro (Marx y Engels, 1850a, vol. 7, pp. 219, 220). Con ello, de acuerdo a su pronóstico, todo el comercio y el transporte mundial se veían modificados: «por segunda vez, el mercado mundial recibe

se habla de mercado mundial (o de globalización, como se diría hoy) no deben sorprender al lector, ya que Marx se sirvió generosamente de lo escrito por Engels para este borrador del *Manifiesto*.

un nueva orientación», ya que el «foco del tráfico mundial» se desplazaba a Norteamérica y a largo plazo el Pacífico jugaría el «papel de mayor canal marítimo del comercio mundial» y ciudades como Nueva York y San Francisco se convertirían en emporios del comercio global (Ibid., p. 221). El mercado americano era ya el más importante y decisivo para la industria inglesa y continental europea (Marx y Engels, 1850b, vol. 7, p. 295). La industria algodonera inglesa, «el sector decisivo de la industria inglesa», dependía además de las plantaciones de algodón de los estados sureños de EEUU, esto es, del trabajo de masas de esclavos. Sin embargo, bastaron dos o tres malas cosechas de algodón, según Marx y Engels, para que la burguesía inglesa comenzase a exigir la producción de algodón en todas las partes del mundo cuyo clima era apropiado, desde las Indias orientales y Sudáfrica hasta partes de Australia. Si conseguían romper el monopolio estadounidense del algodón, ello supondría el fin de la esclavitud en América, pues en ningún otro lugar podía producirse algodón en semejantes cantidades con trabajadores libres.¹⁸ No sucedió ni tan rápido ni tan fácilmente: la guerra civil en EEUU hundió a la industria del algodón inglesa en una crisis profunda, y la escasez de algodón condujo a numerosas fábricas a detener su producción y, con ello, al desempleo masivo.

De vuelta a la empresa Ermen & Engels en Manchester, de la que se convirtió en socio en 1864, Engels acumulaba veinte años de conocimiento desde una excelente posición de observador: estaba familiarizado con todas las prácticas de la industria algodonera y el comercio de esa materia prima, y desde 1853 era miembro de la Bolsa de Manchester, entonces la mayor bolsa comercial de Europa.¹⁹ Mientras Marx trabajaba en Londres, en su principal obra económica, el mánager y (por algún tiempo) dueño de fábrica Engels, le proporcionó detalladas informaciones sobre el curso de los negocios y la organización de las empresas de alta tecnología que producían para la exportación. En otoño de 1857 estalló la largamente esperada crisis económica mundial que tanto Engels como Marx habían pronosticado repetida y equivocadamente desde hacía años. La noticia electrizó a ambos, que

18. Engels/Marx 1850c, p. 430.

19. Sobre la vida de Engels como mánager y capitalista en Manchester, véase Henderson, 1971; Marcus, 1974; Illner, 2012. La mejor descripción sigue siendo la de la biografía de Engels de Gustav Mayer (véase Mayer, 1934). Las nuevas biografías (p. ej. Hunt, 2012) no se acercan a los detalles que proporciona la de Mayer en equilibrada combinación con la descripción de su vida y explicación de sus obras.

estudiaron la evolución de la crisis en todos sus aspectos. Marx reunió, con la ayuda de Engels, material con el que realizó estadísticas, ordenó recortes de prensa y apuntes propios en tres detallados cuadernos de los que había de surgir un libro sobre esta crisis escrito con Engels que, por desgracia, nunca acabó materializándose.²⁰ El desarrollo capitalista en las últimas décadas había mostrado que la sociedad burguesa había atravesado un período convulso, una suerte de segundo siglo xvi, ya que su tarea real es «la creación de un mercado mundial, al menos sus fundamentos, y sobre la base de estos, una producción mundial» que, «con la colonización de California y Australia y la apertura de China y Japón ha alcanzado su conclusión». La sociedad burguesa se encuentra, así, todavía en formación en «el terreno mucho más vasto» de Asia, de América y de Australia y su ascenso, en definitiva, no había concluido.²¹ Engels compartía este punto de vista, aunque situó esta etapa de transición (*Sattelzeit*), el cambio a la siguiente gran transformación del capitalismo, años después, concretamente en los de la primera gran depresión.

La gran depresión y el fin de la revolución capitalista

Engels regresó varias veces a su libro de 1845: en 1887 apareció una edición estadounidense con un prólogo y una adenda en inglés, en 1892 apareció una edición inglesa con un nuevo prólogo y, poco después, una edición inglesa con su correspondiente prólogo. En todos estos prólogos y en la adenda Engels subrayó que la situación de las cosas, tal y como las describió en 1845, pertenecía ya «en buena medida al pasado». Engels se esforzó por describir el nuevo estado de cosas en el mundo del capitalismo industrial con el paso del tiempo, esto es, válido para la década de los noventa del siglo xix. Entre sus contemporáneos había a quien preocupaba un *fin de siècle* del capitalismo. Engels no estaba tan seguro. No se ajustaba a la figura de dogmático y las carencias y lagunas de la teoría marxista, que él defendía, no le eran, en parte, desconocidas. Tras la muerte de Marx hubo de interpretar el papel de gurú y máximo teórico del socialismo, y a más tardar a partir de 1890 Engels tenía una considerable influencia en los movimientos y partidos socialistas en

20. Sobre estos cuadernos véase Krätke, 1998, 2008. Los cuadernos de Marx sobre la crisis han sido entre tanto publicados (véase Marx, 1857/58b).

21. Marx, 1858, p. 360.

Europa, al menos en Alemania, Austria-Hungría y Francia. Engels era la voz autorizada del «socialismo científico», que difundió con vehemencia contra todos los tipos de socialismo sentimental. En consecuencia, estaba en una posición mucho mejor que el resto para acercar a sus amigos y partidarios una percepción sobria y científicamente bien informada del capitalismo realmente existente. No siendo ajeno a ello, Engels se impuso como tarea ajustar la descripción del capitalismo y la teoría sobre él a las transformaciones reales que estaban ocurriendo en el capitalismo en sus principales países y a escala del mercado mundial.

Al final de su escrito con diferencia más popular e influyente, *El desarrollo del socialismo de utopía a ciencia*, Engels caracterizó toda la etapa del capitalismo todavía como «*revolución capitalista*». En este texto describe muy brevemente una línea evolutiva que comienza con los inicios de la producción capitalista, impulsada todavía por «*capitalistas individuales*», pasa por la gran industria y conduce a una «expansión ilimitada de la producción» y a un incremento inaudito de la productividad (y del conjunto de las «fuerzas productivas») hasta llegar a una «competición desenfrenada» que desemboca en el «defectuoso ciclo» de las crisis industriales. Los conflictos inherentes al capitalismo se exacerbaban, el modo de producción capitalista entra en un callejón histórico sin salida y, en consecuencia, se acaba encontrando, sin quererlo ni haberlo buscado, en algo así como una «socialización» de la producción, concretamente las «grandes organizaciones de producción y comercio», primero «a través de sociedades de accionistas, después *trusts*, y más tarde incluso el *Estado*» (1882, vol. 19, pp. 227, 228). Desde 1825, según Engels en ese mismo texto, el capitalismo había atravesado hasta cinco veces por completo un ciclo industrial, que iba de una crisis generalizada a otra, y con 1877-78 el sexto ciclo había llegado inevitablemente a su fin. Pero ahora se había llegado al punto que todos los mecanismos del modo de producción capitalista se habían paralizado, dejando tanto a capitales como fuerzas de trabajo desocupados en masa. De ahí los intentos de los capitalistas por unificar el capital en sus diferentes formas y socializarlo como sociedades de acciones, la unión de capitales de ramos de industria enteros en *trusts* y, finalmente, sistemas de transporte enteros en propiedad estatal (Ibid., pp. 218-221).

En la década de los setenta del siglo XIX, Engels estuvo ocupado principalmente en el estudio de las ciencias naturales. Pero como estaba en contacto diario con Marx —quien, desde septiembre de 1870, volvía a vivir en Londres— sabía que su amigo concedía una extraordinaria

importancia al fenómeno de las crisis desde 1873. «Los fenómenos son en esta ocasión verdaderamente singulares, se diferencian en muchos aspectos de los anteriores...», escribió Marx a su apreciado colega Danielson. «La crisis, enorme y de casi ya cinco años de duración» en EEUU, Sudamérica, Alemania, Austria y otros países no tenía precedentes. Había por lo tanto que «observar el desarrollo actual», en concreto para «los investigadores de la producción capitalista y teóricos profesionales», el estudio de la evolución de estas grandes crisis del mercado mundial era «de la mayor importancia» (Carta a Danielson, 10 de abril de 1879, vol. 34, pp. 370-375). Marx hablaba ya, en relación al período de septiembre de 1873 a 1878, de un «período de crisis crónica», que había conducido en EEUU a una acelerada transformación de la que hasta entonces no se había tenido constancia (Carta a Danielson, 1878, vol. 34, p. 359). En abril de 1879 Marx todavía creía que esta crisis, a pesar de su extraordinaria larga duración, «sería superada, como en los casos anteriores, e impulsaría un nuevo 'ciclo industrial' con todas sus diferentes fases de prosperidad, etc.» (Carta a Danielson, 10 de abril de 1879, vol. 34, p. 372). Engels, unos años después, no se mostraría tan seguro.

La primera vez que indicó que podía imaginarse una crisis crónica fue en octubre de 1844. La estructura del mercado mundial se había modificado de raíz desde que «el monopolio de Inglaterra sobre el mercado mundial se ve quebrantado cada vez más...» Pero la nueva prosperidad se resistía a llegar. «De no llegar nunca, el estancamiento crónico se convertiría en la situación normal de la industria moderna, con muy pocas variaciones» (Engels, 1885a, vol. 21 p. 184). Poco después, en febrero de 1885, intentó dar una explicación de la gran depresión. Tras la crisis de 1847-48 comenzó un período de expansión y prosperidad que habría de extenderse veinte años; un «enorme crecimiento de la producción» en la década de los cincuenta, que duraría hasta la de los setenta, que prácticamente hizo olvidar a todos los anteriores y que solo fue interrumpido brevemente por dos crisis, las de 1857 y 1866 (Engels, 1885b, vol. 21 p. 193). Engels explicó este extraordinario crecimiento de la industria fabril inglesa políticamente, lo que puede sorprender a muchos. Los capitalistas industriales de Inglaterra habían conseguido el dominio político, imponiéndose a los terratenientes, banqueros, especuladores bursátiles y rentistas de toda clase, que servían a sus intereses: de ahí una política de libre comercio radical que autorizase la importación de materias primas y alimentos a bajo precio, lo que

permitió a Inglaterra convertirse en «el mayor centro industrial de un mundo de agricultores», en la fábrica del mundo (Ibid., p. 192). En los años de larga prosperidad mejoró la situación de los obreros en Inglaterra, «incluso para la gran masa». A largo plazo, sin embargo, esta clara mejora solamente repercutía en la situación de dos «sectores protegidos» de los trabajadores británicos: los obreros industriales, que estaban protegidos por la legislación de fábrica, y los obreros organizados en sindicatos de gremio y ramos de industria, donde no habían de temer la competencia del trabajo femenino o infantil y las máquinas únicamente podían emplearse de manera limitada. Para la mayoría de trabajadores era insuficiente. Pero entonces se produjo «un giro», una fase de crecimiento corta y sin consecuencias tras la crisis de 1866 que se detuvo (en Inglaterra), pero 1877-1878 no condujo a una «crisis general». La economía de Inglaterra se encontraba desde 1876 «empantada de manera crónica en todos los principales ramos industriales» sin que hubiese a la vista ningún *crack* ni crecimiento renovado, solo una «congestión crónica de todos los mercados para todas las empresas» (Ibid., pp. 194-195).

El monopolio industrial de Inglaterra se había roto. El desarrollo industrial se extendía por cada vez más países: Francia, Bélgica, EEUU, Alemania, incluso Rusia, todos ellos habían desarrollado sus propias fábricas, sus propias industrias e incluso ciudades y regiones industriales, con frecuencia con ayuda estatal, y no eran inferiores a las inglesas. Estas industrias en rápida expansión en los jóvenes países industriales, que operaban con la tecnología más avanzada de la época y pronto se pondrían al frente con nuevos descubrimientos (como, por ejemplo, en la industria del acero y la minería de carbón), suponían una dura competencia para la industria inglesa en todos los mercados mundiales. Como hecho decisivo, Engels señaló el descubrimiento y las patentes en EEUU de «máquinas que ahorran trabajo», y que ya comenzaban a desplazar a las inglesas. «Las máquinas estadounidenses se transportarán a Inglaterra, y ello en casi todos los ramos industriales» (1881, vol. 19, p. 264). La política de libre comercio que los industriales habían ayudado a extender comenzaba a girarse en su contra. Cada vez había menos mercados y el porcentaje de fábricas inglesas en el comercio mundial se encogía año tras año (1885b, vol. 21, pp. 195, 196).²² En ello Engels vio la

22. Para los cambios de la parte jugada por los diferentes países industriales en la producción industrial (Allen, 2017, p. 107)

proverbial escritura sobre la pared, un problema irresoluble para el conjunto de la economía capitalista. «El modo de producción capitalista *no puede* estabilizarse, debe crecer y expandirse», necesita un crecimiento y expansión constantes como «condiciones vitales» y en la situación actual de la economía mundial capitalista algo así era imposible. A consecuencia de ello la producción capitalista había entrado «en un callejón sin salida» del que ya no había ninguna salida capitalista buena (Ibid., p. 196). En los años siguientes volvió a insistir en este argumento, aunque con algunos cambios. La larga etapa de prosperidad desde 1849-1850, que había cimentado el monopolio inglés sobre el mercado mundial, había llegado a su fin en 1870. La crisis de 1866 mostraba el comienzo de una «nueva época de la historia económica mundial». Además de la política de libre comercio, otros «acontecimientos simultáneos» habían jugado su papel, como el descubrimiento y explotación de las minas de oro en California y Australia, y la revolución del transporte marítimo y terrestre, que habían impulsado la expansión del comercio y el tráfico mundial (1888, p. 363). De caer las tarifas aduaneras en los nuevos países industriales, el mercado mundial se vería inundado por todas partes con masas de mercancías procedentes de las fábricas, y el sistema mundial del capitalismo industrial, no ya solamente la industria inglesa, entraría en un callejón sin salida histórica.

En sus prólogos a las ediciones inglesas y a la nueva edición alemana de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* Engels no intentó actualizar su descripción, sino que presentó los cambios posteriores a 1844 en epígrafes separados, y con ello duplicó la extensión del libro. En torno a 1865 se remitió al primer volumen de *El capital* de Marx. Después de más de veinticinco años, la descripción de Marx había envejecido. Su explicación para la mejora sostenida de la situación de la clase obrera, al menos para los trabajadores fabriles de las grandes ciudades y algunos grupos de artesanos especializados, era sencilla: gracias al monopolio del mercado mundial de la industria inglesa los capitalistas industriales de Inglaterra podían permitirse renunciar al «pequeño hurto» a sus trabajadores, a las triquiñuelas y métodos miserables para ganar dinero. Los grandes empresarios de fábricas, que dominaban el mercado mundial, ya no necesitaban semejantes cosas y eran lo suficientemente inteligentes como para evitar conflictos graves y «disputas innecesarias» con sus trabajadores. También habían renunciado al llamado *truck system* —el pago del salario, en todo o en parte, en especies o bonos canjeables—, aceptado la limitación de la jornada laboral a las

diez horas, llegado a acuerdos con sindicatos y mantenido en buenos términos con los inspectores de fábrica y sanidad. El desarrollo capitalista, resumía Engels, había conducido «al menos en los principales ramos industriales» y en la gran industria a «eliminar hasta el más pequeño obstáculo que en los años anteriores empeoraba el destino de los obreros»; sin embargo, en los ramos industriales menos importantes y en la pequeña industria «no era ésta ni mucho menos la situación» (1892a, vol. 22 pp. 318, 319).²³ Esto también era válido para las pésimas condiciones higiénicas en las ciudades y regiones industriales. La burguesía británica aprendió a fuerza de varias epidemias que tenía todo el sentido del mundo «sanear» las grandes ciudades para no ser víctimas, ellos también, de las enfermedades. En muchos aspectos Inglaterra había «superado la etapa juvenil de la explotación capitalista», incluso si en los nuevos países industriales circunstancias similares a las de Inglaterra estaban a la orden del día (Ibid., pp. 319, 320). Incluso algunas de las leyes más indignantes, que «habían robado al obrero el mismo derecho respecto a su empleador», habían sido entretanto derogadas (Ibid., p. 324). Había habido también progresos innegables, la situación de la clase obrera había mejorado visiblemente. Sin embargo, destacaba Engels, para la gran masa de los trabajadores estas mejoras eran temporales, las duraderas reservándose a una minoría privilegiada. En Inglaterra seguía habiendo capas de trabajadores depauperados y masas de desempleados, subempleados y población excedente, así como barrios miserables en las grandes ciudades. La clase obrera inglesa tenía la ventaja de participar del disfrute del monopolio industrial inglés, aunque fuese de una pequeña parte del mismo. Y estas ventajas se habían distribuido entre ella de manera muy desigual, entre una minoría privilegiada y la gran masa (Ibid., pp. 326, 327 y siguientes). Engels no ofreció ninguna cifra para reforzar su tesis. En cualquier caso, la media de los salarios reales de los obreros fabriles en Lancashire y toda Inglaterra había aumentado desde 1846, el estándar de vida de la clase obrera inglesa había mejorado y estaba claramente por encima del de los trabajadores en los nuevos países industriales que rivalizaban con Inglaterra, nada de lo cual le pasó desapercibido (Allen, 2009, pp. 34–42; Allen 2017, pp. 66–71).

23. Rudolf Meyer coincidía en que la excesiva explotación de los trabajadores mediante largas jornadas de trabajo y bajos salarios era, sencillamente, una estupidez desde el punto de vista de los negocios, y que los empresarios aprendían de ello. (1894, pp. 289 y siguientes)

En los años de la gran depresión las cartas del juego se barajaron y repartieron de nuevo. El mercado mundial se había ampliado porque el capital, que en la crisis sostenida no había encontrado un destino cercano que le reportase beneficios, redistribuyó el «capital sobrante inglés y europeo, respectivamente», invirtiéndolo en nuevos sitios, en concreto en destinos de producción y transporte «*repartidos por todo el mundo*» y a través de un amplio espectro de sectores de inversión. En consecuencia, durante el estancamiento se produjo un torrente de transacciones especulativas en ferrocarriles, fábricas, bancos y demás desde Inglaterra y Europa hacia EEUU, Latinoamérica y la India. Estas transacciones conducían constantemente a pequeñas crisis que quedaban limitadas a países y regiones individualmente (Engels, 1892b, vol. 22 p. 331).²⁴ De ahí que Engels repitiese con cada vez más frecuencia el siguiente pronóstico: debido a que sobre todo la industria estadounidense, gracias a la exportación de capital inglés, se desarrollaría de manera cada vez más rápida hasta ponerse a la cabeza tecnológicamente, en el futuro próximo «veremos una lucha industrial como nunca antes». Inglaterra no podría ganar esta lucha contra la competencia estadounidense (y alemana) y se convertiría en «una segunda Holanda, un país cuya burguesía vive de hazañas pasadas» (1892c, vol. 22, pp. 335).

Los comentarios y adendas de Engels al segundo y tercer volumen de *El capital*

Cuando Marx falleció en marzo de 1883, legó una imponente montaña de apuntes, fragmentos y manuscritos, pero ningún texto si quiera a medio terminar para el segundo y tercer volumen de *El capital*. Marx trasladó a Engels verbalmente, a través de su hija Eleanor, la tarea de «hacer algo» con todo aquel material. Y en verdad lo hizo. A finales de 1885 apareció, a partir de los manuscritos legados por Marx, el segundo volumen y, nueve años después, el tercero, en el que Engels prácticamente se dejó la piel. Engels editó los manuscritos de Marx, los reescribió, omitió bastantes cosas y añadió algunas otras. En ambos volúmenes complementó los textos de Marx con adiciones en ocasiones bastante largas: en el segundo volumen los añadidos de Engels suman diez páginas impresas,

mientras que en el tercero son más de sesenta,²⁵ ocasionando a muchos de los editores de la segunda edición de las obras completas de Marx y Engels (MEGA) dolores de cabeza. Engels, que no tenía en mente una edición histórico-crítica de los manuscritos originales, sino que quiso producir un texto legible y completo en la medida de lo posible de los varios manuscritos inacabados, se tomó ciertamente libertades que un editor actual, respetando todas las normas y usos editoriales, no se tomaría.²⁶ Con todo, sí que se le reconoce a Engels haberse esforzado a la hora de complementar la obra de Marx con el fin de actualizarla. Esto no era tan extraño, pues Engels sabía, por su largo trabajo con Marx, de sus esfuerzos por poner al día su propia obra en las nuevas ediciones, así como en las planeadas ediciones francesa y estadounidense del primer volumen de *El capital*. Por ese motivo, los añadidos de Engels están justificados y pueden verse como una extensión del «hilo rojo» dejado por Marx, como «las conclusiones en el espíritu de Marx en todo lo posible», como las describió el propio Engels (1894b, vol.25, p. 11).²⁷ Este sabía que Marx también se había planteado, en lo que se refiere al primer volumen de *El capital*, «reescribir buena parte del texto, aclarar bastantes aspectos teóricos y añadir otros nuevos, actualizar el material histórico y estadístico», como detalló en el prólogo a la tercera edición del libro de en noviembre de 1893 (p. 33).

Engels llevó a cabo en el tercer volumen de *El capital* más cambios y más profundos que en el segundo, lo que tiene una clara explicación: veía el tercer volumen como decisivo, con él se presentaba la teoría de Marx al completo, con este volumen se hacía plenamente inteligible y muchas de las objeciones presentadas perdían sus fundamentos, con él recibía «nuestra teoría una sólida base y estaremos capacitados para luchar en todos los frentes con éxito» (1885c, vol. 21 p. 293). Los temas de los que aquí se trataría eran plenamente conocidos a los economistas, de los

25. A Engels se lo acusa, justificamente, de no haber explicitado que estos añadidos eran obra suya.

26. Considérese el ejemplo de Maximilien Rubel, quien en su edición francesa de los textos de Marx sobre economía se desentendió de Marx y Engels y se vio autorizado a corregir sus textos con comentarios y adaptaciones, algunas de ellas muy alejadas de sus autores. La maniobra de Rubel afectó a los tres volúmenes de *El capital* y se trata hasta el día de hoy del intento más descarado de reescribir a Marx (Rubel, 1968). Las interferencias de Engels en los textos de Engels son, en comparación, muy moderadas.

27. Engels destaca en el prólogo mismo que sus añadidos exigen nuevos estudios (Ibid., p. 7).

que se debatía sin alcanzar conclusiones satisfactorias: sobre propiedad y renta del suelo, sobre comercio, sobre dinero y crédito, banco y bolsas, sobre la acumulación de capital, sobre la evolución de la tasa de beneficio y los intereses había una extensa literatura y una acalorada disputa. En el tercer volumen Marx había de cumplir con su vieja promesa de desarrollar el concepto de competencia y abordar críticamente así la categoría principal de los economistas, como había reclamado Engels ya en sus *Apuntes* de 1844.²⁸ Engels se encontraba bajo una considerable presión de amigos y enemigos. El creciente número de seguidores de Marx estaba impaciente y esperaba, lo mismo que los críticos de Marx, que este volumen proporcionase finalmente una conclusión a toda una serie de cuestiones que en el primer y segundo volumen habían quedado sin respuesta. En correspondencia, la tarea fue incómoda para Engels, que hubo de pelear durante nueve largos años con los manuscritos de Marx. La inseguridad de Engels fue en aumento a medida que veía con mayor claridad la cantidad y la dimensión de las lagunas que Marx había dejado, cómo Marx, en contra de lo que decía, se encontraba aún en un profundo proceso de investigación que no había concluido.²⁹ Algunas de esos huecos podía Engels llenarlos. La terminología, que en Marx, en consonancia con el estado de sus investigaciones, todavía no era fija, pudo Engels mejorarla y unificarla. Pero no pudo ni quiso sustituir la teoría inacabada de Marx con la suya propia, ni desplazar la argumentación de Marx, por muchas lagunas que tuviese, con la suya propia.

28. Marx había criticado en sus manuscritos económicos de 1857-58 que la libre competencia «*nunca* había sido desarrollada por los economistas a pesar de lo mucho que han hablado de ella y de que es el fundamento de toda la producción burguesa basada en el capital» (, 1857-58a, p. 327). Una teoría crítica del capitalismo no podía prescindir del análisis de la competencia, de las relaciones entre capitalistas, propietarios del suelo y trabajadores asalariados. Quien critique a los economistas porque con el concepto de competencia aclaran todo lo que no pueden aclarar de otro modo, debe presentar un concepto y una sólida teoría de la competencia que pueda tomarse en serio. De ahí la observación programática en este manuscrito: «El desarrollo de lo que es la libre competencia es la única respuesta racional a la deificación de la misma que hacen los profetas de la *middle class* o su demonización por parte de los socialistas» (Marx, 1857-58a, p. 551). Por desgracia, se trata de una cuestión que resolvió solo en parte en sus manuscritos para el tercer volumen de *El capital*.

29. Sobre los numerosos problemas sin resolver de la teoría del capitalismo de Marx, que van más allá de la frecuente problemática del valor precio o la conocida debilidad de su supuesta «ley» de la caída tendencial de la tasa de ganancia, tan debatida desde la década de los noventa del siglo XIX (Kratke, 2017).

Muchos de los añadidos de Engels tienen que ver con el desarrollo reciente del capitalismo y sus fenómenos, de los que había tratado ya en prólogos y pequeños artículos –y con frecuencia también en su correspondencia privada– antes de incorporar aquellas afirmaciones y comentarios en el texto o en notas a pie de página como añadidos. Puesto que conocía los exhaustivos estudios de estadística e historia económica de Marx de entre 1868 y 1882 y había tenido en sus manos sus numerosos cuadernos con fragmentos y apuntes (por ejemplo, sobre las relaciones crediticias y monetarias en EEUU, sobre los mercados financieros en Londres y Nueva York, sobre la industrialización de la agricultura en el Medio Oeste de EEUU, sobre la industrialización de Rusia), hubo de sentirse legitimado para adentrarse en los añadidos en las destacadas y relevantes transformaciones del capitalismo desde 1865.

En el manuscrito original de Marx para el tercer volumen de *El capital* se hablaba solo marginalmente del ciclo industrial y de las recurrentes crisis periódicas del mercado mundial, y con más detalle en el fragmentario quinto capítulo sobre interés y crédito, que Engels hubo de reorganizar por completo. Como Marx hablaba en 1865 todavía de una progresión regular del ciclo industrial, Engels lo corrigió en una larga nota a pie de página: desde la última crisis general se «ha producido un cambio», la forma del ciclo hasta entonces había cambiado y parecía haber devenido «más crónica, prolongada, un cambio con mejoras relativamente más breves y débiles con una presión relativamente larga y sin consecuencias que se reparte de manera equitativa entre los diferentes países industriales» (Marx, 1894, vol 25, p.506, n. 8).³⁰ Aunque Engels describe el desarrollo de la gran depresión, no quiso excluir un retorno del ciclo industrial en su vieja forma. Quizá se trataba aún de «una dilatación de la duración del ciclo», algo que había ocurrido con anterioridad (Ibid.). No ofreció ninguna explicación, pero remitió al lector a los «grandes cambios» que habían tenido lugar desde 1867. El mercado mundial, gracias a la colosal expansión de los medios de transporte, se había vuelto más grande y consolidado realmente por vez primera. Inglaterra se había visto confrontada con una serie cada vez mayor de países industriales con los que competir, el capital excedente europeo encontraba cada vez más posibilidades de inversión, mayores y más variadas, «en todas las partes del mundo», de tal manera que se repartía más y mejor. Al mismo tiempo, la competencia en el mercado

interior tenía lugar a través de cárteles y *trusts*, y en el exterior se limitaba con tarifas aduaneras. Engels no se atrevió a presentar ningún pronóstico concluyente y dejó abierta la posibilidad de una nueva gran crisis mundial en vez de «una repetición de las viejas crisis». Destacó que la lucha en torno «al dominio del mercado mundial» todavía no estaba decidida, mostrando mucha más precaución que en sus textos anteriores (Ibid.). Al incremento de la competición en el mercado mundial a través del «rápido desarrollo de la industria en todos los países cultivados, concretamente en América y Alemania» ya se había referido en una nota anterior. Los capitalistas intentaban embridar la competencia salvaje a través de tarifas aduaneras y cárteles y *trusts*, que, pese a todo, solo podían resistir «en un clima económico relativamente favorable» (Engels, en: Marx, 1894, vol. 25, p. 130, n 16).

Engels había inaugurado el camino que otros habrían de transitar en 1844 con el análisis de la acumulación de capital y de inmediato se encontró con la tendencia a la centralización del capital. Marx retomó y amplió esta cuestión en el primer volumen de *El capital*. Como Engels, vio como decisivos los diferentes tipos de capital asociado. En el manuscrito original del tercer volumen, así como en sus diferentes manuscritos para el segundo volumen, volvió repetidamente a esta cuestión.³¹ En esto estaba en sintonía con Engels,³² que consideraba el sistema de crédito moderno, especialmente la bolsa, como la herramienta más efectiva para la concentración y centralización del capital y se esforzó por ordenar y afinar los numerosos esbozos en el manuscrito original de Marx, ajustándose a su sentido. Sobre el sistema de crédito y los mercados financieros se encuentran «muchas cosas nuevas y aún más inacabadas» en el tercer volumen de *El capital*, según confió en 1891 a un impaciente Conrad Schmidt (1891a, vol. 38, p. 128). Se ocupó largamente del desarrollo de las sociedades de acciones y la función de la bolsa. La bolsa es mucho más que un juego en el que los capitalistas persiguen sonsacarse ganancias y riqueza: modifica la distribución del capital y promueve la centralización. «Acelera la centralización de capitales enormemente y es por ello tan revolucionaria como la máquina de vapor»: con estos términos intentó convencer Engels a Eduard

31. Sobre el papel de las sociedades de acciones en la teoría económica de Marx véase Krätke (1994).

32. Quien añadió sus propios comentarios en el manuscrito original de Marx, por ejemplo, sobre los diferentes tipos de acciones y los diferentes tipos de sociedades de acciones (Marx, 1894, p. 488, n. 3).

Bernstein de su importancia (1883, vol. 34, p. 428). El mercado de capitales y monetario organizado, la bolsa, y los agentes de bolsa, especializados en las transacciones monetarias, crediticias y de capital, no solamente se habían librado de la circulación de mercancías y de su comercio, así como de la circulación del capital industrial y comercial, sino que, mediante la ampliación del comercio con capitales ficticios, «han conquistado un dominio directo sobre una parte de la producción», y, con ello, las repercusiones de los negocios bursátiles en la producción es «más fuerte y más entrelazada con ella». Pues tan buen punto ocurre, la producción capitalista desarrolla «dos caras», y no se dirige exclusivamente a los intereses de los productores de mercancías industriales, sino también a los intereses de los accionistas y agentes de bolsa, que comercian con un capital ficticio (1890a, vol. 37, p. 489). No es ninguna sorpresa, pues, que Engels, en su edición de los manuscritos originales de Marx, subrayase todas las indicaciones sobre las transformaciones estructurales del capitalismo moderno, que en 1865 todavía no se habían asentado y buscarse complementarlas con añadidos. Algunas, como por ejemplo la transición a una organización empresarial dirigida por administradores remunerados en vez de por capitalistas propietarios, eran ya en la década de los noventa muy evidentes y apenas se precisaban algunos comentarios adicionales.³³ Pero las escasas y escasamente sistemáticas afirmaciones de Marx sobre la bolsa y la especulación contenían demasiadas lagunas, había muchas carencias. De este modo, Engels se permitió interpolar pasajes de texto más largos con el fin de actualizar las tesis de Marx. Desde 1865 el desarrollo del capital asociado había progresado y se habían desarrollado «nuevas formas de empresa industrial» que «representan la segunda y tercera potencia de la sociedad de acciones». A todo ello añádanse los *cárteles* y *trusts* como otras formas de «socialización de la producción» y para la regulación de la competencia en el marco del sistema de producción capitalista (Engels en: Marx, 1894, vol. 25, pp. 453, 454).

Los sucintos comentarios de Marx sobre el papel de los especuladores bursátiles en el proceso de acumulación de capital le resultaban a Engels insuficientes. Marx tenía, por descontado, razón: los agentes de bolsa (y los industriales que especulan con ellos), juegan con un capital ajeno,

social, gracias al sistema de crédito desarrollado. «El propio capital, el que se posee en realidad o en opinión del público, se convertirá sólo en la superestructura del crédito» (Marx, 1894, vol. 25, p. 455). Engels había visto con claridad ya en 1845 como los especuladores trabajan bien con capital ficticio, bien con capital monetario prestado, con crédito, e influyen en el ciclo industrial (Engels, 1845a, vol 2, p. 314). Pero ahora, después de casi cincuenta años, o unos treinta luego de que Marx redactase el manuscrito original, la relación entre la bolsa y la gran industria había entrado en una nueva fase.

Engels desarrolló estas reflexiones en un pequeño texto, escrito posiblemente a finales de 1891 o comienzos de 1892, que habría de servirle para una adenda más larga y aún por formular en el quinto capítulo del tercer volumen. Trata del papel de la bolsa y del capital, que se habían transformado por completo desde la redacción del manuscrito de Marx en 1864-65: el capital se movía en la bolsa y se explotaba mediante operaciones bursátiles. Había una fuerte tendencia a «concentrar en manos de los agentes de bolsa toda la producción, tanto la industrial como la agrícola, el transporte, los medios de comunicación y la función de intercambio». Cuando Marx terminó su manuscrito, la bolsa era todavía «un elemento *secundario* en el sistema capitalista», pero desde entonces su significado y función habían cambiado tanto que amenazaba con convertirse en uno de los elementos más importantes, si no el primario (Engels en: Marx, 1894, vol. 25, p. 917). Engels citó diferentes razones para que esta tendencia se terminase por imponer: en primer lugar, la enorme aceleración de la acumulación y el veloz incremento del capital monetario acumulable en búsqueda de inversiones. Con la «acumulación... aumenta también la masa de rentistas», que no devienen empresarios, sino que, en el mejor de los casos, pretenden actuar como directores nominales o consejos directivos de las sociedades de acciones. Para facilitar la inversión «de la masa flotante de capital monetario» se introducen nuevas formas de sociedades limitadas, en las que la participación de los accionistas se limita por ley. De este modo se permite la «conversión gradual de la industria en empresas de acciones» y «un sector tras otro» adopta esta forma, finalmente también lo hacen los bancos y el resto de instituciones crediticias, dando como resultado la formación de *trusts*, «empresas gigantescas bajo una dirección común». También en la agricultura, gracias a su progresiva industrialización con la ayuda de los bancos, se transfiere «la propiedad primaria a la bolsa a través de la propiedad del suelo». La exportación

de capital al extranjero se realiza cada vez más como adquisición de acciones extranjeras (por ejemplo, de acciones de ferrocarril), las bolsas son estación de paso y catalizadores de todos los movimientos internacionales de capitales, sobre todo de la creciente exportación de capital de los países industriales. Las empresas coloniales son financiadas asimismo mediante la bolsa y la política colonial se lleva a cabo siguiendo los intereses de la bolsa (Ibid., pp. 918, 919). Aunque Engels hablaba constantemente de «la bolsa», se refería a las bolsas en las que operaban los capitalistas y propietarios de fortunas. Puede considerarse como una anticipación de la tesis del dominio de un «capital financiero», si bien Engels no lo limitó al capital bancario, sino que incluyó en él a todos los propietarios de capital monetario y grandes propiedades que tenían acceso a la bolsa.

El último trabajo económico de Engels se publicó de manera póstuma en *Die Neue Zeit* con el título de «la ley de valor y la tasa de interés». Pocas semanas antes de su muerte intentó abordar las críticas que había provocado el tercer volumen de *El capital* de Marx inmediatamente después de su publicación. Este breve texto muestra que Engels, quien al comienzo de su intensivo trabajo con los manuscritos de Marx todavía pensaba que había soluciones sencillas y claras para los problemas económicos más enrevesados, ya no estaba tan seguro de ello. En él esbozó una línea de argumentación que ha encontrado pocas simpatías. Su propuesta estaba pensada sobre todo para Werner Sombart, a quien consideraba capaz de continuar una investigación como aquella. Engels reclamaba, sin más, una historización del debate de la teoría del valor.¹⁴ Las condiciones para la formación del precio y el valor se transforman históricamente, con la transición al capitalismo moderno y, a continuación, con las transformaciones del propio capitalismo, y del mismo modo lo hacen las condiciones bajo las que se forma la tasa de interés general. Ambas dependen de las condiciones de la competencia, históricamente diferenciadas, modificables y modificadas constantemente por los

14. Engels consideraba también posible llevar a cabo investigaciones empíricas sobre la formación de una tasa de interés general e intentó procurarse con datos del censo estadounidense, aparentemente inspirado por las críticas que el médico y socialista de Nueva York George C. Stiebeling había publicado en 1890 y 1894 contra la teoría de formación del valor y el precio de Marx. Stiebeling fue el primero en intentar abordar el problema de la teoría de valor desde una base empírica y para ello utilizó los datos del censo de producción estadounidense de 1880 (sobre Stiebeling, véase Howard y King, 1989, p. 28 y siguientes). Engels, según parece, no encajó mal la crítica, aunque la consideraba equivocada.

actores. A Sombart, que consideraba el tercer volumen como un esquema inacabado y acusó a Engels de no haber publicado más que una colección de fragmentos, Engels ya le había contestado por carta antes. Lo hizo con un desafío abierto al joven Sombart: «Una verdadera presentación histórica de este proceso [*de formación de valor*, MK], que exige un arduo estudio pero promete resultados que ampliamente lo recompensarían, sería una contribución muy valiosa a *El capital*» (1895c, vol. 39, p. 429).

Engels consideraba posible y necesario ampliar, elaborar y continuar la teoría inacabada de Marx. Como editor de los manuscritos de Marx consideró no obstante que su tarea era otra. De lo que se trataba, para Engels, era de «editar un texto lo más auténtico posible, que presentase los últimos resultados descubiertos por Marx en las propias palabras de Marx en la medida de lo posible» (Engels en: Marx 1894, vol. 25, p. 897). Ante quienes, como Sombart, le reprochaban por ello, respondía que «tenía que transformar el material existente en un libro elaborado sistemáticamente, *en faire un livre*, como dicen los franceses». Pero ello hubiera supuesto ir demasiado lejos con la «edición», para lo que hubiera carecido de toda justificación (Ibid).

Más que un talento...

Engels se retiró siempre a un discreto segundo plano y, respecto a su amigo Marx, a quien admiraba y consideraba un genio, prefirió el papel de segundo violín. Marx veía las cosas de otro modo: toda su vida estuvo orgulloso de su amigo, a quien tenía por la única mente congenial. Engels fue la única persona a la que confió continuar su inacabado proyecto y hacer algo de sus manuscritos sobre *El capital*. Engels fue quien representó la teoría que había desarrollado con Marx contra la hostilidad de muchos, y Marx confiaba plenamente en él, del mismo modo en que confiaba en los conocimientos económicos de su amigo, esto es, los teóricos, y no exclusivamente en su experiencia práctica como hombre de negocios y capitalista. Ciertamente, hemos de agradecer a Engels mucho más que la popularización de los textos de Marx. Cuando lo hizo, presentó los problemas de la teoría de Marx con más claridad y precisión que muchos de los comentaristas filosóficos que le siguieron. Engels había reconocido tempranamente algunos de los errores de la disciplina económica y se había familiarizado con las doctrinas

económicas dominantes de su época. En los *Apuntes* argumentó ya contra la explicación de Ricardo de la renta diferencial y ofreció la primera refutación coherente de la ley de la población de Malthus, el intento de explicar por qué y cómo se origina constantemente en el capitalismo población excedente. Durante su trabajo en *El capital* Marx regresó repetidamente a las sugerencias y propuestas de Engels, y se los agradeció. Engels fue para él el consejero y crítico más importante.

Engels no carecía de sentido de autocrítica. No le resultaba difícil admitir que se había equivocado, que había realizado muchos pronósticos que no se habían cumplido. Sus diferentes prólogos ofrecen numerosos ejemplos de este tipo de correcciones, que son sinceras y abiertas. No era en absoluto sorprendente, como opinan muchos marxistas ortodoxos, que algunos de los discípulos de Engels, como Eduard Bernstein o Conrad Schmidt, estuviesen dispuestos a revisar algunas de las verdades más estimadas y establecidas de los marxistas: Engels lo había hecho antes.³⁵

Engels falleció en agosto de 1895, demasiado pronto como para ser testimonio de la siguiente gran transformación de la economía mundial capitalista. De haber vivido unos años más, sin duda hubiera reconocido la importancia del siguiente largo período de prosperidad del capitalismo moderno y revisado su tesis sobre el «callejón sin salida» en el que se encontraba el capitalismo como sistema mundial. En su último texto, descrito en ocasiones como «testamento», exactamente eso es lo que hizo en relación a la descripción del desarrollo capitalista que había compartido con Marx en la década de los 40 del siglo XIX y después. Concretamente, la idea de que una época de revueltas proletarias y revoluciones estaba a la vuelta de la esquina, en la que el orden económico y social existente se resquebrajaría. «La historia», escribió Engels pocos meses antes de su muerte, «nos desmintió, a nosotros y a todos quienes pensaban de manera parecida. Ha demostrado que el nivel del desarrollo económico en el continente entonces no era todavía lo suficientemente maduro para la abolición de la producción capitalista; lo ha demostrado a través de la revolución económica que se ha apoderado de todo el continente desde 1848 e incorporado por primera vez en serio a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y recientemente Rusia, y convertido a Alemania en una potencia industrial de primer

15. A la perplejidad por el destino de los discípulos de Engels dedica Fülberth todo un capítulo (2018, p. 110 y siguientes)

orden, todo ello sobre una base capitalista que en el año 1848 todavía tenía un enorme potencial de expansión» (1895a, vol. 22, p. 515). Si Engels hubiera vivido un poco más, habría llegado una vez más a la conclusión de que la base capitalista, tras su transformación en la gran depresión, aún podía expandirse más.³⁶ Del «revisionismo», que no es más que una arma arrojadiza en querellas políticas, debería renunciarse con firmeza en todo debate académico sobre el marxismo y sus protagonistas que se precie. El furor antirrevisionista debería dejarse a los marxistas toscos, que hasta el día de hoy se niegan a aceptar lo que es evidente, a saber: que, de haber estado convencidos de que los hechos, el desarrollo histórico y las innovaciones en las ciencias y otros campos del conocimiento habían revelado sus errores, ni Marx ni Engels habrían dudado en revisar sus propios puntos de vista.³⁷

36. En la teoría general del capitalismo se opera con la suposición de «que la producción capitalista se lleva a cabo en todas partes de manera plena, esto es, reduce la sociedad a las clases modernas de propietarios, capitalistas (industriales y comerciales) y obreros, eliminando todas las clases intermedias». Una economía y sociedad capitalista así de pura «ni siquiera ha existido en Inglaterra», remarcaba Engels (1895b, p. 432).

37. Un ejemplo ocasionalmente mencionado en la literatura al uso como «revisión», aunque no se trata más que de una corrección propia de un juicio erróneo: Engels y Marx modificaron su posición, al comienzo muy reservada, hacia la legislación de fábricas británica. Ambos vieron en ella desde 1859 a más tardar una premisa esencial para la mejora moral y física del obrero industrial inglés. Para esta cuestión, véase: Hollander(2011, p. 229 y siguientes).

Genio y talento

Algunos contemporáneos le consideraban el hombre más instruido del siglo. Y a buen seguro uno de los más importantes. Sin él no hubiera existido apenas un «marxismo», sin él el movimiento obrero alemán, europeo y en última instancia internacional no se habría comprometido con un «socialismo científico». Friedrich Engels, el hijo de un fabricante de Barmen, heredero de buena familia, capitalista de éxito y director de fábrica, y, al mismo tiempo, autor de renombre, reconocido investigador y periodista, ocasionalmente político, fue un hombre de méritos sobrados que cambió el mundo. Nació hace 200 años en Barmen, siendo el hijo mayor de una dinastía fabril bien establecida. Cuando falleció en agosto de 1895, a los 75 años, entonces una edad elevada, el mundo había cambiado radicalmente, y él había contribuido a ese cambio. Engels fue el primer «marxista», el hombre que inventó el marxismo.¹

Engels tuvo una participación decisiva en que el movimiento social que, desde comienzos de siglo, en la década de los treinta y cuarenta del siglo XIX, sacudiese los cimientos de la sociedad inglesa y prácticamente al mismo tiempo del continente europeo, el movimiento obrero, se

1. Con Engels, y no con Marx, comienza la historia del marxismo en todas sus formas. Ferdinand Tönnies, uno de los padres fundadores de la sociología, afirmó que Engels había dejado su huella en el «premarxismo», del que surgió el marxismo de la época clásica.

convirtiese en una fuerza capaz de cambiar el mundo. Siendo un hombre joven, como futuro capitalista y heredero de la empresa, a quien su padre obligó a estudiar el oficio, vivió, tanto en Inglaterra como en su Wuppertal natal, el comienzo de la industrialización y entró por vez primera en contacto con el movimiento socialista y comunista que determinaría su vida. Cuando se reunió en verano de 1844 en París por segunda vez con Marx, ya se había labrado un nombre como periodista y autor.

Engels se retiró constantemente a un segundo plano. Entre él y Marx no existió ninguna rivalidad, trabajaron codo con codo, siguieron un plan conjunto, alteraron proyectos, muchos de los cuales, como la crítica de la economía política, se prolongaron durante décadas. Engels hizo su parte y más. Marx nunca vio a su amigo como su «segundo violín», como mero «talento» encargado de editar al genio de Marx. Sin un excelente segundo violín el más brillante de los primeros violines no llega muy lejos, como Marx sabía bien y como sabe todo el mundo que haya asistido a un concierto de cuerda o participado en él. Ambos amigos se veían como iguales, se inspiraban el uno al otro por igual, se criticaban y se complementaban. Con la muerte de Marx se terminó este reparto del trabajo, ya que Engels hubo de tomar la parte económica y representar a Marx en todos los aspectos.

La modestia de Engels, su inclinación a quedarse a la sombra de su amigo Marx y ponerse a disposición de la causa común, ha facilitado el trabajo de numerosos seguidores y epígonos de Marx: hasta el día de hoy muchos de ellos se entretienen degradando la figura de Engels para elevar la de Marx.² Existen motivos para ello, aunque ninguno bueno. Para desmontar las leyendas de Marx y Engels, que en realidad son una, la de Marx-Engels, no es necesario negar o rebajar las aportaciones propias de Engels. Hace muchos años, Sebastian Timpanaro, un importante filósofo marxista, ya expresó la sospecha de que detrás de los repetidos ataques contra Engels había motivaciones académicas. A Engels se le culpa y se le hace cargar con todo aquello que no encaja en un momento dado con el discurso académico del momento, o que es visto con malos ojos por el mismo: el materialismo, el determinismo, el historicismo, la

2. Engels nunca se preocupó por el supuesto problema de Marx-Engels: «Cuando al guien ha tenido la suerte de trabajar cuarenta años con un hombre como Marx, durante su vida se acostumbra a no ser reconocido como cree merecerlo; al morir el mayor, el menor pasa a ser ligeramente sobrevalorado, y ése, me parece, es mi caso. La historia pondrá definitivamente todo en su lugar, y hasta entonces uno está feliz en su rincón, ajeno a todo» (carta a Franz Mehring, 14 de julio de 1893, vol. 39, p. 96)

teoría de clases, el economicismo, y así sucesivamente. Así, se destila un Marx libre de impurezas apropiado para su interpretación por las sucesivas modas académicas. Este Marx depurado aparece con la fisonomía de un pensador y filósofo profundo y sutil, hasta entonces incomprendido. Así, uno puede ser «marxista» y ponerse en la misma dirección que soplan los vientos académicos a un mismo tiempo (Timpanaro, 1978, p. 73). Todo apunta a que Timpanaro estaba entonces en lo cierto y lo sigue estando.

Un pensador avanzado a su tiempo

Engels fue en verdad un pensador avanzado a su tiempo, que se adelantó con frecuencia a Marx y le señaló el camino. Y, al mismo tiempo, era un pensador cabal que hacía que Marx pusiese los pies en el suelo de nuevo. A menudo era Engels quien iba mucho más lejos que Marx, e independientemente a él (Krätke, 2020). Engels fue el primero en reconocer la importancia de una crítica a fondo de la economía política, la ciencia que había surgido con el capitalismo moderno y el ascenso de la moderna sociedad burguesa. También fue quien proporcionó el primer esbozo de la misma, que a Marx le pareció tan genial, que pasó del estudio de la filosofía al de la economía política. Engels fue quien estudió la nueva estructura social del capitalismo industrial que caracterizaba la sociedad de Inglaterra y quien vio el significado y el alcance del nuevo sistema de producción industrial, que iba más allá de la máquina de vapor y sus diversas aplicaciones para convertirse en una auténtica «revolución industrial», cuya importancia estaba a la par con la de la gran revolución francesa. Fue el primero en ver y estudiar las condiciones en que vivía la nueva clase obrera industrial y los primeros movimientos sociales y políticos. Engels no solo estudió el nuevo movimiento obrero, sino que participó en él en algunos de sus principales centros en Inglaterra y en Alemania.

Engels se entregó mucho antes y por lo general más profundamente al estudio de las ciencias naturales que Marx. Y con ello no le pasó desapercibida la relación —o mejor dicho, las relaciones— entre la historia natural y la social. Engels se adelantó a Marx como historiador y fue más lejos: estudió y describió la historia industrial y política de Inglaterra, escribió sobre la historia política de Alemania, retrocediendo hasta el siglo xvi. Analizó el surgimiento y el desarrollo del Imperio alemán

bajo la batuta de Bismarck, a quien veía con ojos críticos. Comenzó a escribir una historia de Irlanda, la colonia más antigua en Europa, de la que únicamente se conservan fragmentos y apuntes. Como Marx, estudió toda su vida la historia de Francia, y en especial la evolución de la Tercera república desde 1870. Desde 1844 no perdió de vista el desarrollo en EEUU, y se dio cuenta muy pronto de que el país llegaría a ser una de las principales naciones industriales. Siguió y analizó con detalle la guerra civil y la segunda revolución americana. En estos trabajos históricos, y también en sus análisis de la actualidad política, había una considerable cantidad de teoría política, como también la había en sus numerosos análisis del papel del ejército en el Estado moderno y en las guerras que llevaron a la creación de los estados nacionales en Europa en el siglo XIX.³

Engels fue, una vez y otra, más lejos que Marx. Este comenzó su trayectoria crítica con, entre otros, escritos de crítica a la religión, siguiendo los análisis críticos de la religión de Ludwig Feuerbach, un crítico de Hegel. Engels fue quien continuó este trabajo. De él proceden toda una serie de estudios de la historia de la religión y crítica de la religión, y sobre todo la historia del cristianismo, en el momento de su surgimiento, pero también más tarde, en el período de la reforma y después. Hay que agradecer a Engels que no quedase olvidado su ambicioso programa de investigación, esbozado con Marx por primera vez en 1845-1846. Engels emprendió nada menos que cuatro intentos tras su traslado a Londres en 1870 para fundamentar y presentar lo que luego sería llamado «materialismo histórico».⁴

Marx y Engels llevaron a cabo esfuerzos para difundir y popularizar la crítica a la economía marxiana. *El capital* de Marx había de proporcionar al movimiento obrero socialista orientación y aclarar el mundo invertido del capitalismo moderno, así como allanar el camino a una «economía política de la clase obrera». Engels hizo más que Marx como popularizador de esta teoría económica marxiana. Lo pudo hacer porque era el editor de los manuscritos incompletos de *El capital* legados por Marx y, al mismo tiempo, la persona que intentó continuar sus análisis incompletos.⁵

3. Más adelante nos detendremos en los escritos de Engels sobre la guerra y la técnica militar.
4. También sobre este punto, esto es, sobre estos cuatro intentos, volveremos más adelante.
5. Sobre esta cuestión, véanse los dos capítulos anteriores.

Engels como intérprete de Marx

Tan solo un ejemplo de los supuestos pecados mortales al espíritu y la letra de la obra de Marx que Engels cometió en opinión de sus muchos y destacados detractores: Engels fue quien publicó por primera vez en 1888 las *Tesis sobre Feuerbach* anotadas por Marx en 1844 en un cuaderno como apéndice a su obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Tituló a este apéndice *Karl Marx sobre Feuerbach en el año 1845*, y explicó en su comentario introductorio los motivos por los que quiso publicar este borrador en forma de tesis de Marx: el viejo manuscrito de 1845-1846 (que hoy conocemos con el título de *La ideología alemana*) era inútil porque estaba incompleto; «faltaba la crítica misma a la doctrina de Feuerbach». Sin embargo, Engels encontró estas once tesis sobre Feuerbach en un viejo cuaderno de Marx. Se trataba de «apuntes para ser posteriormente elaborados, escritos a vuelapluma, para nada pensados para su impresión». Pero, según Engels, estos apuntes tenían «un valor incalculable como el primer documento en el que se plasma el núcleo genial de nuestra nueva manera de interpretar el mundo (*Weltanschauung*)» (Marx y Engels, 1986, vol. 21, p. 264). Engels quería hacerlo público como documento de época, que tenía además la ventaja de ser corto. Se sintió justificado a proceder con estos apuntes como con otros viejos manuscritos de Marx y él mismo, pues no vio en ellos una especie de primera piedra u obra fundacional de una filosofía del marxismo, como hoy se los presenta de manera inflada. De ese modo, se tomó la libertad de redirigirlo. ¿Distorsionó Engels con sus cambios de estilo el sentido del texto de Marx? ¿Demuestran estos cambios que Engels no entendió elementos centrales del pensamiento de Marx o que los entendió solo en parte? Una de las modificaciones más llamativas de la mano de Engels se encuentra en la tercera tesis. Allí tachó una expresión, en concreto «transformación de sí» (*Selbstveränderung*), y sustituyó «revolucionaria» (*revolutionäre*) por «práctica radicalmente transformadora» (*umwälzend*), de modo que la tesis de Marx quedó como sigue: «La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica radicalmente transformadora» (vol. 3, p. 534).⁶

6. El matiz entre los dos términos al que se refiere Krätke es prácticamente imperceptible en español, al punto que en la mayoría de las traducciones de este texto de Marx se traduce *umwälzend* como *revolucionaria*. Por motivos de claridad se ha modificado la traducción habitual para hacerla encajar con las explicaciones del autor. NdT.

De ello, los detractores de Engels concluyen que este no entendió el significado y el contenido de la tesis de Marx.

Desde luego que no. Cambiar la expresión «práctica revolucionaria» por «práctica radicalmente transformadora» tiene pleno sentido. Engels quiso evitar el limitado significado político de entonces de «revolucionario» como derrocamiento o cambio de régimen, y la sustituyó por «radicalmente transformadora», que tiene un significado mucho más amplio.⁷ La expresión de Marx de «transformación de sí» la eliminó posiblemente porque esta ampliación y diferenciación hubiese requerido algunas explicaciones, ya que en las frases anteriores de la tercera tesis se habla de que los hombres son producto de las «circunstancias» y la «educación», que, a su vez, crean y modifican. Engels completó esta primera frase, de tal manera que se destaca la acción de la transformación de las circunstancias y la educación por los hombres. En la versión de Engels son, pues, los hombres, los que la modifican, lo que determina sus vidas, las «circunstancias» y la «educación». Dicho de otro modo, Engels elucida y refuerza exactamente aquello que se decía en la expresión eliminada de Marx, sin utilizarla.

Hay aún otra prueba aun más inapelable de que Engels era plenamente consciente de por qué «la transformación de sí» de los hombres a través de la propia actividad o práctica era central para la comprensión materialista de la historia. A comienzos de verano de 1876 (en mayo y junio) trabajó en un extenso tratado titulado *Sobre las tres formas esenciales de servitud*. Por desgracia nunca completó el texto, únicamente su introducción. Engels dio en el índice de contenidos a sus diferentes manuscritos sobre el desarrollo de las ciencias naturales el título *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, y con ese título se publicaron en 1896, un año después de su muerte, en *Die Neue Zeit*. En esta introducción Engels ofrecía un breve esbozo de la evolución del *homo sapiens*, en concreto en lo tocante a la «transformación de sí» a través de la actividad, más exactamente a través del trabajo. Engels describe cómo a través del trabajo en su sentido más elemental, a través de la lucha diaria con el entorno natural y los esfuerzos constantes para apropiarse de los recursos naturales, se ha modificado la naturaleza de los hombres (y de los homínidos, respectivamente). Como se la necesita

7. Aunque corresponde a su significado original, la reducción del concepto al de revolución política, como es hoy habitual, se impuso en el siglo XIX de manera generalizada.

para diferentes tipos de trabajo, la mano del hombre se ha modificado, las capacidades adquiridas se heredan y reproducen de generación en generación, y la mano, con sus huesos, tendones y músculos, cambia con ello. «De ese modo la mano no es sólo el órgano del trabajo, *es también su producto*» (1886, vol. 20, p. 445). Algo parecido al refinamiento de la mano humana ocurre con la formación del pie y el cerebro humanos. Con la mejora del cerebro se desarrollan los órganos sensoriales, y con ellos, las capacidades de los hombres para nuevos trabajos. Con el desarrollo de los órganos sensoriales aparece el lenguaje humano, con este, la capacidad de los hombres para la cooperación, y con ella, la capacidad de los hombres para construir sociedades. La diferencia decisiva entre los grupos de simios y los de humanos descansa en el trabajo, y en la capacidad de trabajar radica la clave para comprender el predominio del *homo sapiens*. Los hombres se alejaron en su evolución del simio, del animal, porque se modificaron a sí mismos a través del trabajo, ante todo por su capacidad para desarrollar trabajo. Su influencia en la naturaleza, en su entorno natural, incrementa «el carácter premeditado, planeado, de su actividad para la consecución de objetivos concretos y conocidos de antemano» (*Ibid.*, p. 451). Esta actividad dirigida a un fin deviene asimismo cada vez más una acción social, una acción conjunta de muchos hombres en grupos, comunidades, sociedades. A través del trabajo socializado de varias generaciones, a lo largo de siglos, los hombres alcanzan la habilidad de dominar cada vez más su entorno natural (como su propia naturaleza), aunque no lo consigan nunca del todo y nunca puedan conseguirlo. Engels desarrolla, pues, un argumento de peso contra la aplicación simplista de la teoría de la evolución de Darwin a los hombres y la historia de las sociedades humanas. Solamente los hombres trabajan, por lo que el proceso de la evolución humana se lleva a cabo a través del trabajo, y determina sus consecuencias —la transformación del hombre de sí mismo—. Y el conocimiento progresivo de la naturaleza hasta las ciencias naturales modernas forma parte de ello y está estrechamente vinculado con el trabajo social. Las ciencias naturales en su sentido moderno requieren formas elevadas de trabajo social y división del trabajo: esa es la tesis de este texto breve. A través del trabajo, gracias al trabajo, el hombre se modifica a sí mismo, modifica la humanidad, mental, intelectual y físicamente.

Engels recurrió entonces, en 1876, a los conocimientos de biología evolutiva y antropología existentes y en la medida que él conocía. Su argumentación no era para nada filosófica. Para él no se trataba de un

concepto especial de «práctica». Su exposición estaba claramente dirigida contra el «darwinismo» popular entonces vigente. La «evolución» de las especies en la naturaleza es algo diferente al «desarrollo» de los hombres. Puesto que organismos vivos, plantas y animales no trabajan, no pueden, en consecuencia, transformarse a sí mismos: se adaptan. Los hombres pueden hacer mucho más que eso.

La situación de la clase obrera en Inglaterra, un trabajo pionero

Su primer libro apareció en 1845 y fue todo un éxito. Lo escribió en pocos meses, entre noviembre de 1844 y mediados de marzo de 1845. Durante su segunda estancia en Manchester, desde noviembre de 1842, hasta su regreso a Barmen, en agosto de 1844, Engels leyó con avidez, reunió material y llevó a cabo una investigación de campo con material que en Alemania era totalmente desconocido y que incluso en Inglaterra apenas se utilizaba. Sobre todo, por vez primera tuvo contacto directo con el movimiento obrero inglés e irlandés real, y además en sus centros mismos, en Manchester y en los distritos industriales de Lancashire.

El libro de Engels fue elogiado, también por economistas alemanes a quienes la tendencia socialista de su autor nada satisfacía. Se convirtió en un *bestseller*, al llenar un vacío editorial.⁸ ¿Por qué este libro, un escrito de juventud con muchas carencias, como Engels más tarde destacaría, sigue despertando interés todavía hoy?⁹ La presentación se basaba «en las observaciones del autor y fuentes autorizadas», como reza el subtítulo del libro. El material, reunido a partir de diferentes fuentes, de reportajes de prensa, de informes oficiales, como por ejemplo los de los inspectores de fábrica, de salud o los inspectores que supervisaban la aplicación de las leyes para pobres, hoy resulta, por descontado, anticuado. La estadística económica y social se encontraba todavía en su infancia, y no existía una investigación sociológica en curso ni a

8. Lorenz von Stein había reclamado poco antes en su muy leído escrito sobre *Socialismo y comunismo en la Francia actual* (1842) a los economistas alemanes realizar un estudio similar sobre el socialismo y el comunismo en la Inglaterra contemporánea, ya que en Inglaterra el movimiento socialista era más avanzado y posiblemente más importante. El libro de Engels llegó, pues, en el momento adecuado.
9. El libro de Engels impresionó sobre todo a Marx, que lo alabó durante toda su vida. En el primer volumen de *El capital* se encuentra entre los más mencionados y citados.

nivel nacional, ni regional ni local. Instrumentos hoy con frecuencia utilizados, como los censos con el presupuesto de una región o ciudad, eran entonces desconocidos. Engels era un *amateur*, pero un estudio regular tampoco le hubiera ayudado mucho, porque la sociología, en el sentido actual del término, no existía entonces, y ninguna universidad impartía métodos empíricos de investigación social, económica o estadística ni técnicas de entrevista o sondeos. Pero Engels llevó a cabo durante su estancia en el corazón industrial de Inglaterra una intensa investigación de campo durante varios meses, además del estudio a fondo de las fuentes que estaban a su disposición, que en el continente no se encontraban con la misma calidad. Engels no conocía solamente la literatura económica de su época, sino también, y, sobre todo, su objeto de estudio, la clase obrera industrial inglesa, a partir de «las observaciones del autor». La conocía personalmente, se había reunido con ella en sus barrios y tascas, en las calles y en las fábricas. Se la tomó en serio, ya que había hablado con ella, había asistido a sus reuniones y participado en sus acciones. Conocía sus condiciones de vida tan bien como su día a día. Con ayuda de su pareja, la irlandesa Mary Burns, tuvo acceso a círculos de obreros políticamente activos. Conoció sus organizaciones, su prensa, entabló relaciones, e incluso amistad, con algunos de sus dirigentes. No preparó encuestas ni pudo distribuir cuestionarios, porque, para empezar, muchos de los trabajadores en las nuevas fábricas no podían leer ni escribir. Pero hizo lo que hoy describiríamos como «observación participativa» y «consultas con expertos». Su libro fue, en muchos aspectos, un trabajo pionero de la sociología empírica y abrió un nuevo campo de estudio y un nuevo ángulo, que hoy llamamos «investigación sobre las condiciones de vida» y «análisis de clase». Su libro era mucho más que una polémica política, aunque el joven autor tomase claramente partido y no ocultase su ira por las condiciones descritas. El libro en ningún caso carecía de teoría, incluso si los sociólogos contemporáneos (incluyendo marxistas) a menudo la pasan por alto de buen grado. Engels supo ver las carencias de su trabajo, y hubiera preferido informar de muchos hechos de primera mano.¹⁰

La mirada de Engels hacia las nuevas fábricas y nuevas ciudades y regiones industriales de Lancashire era entonces poco habitual, incluso

10. Ya en 1845 intentó suplir la carencia de informaciones factuales con una serie de artículos, de los cuales únicamente pudo ser publicado el primero. Véase Friedrich Engels, *Nachtragliches über die arbeitenden Klassen in England*, en: MEW, vol. 2, pp. 591-603.

extraña. Entonces no se hablaba aún de «revolución industrial», no se hacía en Inglaterra y tampoco en el continente. Pero Engels lo hizo. En la vertiginosa industrialización vio un acontecimiento de los que marcan época, con unos efectos comparables a los de la gran revolución francesa. Era, en verdad, una auténtica revolución económica y social que iba más allá de la introducción de nuevas tecnologías, máquinas de vapor y ferrocarriles, o nuevos sistemas de producción y nuevas formas de organización del trabajo. La revolución industrial estaba en marcha, contribuyendo a crear una nueva economía y sociedad, y todo ello podía estudiarse en los nuevos distritos industriales de Inglaterra, también qué aspecto tendría esta nueva sociedad de clases. La aparición de una nueva clase de asalariados, de la que los obreros fabriles de la gran industria sería su núcleo, era considerada por Engels como su resultado más importante. Con ella surgía una nueva contradicción de clase, una nueva forma de desigualdad social y una nueva forma de lucha de clases. En Inglaterra este proceso estaba mucho más avanzado que en el continente, y las vastas consecuencias de la industrialización, con su transformación radical de la sociedad y destrucción medioambiental, comenzaban a ser visibles en algunas regiones.

El análisis de la situación, de las condiciones de vida y de trabajo de la nueva clase obrera, y el análisis del nuevo movimiento social y político que surgió de aquéllas, era la columna vertebral del libro. Hay tres capítulos clave: en el capítulo «La competencia», donde Engels establece por primera vez, antes que Marx, el carácter singular del moderno trabajo asalariado, las relaciones específicas de la «dependencia salarial» y «la dependencia del mercado laboral», que determinan las condiciones de vida de la clase obrera así como la relación única e históricamente nueva entre los trabajadores asalariados y los capitalistas como clases sociales. Conviene destacar que el joven Engels presentó aquí por primera vez la teoría del «ejército industrial de reserva» así como las oscilaciones entre la ocupación, el desempleo y el subempleo en el proceso del moderno ciclo industrial.¹¹

En el capítulo «Los resultados», Engels reúne varias cuestiones: describe con detalle las consecuencias de las condiciones de vida y de trabajo de los modernos trabajadores asalariados para su constitución corporal, su salud, su mortalidad, su desarrollo intelectual y condición moral.

11. Véase el primer capítulo de este volumen, donde se expone con mayor detalle esta cuestión.

Intenta aclarar el carácter social particular de la clase obrera y fundamentar por qué puede surgir de numerosos trabajadores asalariados que compiten entre sí algo así como una clase social, y por qué incluso ese será el caso.¹² Y, en el capítulo «Movimientos obreros», intenta explicar cómo y por qué los trabajadores asalariados tienen un papel muy diferente en la vida pública y la política al de las clases subalternas de hasta entonces.¹³ Se aborda aquí un análisis del movimiento que habría de llegar a ser el movimiento social más importante del siglo XIX. Estos tres capítulos, que hasta el día de hoy siguen siendo desconocidos y a menudo leídos superficialmente, contienen las afirmaciones teóricas más importantes del libro, afirmaciones que de ningún modo han envejecido.

Engels ve la industria moderna y la clase obrera moderna básicamente como fenómenos urbanos. En las ciudades crecen los nuevos recintos fabriles, se forma y concentra la clase trabajadora industrial moderna. La industria modifica el espacio y el tiempo, crea desde los cimientos nuevas grandes ciudades, metrópolis con su propia estructura social y divisiones. En el caso de Manchester, la ciudad que mejor conocía por su propia observación, describió con detalle la nueva forma de segregación urbana, la separación espacial de zonas residenciales, que conllevaba la separación espacial de las esferas sociales. El contraste entre los barrios donde residían los obreros fabriles, caracterizados por la suciedad, el ruido, la polución y el decaimiento de los edificios, también por su proximidad a las fábricas y ferrocarriles, y los barrios residenciales de la clase afluente y adinerada, la burguesía, apenas podía ser más marcado. Engels trabajó en las diferencias cualitativas entre los barrios obreros, que pegados a los distritos industriales rodeaban al centro urbano como un cinturón, y se documentó sobre el deterioro medioambiental, polución, iluminación, humedad, el estado de los edificios, la escasa separación entre ellos, el espacio público, las posibilidades de ocio y consumo. Una contribución pionera, como se encargan de apreciar hasta hoy sociólogos y geógrafos urbanos.¹⁴ La marcada distinción de los barrios trabajadores de las zonas residenciales de la clase media o la burguesía se había producido, de acuerdo con Engels, «de manera

inconsciente y silenciosa así como de manera explícitamente deliberada», y dejaba su huella en la estructura de las nuevas ciudades industriales.¹⁵ Y del mismo modo, el enorme tráfico y la transformación de los viejos centros urbanos en barrios puramente comerciales con oficinas, tiendas y depósitos con una población apenas distinguible.¹⁶

Se puede matar a un hombre con una vivienda como con un hacha. Esta frase del pintor berlinés Heinrich Zille no la conocía Engels. Pero retrató el estado de cosas con la misma precisión. Las condiciones de las viviendas, el hacinamiento, el decaimiento, la humedad, la suciedad, la falta de ventilación o calefacción, el hedor, todo ello hacía enfermar físicamente y desmoralizar a sus habitantes.¹⁷ Engels describe minuciosamente las condiciones de trabajo y de vida, con su influencia desmoralizadora en los nuevos trabajadores asalariados, entre ellas las enfermedades y los accidentes, la pobreza crónica o recurrente, la mala alimentación hasta llegar a la malnutrición, las deformaciones del cuerpo, el cansancio por el exceso de trabajo, la invalidez y la elevada tasa de mortalidad de adultos así como de niños. También la falta de asistencia médica, porque apenas podían pagar a médicos y medicamentos, el alcoholismo por falta de otros placeres. Los trabajadores carecían de formación porque no había escolarización ni un sistema educativo, la escasa instrucción que recibían los hijos de los trabajadores fabriles era de la iglesia. Todas las circunstancias en sus vidas conducían a la desmoralización de los trabajadores, hasta la inmoralidad, como lamentaba Engels. Muchos, incapaces de soportarlo, se refugiaban en el alcohol, la criminalidad o la prostitución. No existía una vida familiar para los obreros: estallidos de violencia, desesperación, una sexualidad embrutecida, el abandono de la propia salud y la de los hijos, la soledad, todo ello pertenecía al día a día de los trabajadores. La pobreza, sin perspectivas de mejora, sin esperanzas de un futuro mejor, arruinaba su espíritu, como el alcohol arruinaba su cuerpo. Más desmoralizador todavía que la pobreza, el exceso del trabajo y el alcoholismo era «la inseguridad en sus condiciones de vida, la obligación, por su salario, de vivir al día», la imposibilidad *de facto* de poseer propiedades y tener ahorros para casos de urgencia, y la dependencia constante de su

15. *Ibid.*, p. 276.

16. Existían algunos trabajos contemporáneos como el de Friedrich von Raumer (1836) y el de Eugène Buret (1840), reportajes sociales que Engels conocía y, en parte, utilizó.

17. En 1872 Engels retornó a este tema (1872. 73, 12, pp. 213 y siguientes).

vida de todos los azares posibles, desde el humor de sus jefes hasta la situación del mercado laboral. Todo ello convierte al moderno trabajador asalariado en proletario, como destaca Engels: alguien que nada puede hacer, a pesar de todos sus esfuerzos individuales, para protegerse a él y a su familia «contra una marea de vicisitudes a las que está expuesto y sobre las que no tiene el más mínimo poder. Es el objeto sometido de todas las combinaciones de circunstancias» que no controla y que apenas entiende (1845a, vol. 2, p. 344). En pocas palabras y en una terminología actual: la condición de proletariado es la de precariedad para toda la vida. El carácter del proletario, de acuerdo con Engels, se deriva de sus precarias condiciones de vida. No es ninguna sorpresa, pues, que, cuando reciben un «buen salario», se lo gasten celebrándolo, esto es, que intenten «vivir bien» al menos por un tiempo, en vez de ahorrar y vivir metódicamente, como corresponde a la moral burguesa (*Ibid.*, p. 345). A ello se suma el efecto desmoralizador del trabajo fabril, la rutina del trabajo con las máquinas, repetitivo, agotador, que arruina los nervios y destruye toda vida espiritual, durante horas, día tras días, semana tras semana (*Ibid.*, p. 346 y ss).

Tampoco es ninguna sorpresa que de esta masa de individuos desmoralizados y debilitados física y mentalmente por el trabajo pueda surgir un movimiento social de masas. Engels menciona dos requisitos: la concentración de grandes masas de trabajadores en las ciudades y la concentración y centralización de grandes masas de trabajadores en las fábricas. Las ciudades industriales como Manchester, donde coinciden una gran ciudad y una gran industria, eran por lo tanto el caldo de cultivo o el «foco del movimiento obrero» (*Ibid.*, p. 349, 350).

Engels tomó partido por los trabajadores, pero no los idealizó: no los presentó ni como mejores personas ni como víctimas sin más. En su lugar, mostró las tendencias contradictorias que surgían como consecuencia de sus condiciones de vida y de su carácter social especial. Día tras día, su miseria y precariedad los desmoralizaba. Pero a pesar de estas condiciones desmoralizadoras, los obreros se rebelaban periódicamente, a título individual y de manera colectiva. Con ello Engels no apuntaba a un automatismo. No se podía hablar en ningún caso de una «necesidad natural» o de una «necesidad histórica» a partir del hecho histórico de que las revueltas de los trabajadores contra el nuevo orden del capitalismo y contra la burguesía habían comenzado poco después del inicio de la «revolución industrial». A través de «diferentes fases», se desarrolló a partir de estas revueltas un movimiento obrero

organizado y con un enorme potencial. Engels no quiso, como se encarga de afirmar en una edición posterior, hacer de su libro una exposición histórica, sino limitarse a «los hechos desnudos» (Ibid., p. 431).¹⁸ En vez de un automatismo, Engels describe un proceso de aprendizaje colectivo, que va de la indignación individual y de formas toscas hasta un movimiento de masas político y, en los hechos, un partido de masas proletario. El movimiento cartista era una novedad histórica inédita y un hecho indisputable: el proletariado moderno era capaz de llevar a cabo acciones políticas de masas a escala nacional y de manera sostenida.

En sus comienzos se trata de la «forma más cruda e infructuosa» de indignación, el crimen, el robo, el sabotaje. A esta, la «forma más simple e inconsciente» de protesta, le siguen pronto ocasionales acciones colectivas dirigidas contra empresarios individuales, inventores y sobre todo contra la introducción de nuevas máquinas. La destrucción de máquinas se dio en los comienzos del movimiento obrero con frecuencia y bajo muchas formas (Ibid., p. 432). A esta le siguieron formas organizadas de resistencias en ramos de industria concretos, en lugares determinados, realizadas por asociaciones y ligas obreras. Primero como organización secreta, vinculada a las viejas tradiciones artesanales, luego como asociaciones que trabajan de manera pública. Las huelgas eran su medio de lucha predilecto. Estas organizaciones aprendieron rápidamente a pasar de huelgas locales a un «paro general» en varias empresas y luego en toda una región. Este paro solo podía tener éxito si todas las asociaciones obreras cooperaban o si era llevada a cabo por una amplia organización de masas con numerosas conexiones, con miembros regulares, listas de afiliados, cuotas, cajas, contabilidad y una dirección electa. De las huelgas aisladas, de las revueltas ocasionales, a menudo violentas, contra la opresión de capataces, directores y propietarios de fábricas, de una larga serie de muchas acciones de resistencia y movimientos organizados, que a menudo terminaban con derrotas, había surgido en Inglaterra un amplio movimiento organizado. Un movimiento que aprendía de las experiencias de varias generaciones de trabajadores fabriles y creaba nuevas formas de organización y acción. Organizaciones como los sindicatos, que al comienzo no eran más que organizaciones de ayuda y apoyo mutuos, pero que pronto comenzaron a entablar negociaciones salariales con los propietarios de las fábricas. Engels fue el primero en ver la importancia

18. La investigación histórica del surgimiento del movimiento obrero la dejó expresamente «para un trabajo posterior» (Ibid.).

del movimiento sindical: incluso si las organizaciones sindicales fracasaban repetidamente, incluso si su historia es «una larga serie de derrotas... interrumpida por algunas victorias ocasionales», su verdadero significado radicaba en ser «los primeros intentos de los trabajadores *por abolir la competencia*» (Ibid., p. 434, 436). Esto era lo que electrizaba a Engels, el pionero de la crítica de la economía política: los trabajadores industriales ingleses habían conseguido rebelarse contra una de las leyes cuasi-naturales de hierro de la economía política. La mera existencia de sindicatos revelaba que «el dominio de la burguesía descansa únicamente en la competencia de los trabajadores entre ellos». Siendo, como era, la acción sindical todavía limitada, se dirigía contra la competencia, y con ella, contra «el nervio vital del actual orden social». Por ese motivo este movimiento obrero, aunque no era de ningún modo un movimiento socialista, era «tan peligroso para este orden social» (Ibid., p. 436).

Engels mencionó también algunas de las otras organizaciones obreras, como los antiguos gremios y asociaciones educativas obreras, o las ligas obreras más o menos secretas, que tenían un claro carácter político. El movimiento cartista, que había conocido en Manchester, le fascinaba. Aunque en 1842 ya había sobrepasado hacía tiempo su punto álgido, seguía representando un impresionante poder político. En el continente no había nada comparable. Engels vio en el cartismo el primer movimiento de clase político de la moderna clase obrera industrial. Una forma de radicalismo obrero que desafiaba al poder de la burguesía en bloque y atacaba su violencia política. Un acontecimiento histórico de importancia mundial, un punto de inflexión de la historia moderna, aunque la Carta del Pueblo que reclamaba el movimiento no fuese en absoluto socialista. El movimiento obrero cartista sí que era, en cambio, demócrata radical sin duda alguna.¹⁹

La intención política del libro es clara. Engels no quería explicar la situación en las ciudades y regiones industriales de Inglaterra a un público lector en Alemania curioso y formado, sino ofrecer un ejemplo al joven movimiento obrero, que se encontraba en sus comienzos en su lugar de origen, en la región industrial de Barmen y Elberfeld. Desde comienzos hasta bien entrado el siglo XIX, las principales naciones industriales golpeaban de constante al movimiento obrero y

19. Marx se sirvió varias veces de los textos de Engels para su redacción final del *Manifiesto del Partido comunista*. Las tres páginas de su esbozo de las «fases del desarrollo del proletariado» son un resumen de lo que Engels había presentado en su capítulo sobre movimientos obreros. (1848, vol. 4, pp. 470-473).

los socialistas, que marchaban por separado. Era momento de unirlos. Engels esperaba en Inglaterra una «fusión del socialismo con el carisma», y la tarea de esta unión y fusión correspondía a las numerosas organizaciones educativas, las escuelas, clubes de lecturas y periódicos, que los sindicatos así como los cartistas y socialistas habían fundado ya en gran número (Ibid., p. 453). Engels también confió en los trabajadores instruidos, en la formación autodidacta dentro del movimiento obrero, tal y como la había conocido en Manchester y otros lugares.

Casi cincuenta años después, reconoció sin ambages que la vida de los trabajadores asalariados en Inglaterra había cambiado y mejorado mucho.²⁰ Gracias a la legislación de fábrica, gracias a la actividad de los inspectores de fábrica, a la ley de jornada de diez horas de 1747, a los éxitos políticos del movimiento obrero inglés y a la posición dominante de la industria inglesa en el mercado mundial.²¹ Esta última había permitido erradicar las peores condiciones de las ciudades inglesas. En Inglaterra, las empresas de la gran industria podían permitirse cada vez más renunciar a los pequeños hurtos habituales de los comienzos de la industria así como a los mezquinos métodos para atemorizar a los obreros y sustraerles el salario. Se suprimió, por ejemplo, el *truck system*, con el cual los fabricantes explotaban a sus trabajadores, obligándolos a comprar mercancías de mala calidad por precios inflados. Los fabricantes ingleses, que dominaban el mercado mundial, habían dejado atrás la «fase juvenil de explotación capitalista», pero en Alemania, en EEUU y en el resto de nuevas naciones industriales del siglo XIX, así como en muchas nuevas industrias, podían encontrarse todavía antiguas formas de explotación como las que había retratado en 1845.

Engels y la ecología

¿Fue Engels un ecologista avanzado a su tiempo? A él, y sobre todo a Marx, se les presenta hoy de buen grado como ecosocialistas *avant la*

20. Véase el prólogo a la nueva edición alemana de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de 1892(1845, vol. 2, p. 637-650).

21. La posición de Engels hacia las posibles reformas del capitalismo era ambivalente. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* describió la legislación de fábrica y sus consecuencias, pero al mismo tiempo afirmaba que la época de las reformas había pasado ya. Cinco años después se corrigió (1850c, vol. 7, pp. 233-243). Que la situación del mercado laboral dependía asimismo de «la conquista de nuevos mercados» es algo que ya había apuntado en 1845 (1845a vol. 2, pp. 397 y siguientes).

lettre. Esto es una exageración notable, aunque muchos prefieran pintarlos de verde para refutar la acusación habitual de que los marxistas no han prestado atención a las cuestiones ecológicas desde hace lustros.²² De ambos, tanto de Engels como de Marx, han quedado numerosos manuscritos y apuntes sobre las ciencias naturales de su época. Los apuntes de Marx son fragmentos de diferentes manuales y libros especializados, escritos en diferentes períodos. El fragmento más extenso de todos lo redactó Marx en la década de los setenta del siglo XIX, la misma época en que Engels escribió sus manuscritos y apuntes sobre el desarrollo de las ciencias naturales, unos 197 documentos en total. Este texto lo conocemos hoy con el título de *Dialéctica de la naturaleza*, como fue publicado mucho tiempo después de la muerte de Engels.²³ Pero ni los fragmentos de Marx ni los manuscritos de Engels contienen algo que pueda considerarse como una crítica de la ecología (política). Con todo, no eran ciegos, y ambos vieron claramente la destrucción medioambiental causada por el nuevo modo de producción industrial.

Con diecinueve años, Engels describe ya la destrucción del paisaje y la contaminación del agua en su Wuppertal natal. El río, que da su nombre al valle, fluía, «limoso e indolente», teñido de rojo o verde, debido alas factorías de tintes. A sus orillas se alineaban una serie de fábricas, con sus humeantes chimeneas (1839, vol. 1, pp. 413-414). En las metrópolis industriales como Manchester resultaba imposible no ver la enorme destrucción medioambiental asociada al rápido ascenso del nuevo modo de producción industrial. Engels se percató de todo ello y lo describió, y mucho antes que Marx. Ya en su breve ensayo sobre la crítica de la economía nacional reflejó que el capitalismo industrial moderno puede dañar a la naturaleza y finalmente lo hace, especialmente al suelo. Vio en la naturaleza, junto al trabajo, uno de los dos «elementos de la producción», siendo el suelo (o la naturaleza, con todos los recursos) «la primera condición de nuestra existencia», esto es, de toda producción y reproducción (1844a, vol. 1, pp. 509-511). La competencia cada vez más fuerte entre empresarios agrícolas, capitalistas que no son campesinos, lleva, cada vez más, a una explotación cada vez más intensa del suelo, a la sobreexplotación de la fertilidad del suelo natural y, finalmente, a su

22. Un reciente de ejemplo de esta tesis de un Marx ecosocialista, tan en boga desde hace algún tiempo, la encontramos en Kohei Sato, (2016).

23. El legajo de manuscritos y anotaciones manuscritas de Engels comprende un total de 197 textos diferentes, redactados entre 1873 y comienzos de 1883, con breves añadidos de los años 1884/1885.

agotamiento. Hasta qué punto se había llevado, a sus ojos, la separación artificial de los hombres de sus condiciones de existencia naturales mediante la apropiación privada del suelo (y, potencialmente, de todos los recursos naturales o minerales) solo podía significar una cosa: el siglo se encaminaba hacia una «gran transformación» que había de conducir a «la reconciliación de la humanidad con la naturaleza y consigo misma» (*Ibid.*, p. 505). Cuando Engels escribió esto, en 1843, estaba ya familiarizado con la teoría economía de la renta del suelo y conocía además algunos de los trabajos de Justus von Liebig, de nuevo mucho antes que Marx.²⁴ El fundador de la moderna agroquímica y penetrante crítico de la agricultura capitalista contemporánea se convertiría para Marx en el principal testimonio de las destrucciones que el capitalismo moderno causaba al campo.

En su escrito de juventud, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels describió con exactitud y claridad la destrucción medioambiental, sus causas y sus consecuencias. Por ese motivo este texto sigue siendo elogiado por la OCDE como una «obra maestra del análisis ecológico» (Altvater, 2015, p. 82). Engels enumera los daños medioambientales y cómo estos influyen negativamente en la vida de los residentes de ciudades y regiones industriales, en particular la vida y la salud de los obreros industriales: la polución, el *smog*, los gases tóxicos perjudiciales para la salud, la disminución de oxígeno, la contaminación de la atmósfera por el dióxido de carbono, «la evaporación de los ríos contaminados». La contaminación constante del agua, en los ríos y en los mares en los que desembocaban, las aguas residuales de la industria y las heces humanas, que, debido a la escasa o inexistente canalización terminaba apestando los ríos tras desembocar en ellos. Las montañas crecientes de residuos industriales, las pilas cada vez más altas de basura en los barrios residenciales, la destrucción del paisaje por la sobreexplotación del suelo a causa de la expansión no planificada de instalaciones y colonias industriales. Sobreexplotación del entorno natural, sobreexplotación de los suelos agrícolas, destrucción del paisaje, contaminación del suelo y el agua en las regiones mineras, un ruido infernal constante en las ciudades industriales en las que las fábricas

24. Es significativo que los breves apuntes que hemos conservado de Marx sobre el *Apuntes para una crítica de la economía política* se centren en esta cuestión de la crítica de Engels, la «división entre el suelo y el hombre». (Véase Karl Marx, *Engels in den deutsch-französischen Jahrbüchern*, en: Marx-Engels Gesamtausgabe, vol. IV/2, p. 486).

producen las veinticuatro horas, el tráfico congestiona las calles y los ferrocarriles atraviesan los barrios residenciales y fabriles... Todas estas formas de destrucción medioambiental devastaban las nuevas ciudades y regiones industriales. Sus consecuencias las sufrían, ante todo, los obreros y los pobres en los barrios en los que se hacinaban, así como los obreros fabriles, hombres, mujeres y niños que pasaban doce, catorce y dieciséis días en las factorías (1845a, vol. 2, pp-325-327). Así pues, Engels no vio solamente los daños al medio ambiente que causaban las nuevas empresas de la gran industria, ni tampoco las catástrofes naturales locales y regionales provocadas por la contaminación del agua, el suelo y el aire, sino también la relación entre esta destrucción ecológica en curso y la miserable condición de la población trabajadora en ciudades industriales como Manchester. Engels vio con exactitud la relación entre la crisis ecológica y la «cuestión social».

El capitalismo industrial basado en energías fósiles, según Engels, interrumpe y destruye a largo plazo la relación entre el hombre y la naturaleza. Para terratenientes y capitalistas la naturaleza no pasaba de ser una mercancía con un valor (ficticio), una colección de recursos útiles para la industria, la minería y la agricultura. Como fundamento único e insustituible de la vida humana sobre la tierra no jugaba ningún papel para ellos ni en su pensamiento ni en sus acciones. De ese modo podían impulsar y celebrar el progreso tecnológico e industrial sin darse cuenta de la destrucción medioambiental que lo acompañaba y que socavaba los fundamentos de toda vida, y con ella, también los suyos propios. Los daños medioambientales, en sus inicios solo locales o regionales, como aparecían en los distritos industriales de Inglaterra, en las ciudades industriales y en los barrios fabriles y en los adyacentes barrios obreros, se extendían, y no podían sino extenderse, porque el capitalismo industrial se expande constantemente: su tendencia es a hacerlo mundialmente, más allá de sus fronteras. Con la industrialización de las ciudades, con la industrialización de la agricultura, que incluía la producción de materias primas industriales como el algodón de forma masiva, con la persecución incesante de recursos por todo el globo terrestre, se sobrepasaban sus límites una y otra vez. También los límites naturales, que Engels y Marx apenas tuvieron en cuenta. Contra el profeta de la catástrofe, Malthus, que conjuraba los límites naturales de la Tierra, Engels sostenía en los años cuarenta del siglo XIX que el planeta aún disponía de enormes superficies de tierra por cultivar y que la «productividad» del suelo crecería enormemente. No se podía hablar de

sobreprolación (1844a, vol. 1, pp. 518-519). Por el contrario, Marx y Engels opinaban que el vertiginoso desarrollo de la industria moderna podría traer parejo «fuerzas productivas y medios de transporte» que «bajo las relaciones actuales sólo pueden parecer catastróficos», puesto que dejaban de ser fuerzas productivas para demostrarse como «fuerzas destructivas».²⁵ Treinta años después Engels retornaría a esta cuestión en su polémica contra Eugen Dühring. El desarrollo tecnológico, que ha puesto en marcha la gran industria moderna, había «liberado considerablemente» a la producción industrial de «sus limitaciones locales», de tal manera que podía extenderse por doquiera. La industria se concentraba cada vez más en las grandes ciudades, las colonias industriales se transformaban en ciudades fabriles, y surgían nuevas regiones industriales en diferentes puntos del mundo, emergían nuevas grandes ciudades. Con ellas, empero, la gran industria socavaba «al mismo tiempo los cimientos de su actividad». Todas las fábricas, todos los ramos de industria necesitan agua, y concretamente «una cantidad razonable de agua limpia». Sin embargo, «la ciudad fabril... transforma todo el agua en una cloaca pestilente» (1894a, vol. 20, p. 275). Para evitar las consecuencias de la contaminación, los industriales se llevaban sus fábricas al campo, y obtenían como resultado la aparición de nuevas ciudades y regiones fabriles y una destrucción medioambiental igual o incluso superior. Un «círculo vicioso» de la industria moderna, como aseguraba Engels, que no podía romperse en el capitalismo (*Ibid.*, pp. 275-276).²⁶

La sobreexplotación de la naturaleza, la destrucción de la naturaleza y la sobreexplotación de la salud y fuerzas de los hombres son inseparables en el capitalismo moderno, como era bien visible en muchas ciudades y regiones. Esta tendencia era reconocible en el capitalismo industrial que se extendía por todo el país y el mundo entero. Sin embargo, Engels y Marx no podían imaginarse en su siglo los daños

25. Así lo apuntan Marx y Engels en su manuscrito sobre Feuerbach de 1846 (1845-1847, vol. 3, p. 69). Con todo, esta frase no se refiere claramente a la posible destrucción medioambiental, sino que podría tratarse de todo tipo de destrucción posible.

26. Engels argumentó de manera parecida poco antes (1872) en su serie de artículos sobre *La cuestión de la vivienda*. Sin embargo, allí aludía a la circulación defectuosa de la distribución de residuos y excrementos entre la ciudad y el campo, que Justus von Liebig ya había criticado. Engels hablaba de Londres, donde día todos los días se producían enormes cantidades de heces que habían de ser transportados al mar con un coste gigantesco, lo que exigía colosales depósitos para evitar que estas heces apestasen todo Londres (1872-73, vol. 18, p. 280).

medioambientales a escala mundial, el colapso de ecosistemas enteros, la contaminación de regiones completas, la deforestación de bosques o la contaminación de los océanos. Desconocían por completo la extinción de especies o el cambio climático. Ninguno de los naturalistas contemporáneos podía conocerlo o intuirlo. Sí, en cambio, vio Engels que los daños medioambientales también eran reconocibles más allá de los centros industriales en Europa y Norteamérica, en los países de la periferia colonial. Como ejemplo del descuidado trato dispensado a la naturaleza, mencionó la destrucción de bosques enteros en Cuba provocada por los productores españoles de café, que necesitaban espacio para ampliar su economía de plantación. A estos no les preocupaba más que tras la quema solamente una generación de cafetos altamente rentables encontrase el suficiente fertilizante en las cenizas, aunque las torrenciales lluvias tropicales de la región se los llevasen después, al no existir ninguna barrera natural y al final no quedase del suelo más que una roca desnuda (1886, vol. 20, p. 455). Para Engels, un ejemplo palmario de que el «modo de producción actual» causa enormes daños porque los participantes piensan a corto plazo, en un éxito comercial palpable de inmediato por encima de todo, previniendo o dificultando cualquier consideración sobre los efectos a largo plazo, alejados de este comercio impulsado por intereses privados (*Ibid.*).

Engels, como Marx, quedó profundamente impresionado por el enorme progreso de las ciencias en su época. En la primera revolución industrial la producción se encontraba ya en una fase de «cientificación», la investigación científica y tecnológica se integraba en el sistema de producción de la gran industria y los descubrimientos científicos eran cada vez más rápidos y se aplicaban con mayor rapidez. A pesar de todo, Engels advirtió contra la ilusión de haber vencido a la naturaleza o de haberla domeñado. No era el caso, sobre todo cuando se observaban las primeras consecuencias posteriores al haber intervenido en la naturaleza, que con suficiente frecuencia tenían «efectos muy diferentes, imprevisibles», que podían dejar en agua de borrajas los supuestos éxitos. Engels tomó como ejemplo la deforestación de bosques que había comenzado siglos atrás: «Los pueblos que en Mesopotamia, Grecia, Asia menor y otros lugares talaban los árboles para ganar terreno urbanizable no pensaban que, con ello, sentaban las bases de la desolación actual en aquellos países al eliminar con los bosques los centros de recolección y conservación de la humedad» (*Ibid.*, p. 453). De igual manera, los italianos que talaban los bosques al sur de los Alpes apenas

podían imaginarse que de ese modo afectaban negativamente las pasturas y la conservación del agua. Y quienes propagaron el cultivo de la patata en Europa no podían imaginarse que, con ella, propagaban enfermedades hasta entonces desconocidas que modificaban las condiciones de vida de pueblos enteros, causando como consecuencia hambrunas con millones de muertos (*Ibid.*). Como muestran los ejemplos que mencionaba, Engels podía muy bien imaginarse los efectos duraderos y a largo plazo de la destrucción medioambiental.

Más motivos todavía, pues, para ocuparse de los efectos a largo plazo de la destrucción ecológica causada por el capitalismo industrial. Todo apuntaba ya en su época a que se producirían nuevas y peores devastaciones: la expansión mundial del modo de producción capitalista industrial, la aceleración espasmódica del progreso tecnológico, el vertiginoso avance de las ciencias y la compulsión a crecer, característica del modo de producción capitalista. Esta, según Engels en 1892, «es el talón de Aquiles de la producción capitalista». «*No puede ser estable, debe crecer, expandirse, o morir.*» Incluso la mera ralentización del crecimiento, la disminución temporal de la producción, conduce inevitablemente a una crisis. Cuando la producción capitalista alcanza sus límites, que no puede sobrepasar, ya sean los límites del mercado mundial para una nación industrial o los límites de la naturaleza para la producción capitalista a nivel mundial, llega a su fin. «Su condición para existir es la necesidad de una expansión constante», y esta expansión constante alcanza en algún momento un punto en el que es imposible continuar. Engels opinaba que este momento ya lo había alcanzado la industria inglesa en los años noventa del siglo XIX.²⁷

El «general» rojo

Engels nunca estudió en una academia militar. Su servicio militar solamente duró un año. A partir de septiembre de 1841 sirvió como voluntario durante un año en el regimiento de artillería en Berlín, en el que se formó como artillero. El rango militar más alto que consiguió fue el de bombardero en el ejército imperial prusiano. En sus descansos, el

27. Friedrich Engels, Prólogo a la segunda edición alemana de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1892a, vol. 22, p. 327. Engels expresó la misma idea ya en 1885 (1885b, vol. 21, p. 196).

joven Engels atendía como invitado las clases de la Universidad de Berlín. Con el ejército prusiano volvió a entrar en contacto de nuevo en 1848-1849, durante la insurrección contra las tropas gubernamentales en Elberfeld y más tarde en el alzamiento en Baden. En la *Nueva Gaceta Renana* describió, analizó y criticó las insurrecciones en Alemania, en Austria, en Francia y en los Países Bajos, así como la de los obreros parisienses durante la batalla de junio de tres días de 1848 en la capital.²⁸ En las insurrecciones en Palatinado y Baden, el último episodio de la revolución democrático-burguesa en Alemania, participó en persona, como oficial. Con su análisis de los acontecimientos militares y políticos en esta fase final de la revolución de 1848-1849 se hizo definitivamente un nombre como el principal experto militar de la izquierda (1850b, vol. 7, pp. 109-197).

Como todos los revolucionarios de su generación, Engels y Marx se imaginaban el desarrollo de una revolución siguiendo el modelo histórico por excelencia, el de la revolución francesa: a una revolución le sigue una contrarrevolución, esto es, una guerra revolucionaria, en parte guerra civil y en parte guerra contra una intervención extranjera. El desarrollo del movimiento revolucionario de 1848-1849 parecía confirmarlo. En abril de 1851 Engels escribió a Marx un memorando privado sobre las perspectivas de una guerra de la Santa Alianza de las grandes potencias conservadoras contra la Segunda República Francesa (1850, vol. 7, pp. 468-493).²⁹ ¿Podría la Segunda República defenderse contra una intervención extranjera como lo lograron los ejércitos revolucionarios de la Primera República de 1792-1794? Para responder esta pregunta correctamente desde un punto de vista militar, Engels hubo de dejar a un lado los mitos populares y leyendas que se remontaban a la época de las guerras revolucionarias. ¿Cómo fue posible que las tropas de la república francesa y más tarde del Imperio derrotasen a las potencias militares de la vieja Europa, sino que casi durante veinte años dominasen el continente aunque no fuesen superiores en armamento? No había armas mágicas, la tecnología militar era la misma en todas partes, así que ese no pudo ser el factor decisivo. A juicio de Engels este no podía ser sino un nuevo tipo de guerra que la Revolución francesa había posibilitado y Napoleón perfeccionó. Esta nueva manera de

28. Los artículos de Engels sobre la insurrección de junio se encuentran en: MEW, vol. 5, pp. 112-115, 118-132, 145-153.

29. Este manuscrito fue publicado por primera vez en *Die Neue Zeit* en diciembre de 1914.

librar conflictos descansaba en la combinación de dos elementos: una masa sin precedentes de tropas y una movilidad inédita de estas masas de tropas, que Napoleón hizo suyos y redobló. «La masificación es una característica especial de los modernos ejércitos civilizados tanto como la movilidad», y ambas se condicionan mutuamente: las enormes masas de tropas solo pueden desplegarse si son altamente móviles, y la movilidad permite sustituir a las grandes masas de tropas (*Ibid.*, p. 479). Y ambas eran posibles solamente gracias a la emancipación de la burguesía y el campesinado en la revolución francesa. Pues los ejércitos modernos requieren una riqueza suficiente, unas fuerzas productivas suficientes y el necesario material bélico en cantidades y calidad suficientes. Y precisa de suficientes oficiales con formación e inteligencia en una cantidad suficiente, para lo que necesitan instrucción y experiencia en el campo de batalla. Lo que salvó a la República francesa en 1792-1793 no fue el entusiasmo de los voluntarios y la disponibilidad de reclutas, sino la estupidez táctica y estratégica de los generales de los ejércitos intervencionistas. Las condiciones estaban ahí, pero las nuevas técnicas militares habían de inventarse y ponerse a prueba primero. En este punto, el materialista histórico Engels se remite a la figura de los grandes comandantes. Un gran comandante como Napoleón es alguien «que consigue un lugar en la historia militar a través de nuevas combinaciones». Lo hace al «descubrir por sí mismo o bien nuevos medios materiales o descubriendo primero el uso adecuado para medios materiales nuevos inventados por él». El mérito de Napoleón fue «haber encontrado el uso táctico y estratégico adecuado para las colosales masas de ejércitos que la revolución había hecho posible» y formarlas por completo en este (*Ibid.*, p. 483).

Engels había comenzado a estudiar la ciencia e historia militares a fondo en Manchester tras su regreso en 1850. Fue uno de los escritores militares de mayor éxito de su época, aunque sus artículos y folletos aparecieran publicados de forma anónima o con el nombre de Marx. A partir de 1850 analizó y comentó prácticamente todo acontecimiento militar en Europa, América y más allá: desde la Guerra de Crimea hasta la revuelta de los cipayos en la India pasando por la insurrección de Garibaldi y las guerras de unificación italianas, la guerra civil estadounidense, la guerra de los Ducados entre Prusia y Dinamarca y la guerra franco-alemana de 1870-1871. Estudió los ejércitos de los países más importantes de Europa y comparó su fuerza militar, analizó las reformas militares en diferentes países, criticó las doctrinas militares y geoestratégicas de su

época. Engels fue un agudo observador y un analista de cabeza fría, que en ocasiones se equivocaba, pero que acertaba la mayoría de las veces.³⁰ Tras las experiencias de las primeras guerras industriales de la modernidad, la guerra civil estadounidense y las guerras de unificación alemanas, estaba en condiciones de predecir con sorprendente exactitud la próxima guerra mundial. Engels tenía una idea muy clara de la ciencia y de la historia militar: crítico solo podía ser aquel que conociese bien los hechos militares y pudiese apreciarlos correctamente, analizarlos fría e históricamente, y no tomase partido (Engels, 1855; 1865).

El estudio intensivo y durante décadas de Engels de la historia militar, las cuestiones militares y los principales episodios militares de su época es algo que en la izquierda, especialmente entre los marxistas, no ha encontrado mucho eco. Para la izquierda actual, el «general», como lo llamaban sus amigos, resulta algo más bien vergonzoso. Se considera que un buen pacifista no debe saber nada sobre la guerra y los ejércitos, como si fuera algo moralmente reprobable. Marx, que nunca realizó el servicio militar y no sentía ningún apego por lo castrense, pero que no era para nada pacifista, lo vio de otro modo. Le fascinaban los descubrimientos que se podían hacer estudiando la historia militar. La historia del ejército, según Marx en 1857, «revela vivamente lo correcto de nuestras observaciones entre la relación de las fuerzas productivas y las relaciones sociales». También para el estudio del desarrollo económico era importante la historia de los ejércitos y la estrategia militar. El salario y el trabajo asalariado se desarrollaron plenamente primero en el ejército (con el pago a tropas mercenarias), así como la propiedad móvil y la «aplicación de maquinaria a gran escala». También «la división del trabajo *dentro de* una misma rama se llevó a cabo primero en los ejércitos». Recomendó a su amigo que más adelante elaborase histórica y sistemáticamente esta cuestión (Marx en carta a Engels, 25 de septiembre de 1857, vol. 29, p. 192. El destacado aparece en el original). Una vez más Marx: «Nuestra teoría de la determinación de la *organización del trabajo mediante los medios de producción*, ¿dónde se demuestra más claramente que en la industria de las carnicerías humanas?». Así, ofreció a Engels redactar un esquema de historia militar desde una perspectiva histórico-materialista para incorporarlo al primer volumen

30. Existen solo unos pocos estudios sobre Engels como estudioso militar, entre ellos, por ejemplo, el de Martin Berger, *Engels, Armies and Revolution* (1977). El mejor estudio, relativamente corto, es *Die Kriegshehre von Friedrich Engels* (1968), escrito por el historiador militar israelí Jehuda L. Wallach.

de *El capital* como apéndice con la firma de Engels (7 de julio de 1866, vol. 31, p. 23. Destacado en el original). Este aceptó —«intentaré hacer para ti la historia de la industria de las masacres»— pero no escribió nunca este tratado sistemático (Friedrich Engels, carta a Karl Marx, 12 de julio de 1866, vol. 31, p. 237). Solo conocemos un esbozo muy breve de historia militar escrito de su mano, el artículo «Ejército», que escribió en el verano de 1857 para la *New American Encyclopedia* y que apareció publicado (1857, vol. 14, pp. 5-48). Engels bosquejaba en él el desarrollo de la organización militar desde el antiguo Egipto hasta la actualidad, tras las guerras napoleónicas, con brevedad y precisión. Pero su presentación no seguía en ningún modo el esquema que Marx le había sugerido. La tecnología armamentística, los medios bélicos desempeñan un papel, pero no el decisivo. La organización militar juega un papel al menos igual de importante: la táctica, la estrategia, esto es el estado del conocimiento militar, la experiencia, la formación, la disciplina, el reclutamiento de oficiales y soldados, su grado de instrucción, todo lo que tiene que ver directamente con la constitución, que a su vez depende del orden económico y social. Incluso las diferencias de temperamento y carácter nacional, el grado relativo de civilización o barbarie, tienen un lugar en el análisis militar en Engels. Otros dos estudios de historia militar de Engels muestran cómo pensó en la relación entre el desarrollo de la técnica militar y la táctica militar y la explicó históricamente (1860-61, vol. 15, pp. 195-226; 1877, vol. 20, pp. 597-603). El progreso de la técnica, en la medida en que era aplicable por los ejércitos, era una cosa y la misma. El combate se transformaba, a menudo a iniciativa de los soldados rasos y en contra de la voluntad de sus comandantes, que querían mantener la táctica y estrategia tradicionales. El progreso de la tecnología de defensa —como la invención e introducción de las armas de fuego, o la invención de la artillería— posibilitó los cambios en los métodos de combate. Con todo, habían de desarrollarse y probarse nuevas tácticas y estrategias, con frecuencia en oposición a la doctrina militar tradicional. La historia de la tecnología armamentística no podía sustituir a la historia militar. Engels, que era un investigador escrupuloso y minucioso, sabía que la técnica militar y el arte de la guerra no son la misma cosa. La relación entre el modo militar y el modo de producción era mucho más compleja de lo que el propio Marx se había imaginado. La superioridad militar en muchas ocasiones no era decisiva. Sí que lo eran la táctica y la estrategia, y para ello se requerían buenos comandantes. O espíritu de lucha, comúnmente

llamado «moral», que a su vez dependía de la experiencia, la disciplina y la inteligencia de los soldados y los oficiales. Y no en último lugar, la organización militar, que solo en parte dependía de la tecnología armamentística, como por ejemplo en la forma en la división del trabajo entre diferentes tipos de armas. Del mismo modo que de la política y la constitución. En la guerra, la política internacional jugaba un papel destacado, para el que la relativa fuerza de los ejércitos era un elemento entre tantos. En pocas palabras, como experto militar, como crítico de las acciones militares, Engels era cualquier cosa menos un «determinista tecnológico». La guerra y el ejército eran para él un fenómeno político, cuyas condiciones sociales y económicas había que conocer y comprender.

Por sus análisis y pronósticos Engels fue celebrado y honrado, si bien de manera póstuma. Engels argumentaba sin temor en términos geopolíticos y geoestratégicos, como en sus dos ensayos de 1859 y 1860, en los que analiza la situación estratégica de toda Europa. Ambos textos los publicó de manera anónima y despertaron un enorme interés, llegándose a aventurar que su redactor era un oficial de alto rango del ejército prusiano. Engels refutaba en ellos la opinión entonces extendida de las fronteras «naturales» del Estado nacional, un mito que conducía a la sorprendente afirmación de que Alemania había de defenderse en el Po (1859b, vol. 13, pp. 225-268; 1860, vol. 13, pp. 571-612). Pero el aspecto más interesante escapó a sus contemporáneos: Engels esbozó ya en 1859 el plan de ataque militar con mayores posibilidades de éxito para un ejército alemán que quisiese derrotar a Francia —a través de Bélgica y hacia París— y con ello se adelantó al conde Alfred von Schlieffen, jefe del estado mayor del ejército alemán, en unos 45 años. Engels aclaró dónde y por qué este plan fracasaría, esto es, pronosticó con exactitud el resultado de la batalla del Marne de 1914 (Wallach, 1968, pp. 18-23). Durante la guerra civil en EEUU, Engels analizó y comentó las acciones de ambos bandos. Aunque partidario de la Unión, vio posibilidades de victoria de los confederados, pues estos contaban con mejores generales, la mejor estrategia y mejores soldados. De aquellos generales improvisados, como Robert E. Lee, Europa, según Engels, tenía bastante que aprender, ya que en el futuro el telégrafo y los ferrocarriles jugarían un papel clave en todos los conflictos. Engels criticó la estrategia del Norte y bosquejó ya en 1862 la única alternativa de éxito, incluso la estrategia, con la que Grant y Sherman conseguirían vencer a los estados sureños (*Ibid.*, pp. 26-27).

En ocasiones se equivocó, como cuando en vísperas de la batalla de Sadowa pronosticó una victoria austriaca. A menudo acertó de pleno, como en agosto de 1870, cuando predijo correctamente la derrota de los franceses en la batalla de Sedán, una semana antes de la capitulación francesa. Por suerte no vivió para ver hasta qué punto acertó con su pronóstico más oscuro. Engels presagió la Primera Guerra Mundial con una asombrosa exactitud. La primera vez que describió la próxima guerra mundial fue a finales de los años ochenta del siglo XIX: a causa sobre todo de las acciones de Prusia-Alemania, Europa se encontraba en una situación en la que no había otra salida posible que una guerra general, «una guerra mundial de una extensión y dureza nunca antes imaginada. De ocho a diez millones de soldados matándose los unos a los otros y con ello infligiendo una devastación en Europa como nunca antes una plaga de langostas ha causado. Las destrucciones de la Guerra de los Treinta Años condensadas en de tres a cuatro años por todo el continente: hambrunas, enfermedades, el embrutecimiento de los ejércitos y de las masas por la necesidad extrema, el caos sin remedio en todo el circuito artificial de nuestra economía, en el comercio, en la industria y en el crédito, terminando en una bancarrota generalizada, el colapso de los viejos estados y su estatismo tradicional de tal manera que las coronas rodarán por el pavimento por decenas... Sólo un resultado es seguro: el agotamiento general». Esta sería la inevitable consecuencia de una escalada armamentística entre todas las grandes potencias europeas (1888, vol. 21, pp. 350-351).

Poco después repitió la advertencia: sobre toda Europa se abate la catástrofe de una amenazadora guerra mundial, «una guerra de la que todo se desconoce, salvo que estallará de manera absolutamente inesperada, una guerra entre razas, que someterá a toda Europa a la destrucción causada por quince o veinte millones de hombres armados, y que sólo por ese motivo no acaece, porque incluso la más poderosa de todas las potencias militares tiembla ante la completa imposibilidad de calcular su resultado» (1891c, vol. 22, p. 189). Engels erró, empero, en un punto. Consideraba la guerra franco-alemana de 1870-1871 un «punto de inflexión»: la tecnología armamentística se «había perfeccionado tanto» que no eran ya posibles nuevos progresos que transformasen el combate (1894a, vol. 20, p. 158). Engels no podía imaginarse ni ametralladoras, ni aviones ni tanques: se limitó a comentar aquello que pudo ver en la guerra civil estadounidense y en la guerra franco-alemana. En sus últimos años Engels intentó dar una respuesta política a la amenaza

de guerra mundial. Para evitar una guerra de exterminio total, si los estados europeos no querían arruinarse económicamente por el peso creciente de los presupuestos militares, entonces Europa había de desarmarse. «¿Puede Europa desarmarse?» era el título de una serie de artículos que Engels publicó en 1893 en *Vorwärts*, el órgano central del Partido Socialdemócrata de Alemania (1893c, vol. 22, pp. 369-399).

Las contribuciones de Engels a la teoría política

Si existe en Marx algo así como una teoría política, en el sentido actual del término, es una cuestión en disputa. En cualquier caso, existen elementos de ella presentes: en los cientos de artículos de prensa que Marx y Engels escribieron en intercambio constante, a menudo complementándose el uno al otro, encontramos muchas cosas que se ajustan a una teoría política. Por desgracia Engels o bien no es tomado en serio como teórico político o bien es, directamente, ignorado. Sus numerosos análisis políticos siguen siendo más desconocidos que los de Marx. Su contribución a la teoría del Estado se considera anticuada y poco innovadora, incluso marxismo vago decimonónico. Con todo, muchos aún conocen su provocadora tesis de que el Estado terminaría en un futuro lejano relegado al «museo de las antigüedades», y muchos más se acuerdan de su observación de que el Estado no sería abolido, sino que se extinguiría (1894c, vol. 21, p. 168; 1878, vol. 20, p. 262). La miseria de la teoría del Estado «materialista» de los neomarxistas se trata de explicar en buena medida con la defensa ritual de los textos supuestamente superados de Engels. Sus escritos militares no existen para los novísimos teóricos del Estado, aunque el Estado moderno no puede comprenderse sin el monopolio de la violencia ni su fuerza militar organizada, ni en el siglo XIX ni en el actual.

Engels comenzó antes que Marx la crítica de la política. Fue el primero en ponerse en serio con el análisis de las instituciones existentes y las formas establecidas de acción política. Su análisis de la constitución no escrita de Inglaterra del año 1844 es un buen ejemplo. La constitución inglesa se consideraba por la importancia de su cámara baja como la de una democracia representativa. En la burguesía ilustrada del continente, esta forma de democracia inglesa tenía, debido a las libertades de la que disfrutaban los ciudadanos, muchos admiradores y partidarios. El joven Engels analizó con penetrante mirada crítica la

constitución política real del país. Debido a la «omnipotencia de la cámara baja Inglaterra debería ser... una democracia pura», incluso si la monarquía y la cámara alta persisten como una cámara para aristócratas. Pero la cámara baja no era ningún parlamento democrático, sino que, debido a su derecho a voto, considerablemente limitado y fundado en los privilegios de diversas corporaciones, era «una corporación medieval excluyente e independiente al pueblo» (1844c, vol. 1, pp. 569-592. Aquí pp. 574-575). La reforma electoral de 1832 nada había cambiado: la cámara baja era y seguía siendo un parlamento de los miembros privilegiados de la clase propietaria, la burguesía. Gracias a los privilegios tradicionales de este parlamento la burguesía inglesa podía ejercer su dominio político prácticamente sin limitaciones. Los derechos civiles que había eran *de facto* muy desiguales y limitados en numerosos aspectos, que las instituciones jurídicas y los códigos penales y civiles existentes se encargaban de aplicar para reforzar el privilegio de las clases propietarias (*Ibid.*, pp. 580-590). Se trataba de una radiografía crítica que Engels más tarde continuaría. Marx abreviaría el detallado análisis de Engels en la redacción definitiva del *Manifiesto del Partido comunista* en la fórmula, hasta el día de hoy conocida y criticada, de que el Estado no es más que el «consejo de administración (*Ausschuß*) que gestiona los negocios comunes de la clase burguesa» (1848, vol. 4, p. 464). En Engels el término se refiere a las comisiones parlamentarias, esto es, formadas a petición de la cámara baja y a las gubernamentales que responden ante la cámara baja.³¹

Después de 1844 Engels continuó sus análisis de las relaciones de poder políticas reales, esto es, de las constituciones políticas reales en los diferentes países capitalistas. En ese proceso elaboró una noción concreta del desarrollo político en la moderna sociedad burguesa que compartió con Marx. El Estado, mucho más viejo que el capitalismo, comenzó a formarse en Europa en diferentes países debido a la tendencia a la formación de estados nacionales en forma de monarquías. Con el desarrollo de la sociedad burguesa el Estado se transformó, y las revoluciones burguesas crearon al menos por un cierto tiempo formas de Estado republicanas con constituciones democráticas. Engels, como Marx, consideraba el desarrollo político de Francia como un caso clásico: aquí surgió el Estado nacional en ciclos políticos, en los que se alternaban

31. El término alemán, «*Ausschuß*», significa tanto «consejo (o junta) de administración» como «comité» o «comisión», NdT.

repúblicas más o menos democráticas con monarquías más o menos constitucionales. La revolución democrática de 1848-1849 había dejado a Inglaterra intacta y solo en Francia culminó con éxito, con la fundación de la Segunda República. Engels y Marx estudiaron el desarrollo de esta república con detalle, ya que ya en la insurrección de junio de 1848 había cambiado por completo su carácter. A causa de la derrota del sector más radical de la clase obrera francesa en las barricadas se convirtió en una república puramente burguesa, en la que las diferentes fracciones de las clases propietarias luchaban por el poder. La república terminó el 2 de diciembre de 1851, víctima de un golpe de estado, y dio paso al Segundo Imperio, en el que a pesar de todo muchas formas políticas e instituciones de la república —como las elecciones, los partidos y el parlamento— continuaron. Había nacido una nueva forma de Estado burgués, el bonapartismo, en el que la burguesía no tenía el poder político, pero podía mantener su poder económico y social. Esta nueva forma de «bonapartismo» ocupó a Engels y Marx buena parte de su tiempo. El análisis de Marx del golpe de estado del 2 de diciembre de 1851, surgido de un intenso debate con Engels, de quien proceden algunas de las formulaciones que más eco tuvieron del *18 Brumario*, debería leerse junto con el «análisis de los motivos» de Engels de por qué este golpe de estado pudo llevarse a cabo con relativamente poca resistencia. Ambos trabajos, el *18 Brumario* de Marx y la serie de artículos de Engels sobre el golpe de estado, se complementan y han de considerarse juntos (1852b, vol. 8, pp. 221–231).³²

Para Engels, como para Marx, la democracia política era un objetivo, incluso el «primer objetivo» de toda revolución inminente en Europa. Una revolución industrial como en Inglaterra, que transformó radicalmente toda la economía del país, la industria, el comercio y la agricultura, y creó una economía capitalista moderna, no podía existir a largo plazo sin la participación de la nueva burguesía comercial e industrial. En una economía capitalista desarrollada, a largo plazo, la clase económica dominante ha de convertirse en la clase política dominante y superar todas las resistencias de las viejas aristocracias. La burguesía podía alcanzar el dominio político de diferentes formas, pero la mejor

32. Los artículos se publicaron de febrero a abril de 1852 en el semanario cartista *Notes to the people*. A esta serie pertenece también una serie de artículos sobre el desarrollo político y la reforma electoral en Inglaterra, que Engels comenzó a escribir a partir de enero de 1852. Por desgracia sólo se han conservado dos artículos (1852c, vol. 8, pp. 208–210).

de ellas era la de una república, que en ningún caso tenía por qué ser democrática. En Europa únicamente existía una república democrática, en Suiza. En Francia, Inglaterra y Alemania se daban formas de Estado híbridas, monarquías constitucionales, en las que se mantenían algunos elementos de la democracia –parlamentos, elecciones, derechos civiles, partidos– para su hábil uso por parte de un dominio aristocrático o oligárquico. Para las grandes clases de la sociedad burguesa, para la burguesía como para la clase obrera, la participación política, esto es, los derechos políticos, era algo irrenunciable. No obstante, en los regímenes bonapartistas como el de Francia o en el nuevo Imperio alemán, que Bismarck había construido con astucia, los derechos políticos como el sufragio universal (para la población masculina) eran sistemáticamente limitados y socavados. Su ejercicio estaba limitado de diversas maneras, de tal modo que el sufragio universal –igualitario, directo y secreto– solo lo era en nombre. Con un sufragio limitado y una obstrucción sistemática de las elecciones, el movimiento obrero de estos países no podía conseguir llegar al parlamento y conquistar una parte significativa del poder político (1865, vol. 16, pp. 73–75).³³

Engels aún creía menos en la dedicación política de la burguesía liberal. El movimiento democrático burgués, al que Marx y él habían apoyado en la revolución de 1848, había desaparecido. La burguesía había decidido alinearse con regímenes autoritarios, oligárquicos o bonapartistas. En este último Engels veía, en última instancia, más bien una excepción, un fallo técnico temporal, posibilitado por una derrota momentánea de la clase obrera y la debilidad política de la burguesía en países con una población mayoritaria de pequeños agricultores (*Ibid.*, p. 71). Ideales liberales como la república, la democracia y los derechos humanos no impedían a la burguesía alinearse con regímenes bonapartistas, lo que, según Engels, distaba de ser original. El «bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía moderna» (Carta a Karl Marx del 13 de abril de 1866, vol. 31, p. 208). La burguesía, especialmente la alemana, no sentía ninguna inclinación al dominio político y se dejó de buen grado dirigir por Bismarck. La burguesía prusiana, según Engels en 1873, «no quiere el dominio político, está podrida antes de haber madurado... sin haber tenido nunca el dominio, está dispuesta a llegar al

33. La obstrucción electoral sigue estando aún hoy extendida en muchos países que cuentan con una constitución democrática. La historia de EEUU desde el fin de la guerra civil en 1865 hasta el día de hoy constituye un ejemplo paradigmático. (Przeworski, A. y Sprague, J., 1988).

mismo nivel de degeneración que la burguesía francesa después de ochenta años de lucha y de haber alcanzado un largo dominio» (1873, vol. 18, p. 295).³⁴

La burguesía podía ser políticamente tan incapaz que la balanza se equilibraba solo en una situación especial, cuando tenía la oportunidad otro actor social y político, en concreto el propio Estado, esto es, su personal, los funcionarios y el ejército, que hacían del Estado una organización capaz y detentaban su verdadera fuerza. El Estado como «aparato» (o como «máquina», como ocasionalmente lo caracterizaban Marx y Engels), tenía de constante la tendencia a asumir una existencia independiente respecto a todas las clases sociales. En el momento de un «equilibrio» en la relación de fuerzas entre proletariado y burguesía, el aparato del Estado podía hacer valer su autonomía.³⁵ Un equilibrio así únicamente estaba llamado a durar mientras el régimen del dominio de los funcionarios absolutistas o bonapartistas se mantuviese cohesionado. La condición fundamental de la vieja monarquía absolutista, de acuerdo con Engels, era un «equilibrio entre la aristocracia terrateniente y la burguesía», la condición fundamental de la nueva monarquía bonapartista, por el contrario, «el equilibrio entre la burguesía y el proletariado». Gracias a este equilibrio de las fuerzas de clase más importantes en la sociedad, la «verdadera fuerza del gobierno», esto es, el poder del Estado, descansa en manos de terceros, una «casta especial de funcionarios y oficiales» formada por diferentes clases de la sociedad, en la que la aristocracia y la burguesía se complementan, y que puede mantener su estatus especial como «casta» mientras se mantenga el equilibrio de fuerzas de clase decisivo (1872-73, vol. 18, p. 258). Engels destacó el carácter excepcional de esta forma de dominio político en varias ocasiones, sin embargo, también señaló que los «períodos... en los que las clases en liza se mantienen tan cerca del equilibrio que la violencia estatal se mantiene como aparente mediador de manera momentánea y con una calculada autonomía respecto a ambos», pueden prolongarse durante décadas, e incluso durante siglos (1894c, vol. 21, p. 167.

34. Engels coincidía con Marx a la hora de juzgar la indiferencia e incompetencia políticas de la burguesía alemana.

35. En el caso del bonapartismo francés, tanto Engels como Marx vieron otra fuerza social como facilitadora del régimen, los desclasados de todas las clases sociales. Como Engels precisaba, los desclasados procedían de todas las clases de la sociedad burguesa, de la que los desclasados del proletariado, el lumpenproletariado, constituía una categoría propia (Marx y Engels, 1873, vol. 18, p. 331).

Engels es atacado duramente hoy sobre todo porque se atrevió a ofrecer una exposición detallada de su noción del Estado, su surgimiento y desarrollo, siguiendo a Marx y yendo más lejos que él. Lo hizo en varias ocasiones: en su polémica con Eugen Dühring, en su breve estudio sobre el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, y una vez más en su trabajo nunca terminado sobre el papel de la violencia en la historia. De tomar estos trabajos de Engels de consuno, se obtiene algo consistente. La teoría del Estado de Engels es mucho mejor que su fama. No se diferencia tanto de la de Marx, en la medida que existe alguna diferencia entre ambas.³⁶ Se puede debatir si y hasta qué punto es correcta la exposición de Engels del origen del Estado y su relación con las primeras diferencias sociales en las sociedades igualitarias originarias.³⁷ Con los conocimientos actuales, sería más apropiado situar el origen del Estado más tarde, en la época de la transición al sedentarismo, a la agricultura y la construcción de ciudades (Scott, J. C., 2019). Más allá de la cuestión del origen histórico del Estado, Engels tenía opiniones muy diferenciadas sobre el Estado moderno, sus múltiples funciones y sus muchas y diferentes formas. Vio en el Estado moderno más bien un elemento del dominio de clase económico y político, pero su concepto del Estado no se reduce de ningún modo a la apreciada y a menudo criticada fórmula del Estado como «máquina del dominio de clase» o, en pocas palabras, el «Estado de clase». El Estado era, no como sabían bien Marx y Engels, sino también los antiguos griegos, la organización del poder y del dominio, el vínculo en una relación de clase. Al mismo tiempo, tenía una existencia material especial más allá de la idea y la ideología de Estado. Como organización de dominio, como ejército y como burocracia, era un actor capaz, desde sus comienzos históricos un agente estratégico en relación a todos los demás, tanto de puertas para afuera como de puertas para adentro. Todo Estado

36. Como hoy se afirma de buen grado apuntando a *La ideología alemana* (inédito en vida de Marx y Engels) y a la *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*, un texto de Marx conservado como fragmento (e igualmente inédito en vida de Marx y Engels). En este sentido, se distorsiona por buenos motivos que Engels fue co-autor de *La ideología alemana* y se olvida la propia crítica de Engels a la filosofía del derecho de Hegel.

37. Engels era plenamente consciente de que no había llevado a cabo una investigación propia, sino vinculado a la suya, esto es, interpretado, los resultados de la investigación de otros, en especial de Lewis H. Morgan. En el prólogo a la cuarta edición de su libro sobre el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado de 1891 presentó con detalle los cambios en el estado de las investigaciones, aunque sólo en relación al desarrollo de las formas de familia (1892d, vol. 22, pp. 211-222).

moderno, mucho más que el Estado premoderno, tiene que cumplir con toda una serie de funciones sociales. Funciones que ninguna empresa capitalista, ningún agente privado, ni siquiera los de mayor tamaño, puede llevar a cabo. En su polémica contra Dühring, Engels distinguió al menos tres funciones que todos los estados desde sus orígenes tenían que cumplir. La primera, velar por los intereses comunes y las preocupaciones de las comunidades formadas de manera natural, compuestas de miembros de un clan o tribu, a las que solo pueden responder cooperando o uniendo sus fuerzas. Como ejemplos, Engels menciona la «resolución de disputas, la represión de vulneraciones del orden cometidas por individuos que van más allá de lo permitido», esto es, los tribunales y la policía; «la supervisión de las aguas, especialmente en los países cálidos», o de la irrigación, hasta llegar a la construcción y mantenimiento de sistemas enteros de riego; y «funciones religiosas», como la construcción y mantenimientos de templos, y organización de una casta de sacerdotes. En segundo lugar, la «protección del exterior», la dirección de la guerra y la organización militar como primera gran tarea común. En tercer lugar, el mantenimiento de una forma de dominio de clase, es decir, de las condiciones de vida de la clase dominante, que con todo están entrelazadas con las de la clase dominada (1894a, vol. 20, pp. 166, 138). Por encima de todo, según Engels, está «el dominio político... una actividad administrativa social subyacente...; el dominio político sólo puede sostenerse a largo plazo si ejecuta esta tarea de administración social» (*Ibid.*, p. 167). Como mero aparato opresor, el Estado moderno no llega muy lejos, tan poco como lo hacía el Estado premoderno.

Debido precisamente a esta necesaria actividad administrativa, que en la moderna sociedad burguesa se torna más onerosa y compleja, el Estado moderno no puede ser un «Estado del capital» puro, y menos aún un «Estado capitalista»: tiene que ir mucho más allá, una conclusión que Engels, no obstante, no explicita. Todo Estado, también el más secular, debe llevar a cabo funciones ideológicas, y todo Estado, también el más liberal, debe llevar a cabo funciones económicas, porque la economía capitalista es cualquier cosa menos un automatismo que se mantiene en marcha por sí mismo. Sobre todo, el Estado debe, como Engels subraya en varias ocasiones, organizar de un modo u otro la cohesión social a partir de las relaciones familiares o la solidaridad tribal. En este punto Engels lleva su tesis sobre el origen del Estado a partir de la disolución de las sociedades primigenias más allá, afirmando que

las primeras formas del Estado surgieron (o fueron inventadas) para proteger a la sociedad de las tensiones de la división en clases sociales surgida, esto es, de una guerra civil abierta como consecuencia de una intensificación de la lucha de clases (1894c, vol. 21, p. 163). Esta es, pues, la cuarta función elemental del Estado de acuerdo con Engels: la integración social, la pacificación de los conflictos sociales internos, su atenuación y su civilización. Esta función original, de aportar un mínimo de cohesión social a una sociedad que podría desgarrarse por sus contradicciones sociales internas, se volvió cada vez más importante en las modernas sociedades burguesas. Aunque Engels no saque esta conclusión de manera explícita, su caracterización de la sociedad moderna se acerca a ella. Engels describió ya en su juventud la sociedad de la competencia como una guerra social: «En esta guerra de todos contra todos, en este desorden general y explotación mutua se basa la esencia de la actual sociedad burguesa» (1845b, vol. 2, p. 556). En consecuencia, la pacificación y regulación de esta guerra social interna (a diferencia de la organización de las guerras externas, contra otras sociedades con las que se rivaliza) se convierte en una tarea central del Estado. Y ello, según Engels, también cuando la nueva burguesía, como clase, está capacitada para el dominio político. También en ese momento el Estado recibe la tarea, en el sentido de la citada expresión de Engels del «capitalista colectivo», de proteger algo así como el interés común de la burguesía contra los intereses de capitalistas individuales, de empresas y corporaciones, y de sectores del capital de la clase propietaria.

Engels nunca desarrolló sistemáticamente su teoría política, del mismo modo que apenas lo hizo Marx. Se la encuentra en una miríada de estudios históricos y artículos de prensa, con frecuencia escritos sobre cuestiones puntuales. Sin embargo, como pensador político tuvo una enorme influencia en los intelectuales y el movimiento obrero socialistas de su época. La oportunidad como político le llegó a Engels tras la muerte de Marx. Como profesor y mentor, como consejero, sobre todo de la socialdemocracia alemana, pero también de la Segunda Internacional, que ayudó a impulsar en 1889. Sin él, esta no hubiese seguramente existido. Sin sus numerosos vínculos con dirigentes obreros, intelectuales y sindicalistas en toda Europa apenas se hubiera podido poner en pie. Militante del partido solo lo fue por poco tiempo, raramente ocupó cargos políticos y por poco tiempo, también, y como periodista fue anónimo la mayor parte del tiempo. En su vejez se convirtió en el solicitado sumo pontífice del movimiento socialista en Europa y más allá. Con

creciente éxito difundió sus puntos de vista y los de Marx, el Programa de Erfurt del SPD de 1891 fue el primer programa claramente «marxista» de un partido de masas y el mayor éxito político de Engels. Con él, el SPD, un partido de masas bien organizado, fue el partido socialista dirigente en Europa y en el mundo. Engels fue lo suficientemente inteligente y modesto como para mantenerse en un segundo plano, pero los teóricos socialistas más destacados de su época tenían las orejas pres-tas a escucharlo.

Sin utopías ningún gran movimiento social puede salir adelante. Tan necesarias como las imágenes del futuro son los valores y las convicciones. Engels nunca discutió esto. Sin embargo, quiso y propagó un socialismo «científico» como faro para la joven socialdemocracia. Lo que se suponía que iba a hacer del socialismo una «ciencia» era la visión bien fundada de las muy diferentes «posibilidades socialistas» de hoy y de mañana. A ellas pertenecía el amargo reconocimiento de que las revoluciones no se hacen a discreción y que un desarrollo socialista en ocasiones es imposible o, en cualquier caso, no puede ser aún posible. La cuestión sobre las condiciones necesarias y suficientes, tanto materiales como intelectuales, las condiciones mentales y morales para una gran revolución social, no pueden evadirse fácilmente. Este juicio lo expresó con claridad Engels en uno de sus primeros escritos históricos, su estudio sobre las guerras campesinas en Alemania, redactado en 1850 en el exilio inglés: los movimientos de masas revolucionarios pueden fracasar, los intentos revolucionarios pueden producirse fuera de tiempo y con unas bases insuficientes. Si los revolucionarios alcanzan el poder entran en un círculo vicioso: lo que pueden hacer contradice sus principios y los intereses de su partido o movimiento, y lo que quieren hacer no puede ponerse en obra (1850a, vol. 7, p. 401). La advertencia de Engels rara vez fue tomada en serio. Como tampoco su creciente escepticismo hacia la posibilidad de planear y llevar a cabo una revolución, como manifestó ocasionalmente en su correspondencia privada. «La gente que alardea de *haber hecho* una revolución han visto siempre al día siguiente que no sabían qué hacían, que la revolución *hecha* no se parecía para nada a la que ellos querían hacer» (Carta a Vera Zasúlich, abril de 1885, vol. 36, p. 307). En el borrador de esta carta se encuentra la frase «quizá es algo que nos pasará a todos», que Engels, no obstante, tachó (*Ibid.*).

La cuestión de la alternativa, de la formación de una futura sociedad y economía más allá del capitalismo, no puede responderse

científicamente de manera clara y, sobre todo, definitiva. Engels se encomienda a la experimentación y el espíritu inventor de quienes vendrán después de él. «No tenemos una meta definitiva», respondió en 1893 en una entrevista, «no somos evolucionistas, no tenemos la intención de dictar a la humanidad leyes definitivas» (Entrevista con el corresponsal del periódico *Le Figaro*, 8 de mayo de 1893, vol. 22, p. 542). Más allá de todos los escritos sobre el capitalismo, a sus ojos nada podía conducir al mejor de los mundos posibles, como si estuviese ya dispuesto, sino que debía experimentarse, poner a prueba y reconstruir en el campo libre de las posibilidades, asumiendo el riesgo de fracaso. En eso Engels seguía siendo el viejo socialista democrático de 1848. Hoy, escribió en 1895, las revoluciones han dejado de ser posibles como una empresa ejecutada por un pequeño comité de vanguardistas. De lo que se trata, hoy, es de que la inmensa mayoría se dé cuenta, por sí misma, de qué ocurre y de qué ha de emanciparse. Las dictaduras educativas socialistas son contraproducentes, y eso en el mejor de los casos.

Leer a Engels en el siglo XXI

¿Vale la pena, hoy, leer los textos del polifacético Engels? ¿Puede aprenderse algo de ellos que nos sirva en nuestros días? Ciertamente, Engels fue un hombre de radiante estilo. Un constructor de sistemas, desde luego, pero no un ideólogo. No encaja en ninguna categoría: no fue sin duda un positivista, pero tampoco un esotérico que se dedicase a la exégesis de Marx. Bien al contrario, hizo todo lo posible por continuar el trabajo iniciado por Marx. No se le puede responsabilizar por lo que han hecho de su legado y el de Marx socialistas, comunistas y marxistas de todos los colores. A la mayoría de quienes dentro de estos grupos se consideraban ortodoxos o hoy apelan a conclusiones insuperables ya se opuso expresamente en su época.

Quien quiera leer a Engels debe atenerse a algunas cosas. Engels se tomó muy en serio su programa de un socialismo «científico». Del breve compendio de la interpretación materialista de la historia (en el prólogo a la *Crítica de la economía política* de 1859), tantas veces mal entendido, se alejó en varios intentos. Las diversas exposiciones del programa de investigación conjunto –escrito en los últimos años de su vida, en no menos de cuatro intentos– son mucho más iluminadoras que los trabajos más breves de Marx. Las formulaciones más

avanzadas e incomprensibles de lo que más tarde se llamaría «materialismo histórico» se encuentran en Engels, no en Marx. Quien quiera saber cómo Engels vio en su vejez el programa de investigación que había redactado con Marx en 1845-1846 en forma polémica, debería leer la conclusión a su escrito sobre *Ludwig Feuerbach y el fin de la economía clásica alemana* de 1866. Allí se encuentra el esbozo más extenso de «la interpretación de la historia de Marx» que tenemos de Marx o de Engels. Allí Engels expresó de la manera más certera en qué debería consistir la nueva dirección de la historia social positiva, empírica e histórica: en el intento de comprender «toda la historia de la sociedad» con la ayuda de la «historia del desarrollo del trabajo [como] clave» (1885d, vol. 21, pp. 305, 307).

De Engels, a sus doscientos años, puede hoy aprenderse lo que es una crítica al capitalismo apropiada o cómo tener las ambivalencias del desarrollo capitalista en mente. Sin conocer su fin, sin hacer aspavientos o apostar a una revolución. Del caos rara vez surge una alternativa mejor y las revoluciones, con suficiente frecuencia, acaban desarrollándose de manera muy diferente a la que sus actores tenían en mente. Engels lo sabía y por ello era cualquier cosa menos un revolucionario romántico. De él puede aprenderse lo que es la investigación social empírica guiada por una teoría. De él puede aprenderse a pensar histórica e interdisciplinariamente, sin falsas reverencias a las tradiciones y las autoridades. De él puede aprenderse a comprender la idiosincrasia de la guerra y los ejércitos, incluso entender el Estado y sus acciones, sin pontificar sobre ello. De él puede aprenderse algo sobre las relaciones entre la cuestión ecológica y la social. De él puede aprenderse a tomarse seriamente la opresión y explotación de las mujeres. De él puede entenderse, con ironía, con ingenio y con una buena dosis de escepticismo ilustrado, a trabajar, con diligencia, para mejorar el mundo.

El «testamento» político de Friedrich Engels

Quien en los setenta y más tarde se viese obligado en la vieja República Federal Alemana (RFA) a demostrar su lealtad a la Constitución y se encontrase bajo sospecha de ser un enemigo de la misma, se acordará bien del «Engels tardío». Descartar otro orden económico y social es acorde al texto constitucional, mientras que derrocarlo por la vía de la violencia no lo es. Como joven izquierdista, uno siempre podía apelar al

«Engels tardío» para presentarse como amigo del orden constitucional, aunque con perspectivas radicales.

Con el «Engels tardío» nos referimos sobre todo a un texto que Friedrich Engels escribió a comienzos de 1895, pocos meses antes de su muerte: la introducción a la nueva edición de *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* de Karl Marx. Quiso la fortuna que este fuese el texto más importante que Engels escribiera y publicara antes de su muerte. Nunca fue pensado como su «testamento político»: este cuestionable título lo recibió a través de una serie de casualidades.

Nunca estuvo Engels tan cerca del SPD y sus partidos hermanos en Europa como en los últimos cinco años de su vida. Sin Engels apenas hubiera sido posible la afortunada refundación, contra todas las expectativas, de una internacional de partidos socialistas y socialdemócratas en el verano de 1889. En los primeros años de la posteriormente llamada «segunda» Internacional, antes de que hubiese una organización formal y unas oficinas conjuntas en Bruselas, muchos de los contactos entre los partidos socialistas en Europa y Norteamérica se canalizaban a través de Engels. Fue él quien mantuvo correspondencia con todos quienes en el movimiento socialista se habían labrado un nombre y ocupaban un cargo de importancia, con Kautsky, Bernstein, August Bebel y otros miembros de la dirección del SPD, con Viktor Adler, con Domela Nieuwenhuis, con Filippo Turatti, con Pablo Iglesias, con Paul Lafargue y muchos otros.

En 1890 se abolieron las leyes antisocialistas y el SPD pudo volver a funcionar en el Imperio alemán con normalidad. Engels estaba entusiasmado con esta situación, en la que veía el comienzo de una nueva etapa política en Alemania, una que exigía otro lenguaje político y otra estrategia y táctica políticas. En el Congreso de Erfurt de 1891 consumó una jugada maestra y consiguió que, por vez primera, un partido de masas europeo, con cientos de miles de afiliados y votantes, como era el SPD, adoptase un programa decididamente socialista, claramente influido por el «socialismo científico» de Marx y Engels. Engels consideraba al SPD como el centro, las tropas de asalto más importantes del movimiento obrero europeo e internacional. A él dedicó toda su atención. Y para engrosar las filas de los socialistas y marxistas era necesario no solamente terminar el esperado tercer volumen de *El capital*, sino volver a publicar muchos de los escritos de Marx que desde hacía tiempo estaban fuera de circulación y apenas eran conocidos.

La lucha de clases en Francia de Marx

Engels no pudo disimular su entusiasmo cuando Richard Fischer, el director de la editorial *Vorwärts*, le preguntó si estaba dispuesto a prologar una edición de la serie de artículos que Marx publicó originalmente con el título «De 1848 a 1849» en *La nueva gaceta renana. Periódico económico y político*. Engels aceptó el encargo y escribió el texto, una introducción detallada en vez de un breve prólogo, entre el 14 de febrero y el 8 de marzo de 1895. Para la reedición de lo que originalmente se trataba de tres artículos, añadió al final una cuarta parte, una crónica de mayo a octubre de 1850 que había escrito con Marx. El resultado, como escribió a Richard Fischer, era un «capítulo por derecho propio» y un «cierre concluyente, sin que queden fragmentos sueltos» (13 de febrero de 1895, vol. 39, p. 410). Para estos textos recomendó el título de *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, que hoy se utiliza.³⁸ Con este título se publicó también en abril de 1895 como folleto con la introducción de Engels, con una edición de 3.000 ejemplares.

A comienzos de diciembre de 1894, el canciller del Reich, el príncipe [Chlodwig] von Hohenlohe-Schillingfürst, presentó una nueva propuesta de ley dirigida contra la agitación socialdemócrata (*Umsturzvorlage*). La dirección del SPD reaccionó con nerviosismo a lo que podía llegar a ser una nueva versión de las leyes antisocialistas. Engels estaba, en consecuencia, dispuesto a ceder a la voluntad de cambio de la dirección del partido. Juzgaba sin embargo que algunas de sus preocupaciones eran exageradas y advirtió de la posibilidad de asumir una línea de «absoluta legalidad, de legalidad a cualquier precio», y asimismo contra abiertas violaciones de la Constitución y acciones golpistas. Pero las afirmaciones de Engels cayeron en oídos sordos. Engels se quejó a Kautsky de que su texto «había sufrido algo bajo las cavilaciones de nuestros amigos de Berlín, temerosos de la aprobación de la nueva ley, cuyas preocupaciones he habido de tener en cuenta» (8 de marzo de 1895, vol. 39, p. 424; 25 de marzo de 1895, vol. 39, p. 446). Sin embargo, Wilhelm Liebknecht tomó el texto de Engels, lo adaptó por su propia cuenta y lo publicó en *Vorwärts*. Engels protestó enérgicamente contra esta versión abreviada y no autorizada de su texto, «podado de tal

38. Marx y Engels comenzaron de inmediato en 1850, en el exilio británico, un nuevo proyecto de periódico, la continuación de la *Nueva gaceta renana*, esta vez como *Revista político económica*. En cada número analizaban y comentaban los principales acontecimientos económicos y políticos de los últimos meses.

manera que prácticamente aparezco como un dócil idólatra de la legalidad *quand même*» (1 de abril de 1895, vol. 39, p. 452). Kautsky se preocupó de que la introducción de Engels se publicase en una versión autorizada en *Die Neue Zeit*. De este modo se difundió en el menor tiempo posible en los círculos socialistas internacionales.³⁹

Hubo, por lo tanto, tres versiones del texto de Engels: la versión original; la editada, en la que algunos pasajes fueron eliminados con el conocimiento y consentimiento de Engels; y la no autorizada, recortada por Wilhelm Liebknecht. Esta cuestión se volvió candente cuando, tras la muerte de Engels, su introducción fue presentada por algunos partidarios del revisionismo como una prueba de que el propio Engels había abandonado en su vejez las fantasías revolucionarias de su juventud. Kautsky y otros contradijeron esta osada interpretación, que únicamente podía justificarse acudiendo a la versión del texto de Liebknecht, pero no al texto publicado con la autorización de Engels. La polémica se reavivó de nuevo cuando David Riazánov, el director del Instituto Marx-Engels de Moscú, encontró el manuscrito original en los archivos de Engels y lo publicó en 1925. Con la publicación pudieron reconstruirse los cambios que el propio Engels había llevado a cabo, en parte de manera voluntaria y en parte a regañadientes.⁴⁰ La acusación de que los revisionistas del SPD habían falsificado las afirmaciones de Marx la pudo refutar Kautsky sin problemas.⁴¹

Engels después de Marx

¿Cómo pudo un texto relativamente corto de Engels llegar a convertirse en la manzana de la discordia? En 1895 el viejo Engels era una leyenda, el eslabón vivo que conectaba con Marx, el único, a pesar de su

39. La introducción de Engels tuvo una influencia en los debates durante la segunda sesión sobre la aprobación de la ley en el Reichstag. Diputados liberales como Theodor Barth la citaron como prueba de que los socialdemócratas no perseguían ninguna «política violenta». Ignaz Auer y August Bebel se refirieron a ella con aprobación en sus discursos en el Reichstag y la citaron (veáanse los protocolos estenografiados sobre los debates en el Reichstag, IX legislatura, 3 sesión, 1894-1895, vol. 1, Berlín 1895, p. 2143-2150, 2227). La ley fue finalmente rechazada.

40. En la edición de la MEW los pasajes eliminados se incluyeron entre comillas angulares.

41. Karl Kautsky, *Engels politisches Testament*, en *Der Kampf* (vol. 18, 1925, núm. 12, pp. 472-478).

«exorbitante modestia», que podía hablar con conocimiento de causa en nombre de Marx, la autoridad suprema en cuestiones del «marxismo», que, sin él, nunca hubiera existido.⁴² Desde el verano de 1844 había sido el más íntimo amigo de Marx y un estrecho colaborador, ambos habían tenido hasta el final numerosos proyectos conjuntos. Él, el mánager y el capitalista, el autodidacta sin titulación académica que se había labrado un nombre como escritor y periodista, el «general» —como lo llamaban sus amigos—, la eminencia de los socialdemócratas en el ámbito militar.⁴³ Sin embargo, Engels se veía ante todo como el administrador de la herencia de su fallecido amigo, y la edición del segundo y tercer volumen de *El capital* (en 1885 y en 1894, respectivamente), como su trabajo más importante. Debido a la inexistencia de un escrito de la misma extensión y profundidad de Marx sobre la política y el Estado, fue Engels quien, en su voluminosa correspondencia y en pequeños escritos, a menudo introducciones a las nuevas ediciones de los viejos escritos de Marx y suyos, contribuyó decisivamente a aclarar estas cuestiones centrales para el movimiento socialista en Europa.

La introducción de Engels de 1895

Este texto no trata en un primer momento sobre política, sino sobre ciencia: la serie de artículos de Marx fue la primera muestra, el primer intento, «de aclarar un episodio histórico contemporáneo por medio de su [de Marx] interpretación materialista de la historia a partir de la situación económica existente». Se trata de «mostrar, en el curso de varios años, y para toda Europa, el desarrollo crítico así como típico de las relaciones causales internas, esto es... explicar los acontecimientos políticos como resultado, en última instancia, de causas económicas».⁴⁴ No era tarea fácil, toda vez que «no puede obtenerse una visión general de la historia económica de un período dado mientras se desarrolla, sino solamente *a posteriori*, tras una esmerada recolección y examen del

42. Sin embargo, a Engels no le satisfacía el término de «marxismo» inventado por los bakuninistas y otros adversarios de Marx, y sabía perfectamente que Marx se había guardado con todas sus fuerzas de ser visto como un «marxista».

43. Véase, por ejemplo, su folleto del año 1893, «¿Puede Europa desarmarse?» (1893, vol. 22, pp. 371-399).

44. Friedrich Engels, *Introducción* [A *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* de Karl Marx] (1895a, vol. 22, p. 509).

material». En consecuencia, para Engels «el método materialista» ha de limitarse a los análisis históricos. El éxito no irá más lejos que probar que «los conflictos políticos» están relacionados con «las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clase surgidas del desarrollo económico» y los agentes las gestionan (como los partidos políticos), que «son una expresión más o menos adecuada de estas... clases y fracciones de clase». Marx consiguió, gracias a sus conocimientos precisos de la historia política y económica de Francia, ofrecer «una presentación de los acontecimientos» que revela «sus relaciones internas de una manera que hasta entonces no se había logrado» (op. cit., pp. 509, 510).⁴⁵ Así se refirió Engels al siguiente trabajo de Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte* de 1852, en el que continuó este análisis del curso de los acontecimientos hasta el golpe de Estado de Napoleón III y el declive de la Segunda república francesa (op. cit., p. 511).

Un análisis de política contemporánea no es una teoría general: tiene una validez histórica limitada. Engels expuso, de manera crítica, la perspectiva históricamente limitada que él y Marx compartían en 1850. Como demócratas radicales y comunistas, tenían en mente la historia de la Revolución francesa y estaban bajo el influjo de este enorme modelo y esperaban de la revolución europea, que comenzó con la revolución de febrero de 1848 en París, un recorrido similar. Se equivocaron por completo. Engels quería aclarar, en consecuencia, a los lectores del año 1895 por qué «entonces estábamos justificados a la hora de pensar en una victoria próxima y definitiva del proletariado, por qué ésta no se produjo y hasta qué punto los sucesos de entonces han contribuido a que hoy veamos las cosas de otra manera a cómo las veíamos entonces» (Carta a Paul Lafargue, 26 de febrero de 1895, vol. 39, p. 412). En otoño de 1850 se dieron cuenta de que el período revolucionario se había acabado, aunque esperaban una continuación, una nueva oleada revolucionaria de acuerdo con el patrón de las anteriores, desencadenada por una «nueva crisis económica mundial» (1893, vol. 22, p. 513).

45. Aquí puede verse que Engels, a diferencia de los filósofos marxistas, no veía la prueba de la necesidad de la nueva teoría en las reflexiones generales sobre el concepto de la praxis o la historia, sino en las investigaciones empíricas sobre historia y la historia contemporánea de las luchas políticas y sociales reales en los países capitalistas. La total ausencia de estas investigaciones contemporáneas, pareja al exceso de reflexiones puramente filosóficas sobre la teoría marxista como tal, es la carencia fundamental del «marxismo» actual.

Pero, continuaba Engels, «la historia nos desmintió, a nosotros y a todos los que pensaban de manera parecida» (Ibid., p. 515). La situación del desarrollo económico, en especial el industrial, en Europa todavía no había evolucionado en 1848 como entonces suponían. El enérgico desarrollo del capitalismo industrial, que arrancó a partir de 1848, la revolución económica y sobre todo industrial que se apoderó de todo el continente europeo, mostró que el capitalismo moderno se encontraba aún lejos de su fin y que, más bien al contrario, se encontraba al comienzo de su desarrollo. También que el desarrollo hacia formas políticas modernas, hacia el Estado nacional y la república, no se había completado. El breve episodio de la Comuna de París de 1871 demostró una vez más hasta qué punto el gobierno de la clase trabajadora en Europa era entonces imposible (Ibid., pp. 516, 517).

De todo ello Engels concluyó, sin ambages, que «el estilo de combate de 1848 hoy está desfasado en todos sus aspectos», especialmente la «rebelión al viejo estilo, la lucha callejera con barricadas, que hasta 1848 fue determinante». Las condiciones, totalmente diferentes, permitían y exigían una «un estilo de combate del proletariado por completo nuevo» (Ibid., p. 513, 519). Uno que no podía orientarse más a los modelos de 1789, 1830 y 1848.⁴⁶

La nueva estrategia y táctica, ¿cómo ganará la socialdemocracia?

Engels desarrolló en pocas páginas la estrategia que hoy se describiría con la expresión «guerra de posiciones» de Gramsci: la estrategia de una conquista lenta del poder, paso a paso, de posición en posición, de largo aliento.⁴⁷ Esta estrategia era posible y necesaria ante una nueva constelación, con la emergencia de los partidos de masas socialistas, la introducción del voto universal masculino en diferentes países europeos y los cambios en la tecnología militar. Para Engels fue decisivo que los

46. «La era de las barricadas y la lucha en la calle es para siempre historia... Estamos obligados a encontrar una nueva táctica revolucionaria. Es algo en lo que llevo cierto tiempo reflexionando sin haber llegado a ninguna conclusión», escribió Engels en 1892 a Paul Lafargue (3 de noviembre de 1892, vol. 38, p. 505).

47. La diferencia entre «guerra de posiciones» y «guerra de movimientos», que hoy se asocia al nombre de Gramsci, la desarrollaron décadas atrás Engels y otros. En este aspecto, como dicho sea de paso en muchos otros, Gramsci no reviste ninguna originalidad.

partidos obreros hubiesen aprendido a utilizar el sufragio para hacer campaña en las elecciones a todos los niveles, desde los parlamentos nacionales hasta los «parlamentos regionales, consejos municipales y tribunales para la resolución de disputas laborales», para «disputar cada puesto» a la burguesía, hacerse oír en la opinión pública con sus propia prensa y órganos de expresión, y también a utilizar el parlamento para influir en la opinión pública, en pocas palabras, para llevar a cabo sus luchas políticas de manera legal, en el marco de la constitución y el código penal. Engels confiaba en que los grandes partidos obreros seguirían desarrollando esta estrategia y que todos los socialistas aprenderían que se requiere un «trabajo largo, perseverante», el del «trabajo prolongado de la propaganda» y de «la actividad parlamentaria» continua, para llegar al objetivo. Esta labor tediosa es necesaria ya que la revolución socialista no puede ser ningún «ataque sorpresa», una toma del poder a manos de una pequeña minoría «al frente de las masas inconscientes», sino que deben ser «las masas», esto es, ante todo la clase obrera, quienes, activamente, trabajen con ese fin, y en consecuencia se den cuenta de qué se trata una revolución, que al fin y al cabo han de llevar a cabo ellos mismos (1893, pp. 519, 523).

Engels se opuso claramente a las tácticas encaminadas a una toma de poder mediante una insurrección o un golpe de Estado, y no solamente por razones de tipo militar. Se trataba también de un argumento ético y moral contra una táctica que consideraba a las masas de trabajadores como la infantería y carne de cañón de la revolución. Teniendo en cuenta el estado de la tecnología militar contemporánea, los intentos insurreccionales apenas tendrían posibilidades de éxito mientras el ejército estuviese intacto y los soldados obedeciesen a sus oficiales. Engels advirtió a todos los partidos socialistas contra la tentación de dejarse llevar por golpes de fuerza y provocaciones que únicamente podían llevar a dolorosas derrotas que terminaban en un derramamiento de sangre, como en París en 1871, y hacían retroceder décadas al movimiento obrero. Las organizaciones socialistas de masas se ajustan mejor al movimiento obrero cuando pueden operar en marcos legales, utilizar inteligentemente la legislación y avanzar posiciones, poco a poco, en el Estado y en la sociedad. La «tarea principal» del SPD era mantener intacto el movimiento y sus organizaciones de masas, con millones de afiliados y simpatizantes, y no dejarse llevar a escaramuzas, hacer crecer su poder político con medios legales y pacíficos hasta convertirse «en la fuerza decisiva en el país», una fuerza, que «crece

desde la cabeza» del sistema político existente (Ibid., pp. 523, 524, 525). Engels dejó abierto qué sucedería cuando el movimiento obrero se hubiese convertido en la mayor fuerza en el Estado. Terminó su introducción con una analogía histórica, comparando el ascenso del cristianismo en el Imperio romano de secta a religión de Estado (Ibid., pp. 526, 52).⁴⁸ Conviene detenerse en esta analogía, pues muestra claramente que Engels veía la lucha política de la socialdemocracia como un arduo combate por la hegemonía en el Estado y la sociedad en la que al final se impondría el movimiento obrero, ya que sus ideas, sus valores y objetivos serían los dominantes.

En algunos pasajes eliminados de su manuscrito también hablaba de cómo podrían ser las futuras luchas en las calles: estas podrían aún ocurrir, pero lo harían bajo condiciones mucho menos favorables que antes. Lo decisivo sería algo completamente diferente: si el movimiento socialista seguía creciendo como hasta la fecha, entonces, en un tiempo razonable, la gran mayoría de los soldados reclutados se compondría de jóvenes socialistas y, en consecuencia, no podrían desplegarse ya contra el propio pueblo. Por supuesto, como buen demócrata Engels no renunció al derecho a resistencia en un caso que consideraba probable: violaciones abiertas del derecho constitucional y golpes de Estado por parte de las fuerzas dominantes que no vieses otra manera de evitar el éxito legal del movimiento de masas de los socialistas. Pero sobre lo que habría que hacer en esa situación era preferible entonces guardar silencio (Ibid., pp. 522, 525, 526).

El «revisonismo» de Engels: ¿Cambió Engels sus posiciones políticas?

En verdad así lo vieron muchos de quienes veían a Engels, y sobre todo a Marx, como peligrosos revolucionarios. Los partidarios en el SPD de la táctica de quedarse quietos y esperar se sintieron reafirmados. Sin embargo, Engels destacó que la táctica pacífica y legal de las campañas electorales y el trabajo parlamentario solo tenía sentido

48. Sin embargo, en su correspondencia privada habló del momento en el que «seríamos tan fuertes como para proceder a legislar en positivo», es decir, no excluyó en ningún caso un trabajo parlamentario y legislativo (Carta a Edouard Vaillant, 5 de marzo de 1895, vol. 49, p. 420).

en determinados países y bajo determinadas condiciones.⁴⁹ Por descon-
tado, únicamente allí donde hubiese sufragio universal y las normas de
juego democráticas fuesen respetadas por las clases dominantes. Pero
de que eso es algo que no siempre harían, Engels estaba convencido.

La estrategia de la guerra de posiciones y la táctica de la acción le-
gal y pacífica de acuerdo con las normas del juego democrático llega-
rían a su fin, porque las clases dominantes recurrirían a la violencia
mucho antes de que el partido socialista alcanzase la mayoría y llegase,
así, al gobierno. Esto trasladaría la situación «del terreno de las mayo-
rías electorales al terreno de la revolución» (Respuesta al apreciado Gio-
vanni Bovio, vol. 22, p. 580).⁵⁰

Esta posición distaba de ser nueva. Engels había escrito en 1891 que
las revoluciones pacíficas, en formas democráticas, legales, eran imagi-
nables en algunos países, como Francia, EEUU o Reino Unido, países
donde «los parlamentos concentran todo el poder y puede hacerse en
los márgenes de la constitución lo que se quiera, siempre que se cuente
con el respaldo del pueblo» (1891b, vol. 22, p. 234). Marx dijo exacta-
mente lo mismo en Ámsterdam en 1872: en algunos países como EEUU,
Reino Unido y acaso los Países Bajos podría ser posible «que los obre-
ros alcanzasen su objetivo por vías pacíficas», lo que depende de las «ins-
tituciones, las costumbres y las tradiciones de cada país» (1871, vol. 18,
p. 160). Y veinte años antes, en 1852, Marx había escrito que la aproba-
ción del sufragio universal en Inglaterra era «una conquista de conte-
nido socialista» porque conduciría inevitablemente «*al dominio político
de la clase obrera*» (1852, vol. 8, p. 344).

Marx y Engels estaban convencidos de que la república democrá-
tica era la forma definitiva y más elevada de la sociedad burguesa, en la
que se libraría la moderna lucha de clases hasta que se decidiese esta.
Es claro, según Engels en 1891, «que nuestro partido y la clase obrera
únicamente puede alcanzar el poder bajo la forma de la república de-
mocrática» (1891b, vol. 22, p. 235). En su texto de 1895, Engels elogió

49. «Esta táctica la recomiendo solamente para la *Alemania actual*, y ello *con conside-
rables reservas*. Esta táctica, en su totalidad, no se ajusta a Francia, Bélgica, Italia
y Austria, y para Alemania podría ser inaplicable mañana mismo» (Friedrich
Engels, Carta a Paul Lafargue, 3 de abril de 1895, vol. 39, p. 458).

50. En su artículo «El socialismo en Alemania», que apareció en *Die Neue Zeit* en
1892, se expresó inequívocamente sobre esta posibilidad: la «burguesía y su go-
bierno» en el Reich alemán serían los primeros en vulnerar la ley y el derecho
para impedir el ascenso de la socialdemocracia: «Que nadie lo dude: ellos *serían
los primeros* en disparar» (Engels, 1890-1891, vol. 22, p. 251).

los enormes progresos que podría hacer el partido y movimiento socialdemócratas bajo las entonces limitadas condiciones del Imperio alemán. ¡Qué progresos no habrían de conseguirse, pues, bajo las condiciones de una república democrática! Engels y Marx se habían opuesto repetidamente con anterioridad a la fraseología revolucionaria, y eso y no otra cosa fue, en verdad, el motivo principal de su disputa con los anarquistas.

Entre el viejo Engels, el consejero de un movimiento de masas internacional, que ya era una potencia en Europa, y el joven revolucionario, que participó en la insurrección de Baden de 1848-1849, no hay ninguna ruptura. Ambos, el viejo y el joven, partían del histórico «derecho a la revolución», pues todos los estados presentes (y los pasados) han surgido de revoluciones: Bismarck era un revolucionario, como Robespierre, y podían surgir nuevas formas políticas tanto de «revoluciones desde abajo» como de «revoluciones desde arriba». Todo pueblo tiene el derecho de modificar la forma de Estado y gobierno, dotarse de una nueva constitución u otra república, incluso aspirar y poner en obra una nueva forma de democracia política. El viejo como el joven Engels partían del «derecho a la resistencia» democrático original contra el recurso a la fuerza de las clases dominantes. Y ambos, el joven como el viejo, se guardaban con celo de los «alquimistas de la revolución», que jugaban con la insurrección y la vida de decenas de miles de personas. Incluso la huelga general, una de las ideas preferidas de los anarquistas, la consideraba Engels un espejismo.

Bibliografia citada

- Allen, R. C. (2009), *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge.
- (2017), *The Industrial Revolution: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford.
- Altvater, E. (2015), *Engels neu entdecken*, VSA, Hamburgo.
- Beckert, J. (2014), *King Cotton. Eine Geschichte des globalen Kapitalismus*, Verlag C. H. Beck, Múnich.
- Bernstein Eduard «Zur dritten Auflage von Fr. Engels 'Herrn Eugen Dühring's Umwälzung der Wissenschaft'», en *Die Neue Zeit*, año 13, 1894-1895, vol. 1, núm. 5.
- Berger, M. (1977), *Engels, Armies and Revolution*, Archon Books, Hamden.
- Bleuel, H. P. (1981), *Friedrich Engels. Bürger und Revolutionär*, Berna-Múnich.
- Buret, E. (1840), *La misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, Chez Paulin, Libraire, París.
- Carlton, G. (1965), *Friedrich Engels – the shadow prophet*, Pall Mall Press, Londres.
- Carvell, T. (1981), *Engels*, Oxford University, Inglaterra,
- (1983) *Marx and Engels, Their intellectual relationship*, Indiana University Press, Bloomington.
- (1984), «Marx, Engels and Scholarship», en *Political Studies*, XXXII, 249-256.

- Claeys, G. (1984), «Engels's *Outlines of a critique of political economy* . (1843) and the origins of the Marxist critique of capitalism», en: *History of Political Economy*, Vol. 16, No 2, pp. 207 – 232.
- Engels, F. (1839), *Briefe aus dem Wuppertal*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, volumen 1, Berlín.
- (1842a), *Anti-Schelling* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, volumen 41, Berlín.
- (1842b), *Tagebuch eines Hospitanten* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, volumen 41, Berlín.
- Engels, Friedrich (1843): *Briefe aus London*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 1, Berlín 1964.
- (1844a), *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, volumen 1, Berlín.
- (1844b), *Die Lage Englands*, en: Karl Marx / Friedrich Engels, *Werke*, vol. 1, Berlín 1976, pp. 550 - 592.
- (1844c), *Die Lage Englands*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 1, Berlín 1964.
- (1845a), *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 2, Dietz Verlag 1990, Berlín.
- (1845b), *Zwei Reden in Elberfeld*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 2, Dietz Verlag 1990, Berlín.
- (1847a), *Die Kommunisten und Karl Heinzen*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 4, Dietz Verlag 1964, Berlín
- (1847b), *Grundsätze des Kommunismus*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 4, Dietz Verlag 1964, Berlín.
- (1847c), *Der Status quo in Deutschland*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 4, Dietz Verlag 1964, Berlín.
- (1850a), *Der deutsche Bauernkrieg* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag, Berlín.
- (1850b), *Die deutsche Reichsverfassungskampagne* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag, Berlín.
- (1850c), *Die englische Zehnstundenbill* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag, Berlín.
- (1851), *Bedingungen und Aussichten eines Krieges der Heiligen Allianz gegen ein revolutionäres Frankreich im Jahre 1852*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag, Berlín.
- (1852a), *Revolution und Konterrevolution in Deutschland (1852)* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 8, Dietz Verlag, Berlín.

- (1852b), *Die wirklichen Ursachen der verhältnismäßigen Inaktivität der französischen Proletarier im vergangenen Dezember* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 8, Dietz Verlag, Berlín.
- (1852c), *England*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 8, Dietz Verlag, Berlín.
- (1857), *Die Armeen Europas*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 14, Dietz Verlag, Berlín.
- (1855), *Armee*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 11, Dietz Verlag, Berlín.
- (1859a), *Karl Marx „Zur Kritik der Politischen Ökonomie“ (1859)* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 12, Dietz Verlag, Berlín.
- (1859b), *Po und Rhein*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 13, Dietz Verlag, Berlín.
- (1860), *Savoyen, Nizza und der Rhein*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 13, Dietz Verlag, Berlín.
- (1860-61), *Die Geschichte des gezogenen Gewehrs*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 15, Dietz Verlag, Berlín.
- (1865), *Die preussische Militärfrage und die deutsche Arbeiterpartei*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 16, Dietz Verlag, Berlín.
- (1868), *Konspekt über „Das Kapital“ von Karl Marx, Erster Band*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 16, Berlín: Dietz Verlag.
- (1870), *Die Geschichte Irlands* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 16, Dietz Verlag 1964, Berlín.
- (1872-73), *Zur Wohnungsfrage* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 12, Dietz Verlag, Berlín.
- (1873), *Die „Krisis“ in Preußen*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 18, Dietz Verlag, Berlín.
- (1877), *Taktik der Infanterie aus den materiellen Ursachen abgeleitet*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 20, Dietz Verlag, Berlín.
- (1878), *Anti-Dühring*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 2, Dietz Verlag, Berlín.
- (1881), *Der Handelsvertrag mit Frankreich*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 19, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1882) *Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 19, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1883), *Brief an Eduard Bernstein, 8. Februar 1883*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 34, Dietz Verlag 1968, Berlín.

- Engels, F. (1885a), *Vorwort [zur ersten deutschen Ausgabe von Karl Marx' Schrift „Das Elend der Philosophie“]*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag 1969, Berlin.
- (1885b), *England 1845 und 1885*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag 1969, Berlin.
- (1885c), *Zur Geschichte des Bundes der Kommunisten* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag 1969, Berlin.
- (1885d), *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Berlin: Dietz Verlag 1969.
- (1886), *Dialektik der Natur* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 20, Dietz Verlag 1969, Berlin.
- (1888), *Einleitung zu Borkheims 'Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten'*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag, Berlin
- (1890a), *Brief an Conrad Schmidt, 22. Oktober 1890*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 37, Dietz Verlag 1969, Berlin.
- (1890b), *Entwurf einer Antwort an die Redaktion der «Sächsischen Arbeiter-Zeitung»*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Dietz Verlag, Berlin.
- (1891a), *Brief an Conrad Schmidt*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 38, Dietz Verlag 1968, Berlin.
- (1891b), *Zur Kritik des sozialdemokratischen*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 38, Dietz Verlag 1968, Berlin.
- (1891c), *Einleitung zu Marx' 'Bürgerkrieg in Frankreich'*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag, Berlin.
- (1891-1892), *Der sozialismus in Deutschland* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Dietz Verlag 1968, Berlin.
- (1892a), *[Vorwort zur zweiten deutschen Auflage der „Lage der arbeitenden Klasse in England“]*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Dietz Verlag 1963, Berlin.
- (1892b), *[Über einige Besonderheiten der ökonomischen und politischen Entwicklung Englands]*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Dietz Verlag 1963, Berlin.
- (1892c), *Die amerikanische Präsidentenwahl*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Dietz Verlag 1963, Berlin.
- (1893a), *Zur dritten Auflage [von: Karl Marx, Das Kapital. Erster Band]*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 23, Dietz Verlag 1968, Berlin.

- (1893b), *Vorwort zur zweiten Auflage von 1885* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 20, Dietz Verlag, Berlín.
- (1893c), *Kann Europa abrüsten?*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag, Berlín.
- (1894a), *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 20, Dietz Verlag 1968, Berlín.
- (1894b), *Vorwort [zu Karl Marx, Das Kapital. Dritter Band]*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 25, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1894c), *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 20, Dietz Verlag, Berlín.
- (1895a), *Einleitung [zu Karl Marx' „Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850“]*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 22, Dietz Verlag 1963, Berlín.
- (1895b), *Brief an Conrad Schmidt, 12. März 1895*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 39, Dietz Verlag 1968, Berlín.
- (1895c), *Brief an Werner Sombart, 11. März 1895*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 39, Dietz Verlag 1968, Berlín.
- Engels, F. y K. Marx (1845): *Die Heilige Familie*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 2, Dietz Verlag 1990, Berlín.
- Enss A. (1877), *Engels Attentat auf den gesunden Menschenverstand oder der wissenschaftliche Bankrott mi Marxistischen Sozialismus*, Grand Saconnex, Suiza.
- Fülberth, G. (2018), *Friedrich Engels*, PapyRossa Verlag, Colonia.
- Green, J. (2008), *Engels. A Revolutionary Life*, Artery Publications, Londres.
- Henderson, W.O. (1971), 'The firm of Ermen & Engels in Manchester', en: *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz für die Geschichte der Arbeiterbewegung*, 11/12, abril 1971, pp. 1-10.
- (1976): *The Life of Friedrich Engels*, 2 volúmenes, Frank Cass, Londres.
- Hildebrand, B. (1848), *Die Nationalökonomie der Gegenwart und Zukunft*, Literarische Anstalt, Frankfurt a.M.
- Hollander, S. (2011), *Friedrich Engels and Marxian Political Economy*, Cambridge University Press, Cambridge – Nueva York.
- Howard, M. C. y J. E. King (1989), *A History of Marxian Economics*, volumen I, 1883 – 1929, Macmillan, Basingstoke – Londres.

- Hunley, J. D. (1991), *The Life and Thought of Friedrich Engels. A Reinterpretation*, New Haven.
- Hunt, T. (2012), *Friedrich Engels. Der Mann, der den Marxismus erfand*, Ullstein, Berlin.
- Hutchinson, T. W. (1978), 'Friedrich Engels and Marxist Economic Theory', en: *Journal of Political Economy*, Vol 86, No 2, pp. 303-319.
- Illner, E. (2012), 'Das Textilunternehmen Engels in Manchester. Wirtschaftsbeziehungen und Arbeiterverhältnisse', in: *Marx-Engels-Jahrbuch 2011*, Berlin: Akademie Verlag, pp. 94 – 112.
- Kautsky, K. (1921), «Friedrich Engels», en *Der Kampf*, año 8.
- Kliem, M. (ed.): *Friedrich Engels – Dokumente seines Lebens 1820 – 1895*, Leipzig 1977 Kluchert, Gerhard (1985): *Geschichtsschreibung und Revolution. Die historischen Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels 1846 bis 1852*, Bad Cannstatt: Frommann – Holzboog, Stuttgart.
- König, J. G. (2008), *Friedrich Engels. Die Bremer Jahre 1838 bis 1841*, Klaus Kellner, Bremen.
- Krätke, M. (1994), 'Aktiengesellschaft', en: Wolfgang Fritz Haug (Ed.), *Historisch-kritisches Wörterbuch des Marxismus*, vol. 1, Argument Verlag, Hamburgo.
- (1998), «Kapitalismus und Krisen. Geschichte und Theorie der zyklischen Krisen in Marx' ökonomischen Studien 1857/58», en *Beiträge zur Marx-Engels-Forschung*, Neue Folge 1998, pp. 5 – 45.
- (2008), «Marx's 'books of crisis' of 1857-8», en Marcello Musto (ed.), *Karl Marx's Grundrisse*, Routledge, Londres – Nueva York.
- (2017), *Kritik der politischen Ökonomie heute*, VSA Verlag, Hamburgo.
- (Ed.) (2020), *Friedrich Engels. Wie ein 'Cotton-Lord' den Marxismus erfand*, Karl Dietz Verlag, Berlin.
- Labriola, A. (1949), *Lettere a Engels*, Ed. Rinascita, Roma.
- Lafargue P. (1890), *Erinnerungen an Karl*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Dietz Verlag, Berlin.
- Leontjew, L. A. (1970), *Engels und die ökonomische Lehre des Marxismus*, Akademie Verlag, Berlin.
- Levine, N. (1975), *The Tragic Deception. Marx contra Engels*, Clio Books, Oxford.
- (2006), *Divergent Paths. Hegel in Marxism and Engelsism*, Lexington Books, Londres.

- Lichtheim, G. (1961), *Marxism. A Historical and Critical Study*, Routledge, Londres.
- Limmroth, A. (2018), *Jenny Marx. Die Biografie*, Dietz, Berlín.
- Mandel, E. (1968), *Entstehung und Entwicklung der ökonomischen Lehre von Karl Marx*, Europa Verlag, Viena.
- Marcus, S. (1974), *Engels, Manchester, and the Working Class*, Vintage Books, Nueva York.
- Marx-Aveling, E. (1983), *Friedrich Engels*, Mohr und General, Berlín.
- Marx, K. (1843-45), *Historisch-ökonomische Studien (Pariser Hefte)*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Gesamtausgabe*, vol. IV / 2, Dietz Verlag 1981, Berlín.
- (1844) *Engels in den deutsch-französischen Jahrbüchern*, en: Marx-Engels Gesamtausgabe, vol. IV/2.
- (1845) *Thesen über Feuerbach* en: Karl Marx – Friedrich Engels. *Werke*, vol. 3, Berlín: Dietz Verlag.
- (1852a), *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 8, Dietz Verlag, Berlín.
- (1852b), «Die Chartisten», en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 8, Dietz Verlag, Berlín.
- (1857-58a), *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 42, Dietz Verlag 1983, Berlín.
- (1857-58b), *Exzerpte, Zeitungsausschnitte und Notizen zur Weltwirtschaftskrise (Krisenhefte). November 1857 bis Februar 1858*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, Gesamtausgabe, vol. IV / 14, Akademie Verlag 2017, Berlín.
- (1858), *Karl Marx, Brief an Friedrich Engels, 8. Oktober 1858*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 29, Dietz Verlag 1967, Berlín.
- (1859), *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 13, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1867), *Das Kapital. Erster Band*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 23, Dietz Verlag 1968, Berlín.
- (1872), *Rede über den Haager Kongress*, en Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 23, Dietz Verlag 1968, Berlín.
- (1880): *Das Kapital. Erster Band*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 19, Dietz Verlag, Berlín.
- (1894), *Das Kapital. Dritter Band*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 25, Dietz Verlag 1969, Berlín.

- Marx, K. (1988), *Vorarbeiten zum zweiten Abschnitt des 'Anti-Dühring'*, en MEGA vol. I/27.
- Marx, Karl y F. Engels (1845 – 1847), *Die deutsche Ideologie*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag, Berlín.
- (1848), *Manifest der Kommunistischen Partei*, en: MEW, vol. 4, pp. 470-473
- (1850a), *Revue, Januar/Februar 1850*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1850b), *Revue, März/April 1850*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1850c), *Revue, Mai bis Oktober 1850*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 7, Dietz Verlag 1969, Berlín.
- (1873), *Ein Komplott gegen die Internationale Arbeiterassoziation*, en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 18, Dietz Verlag, Berlín.
- (1886), *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie* en: Karl Marx – Friedrich Engels, *Werke*, vol. 21, Berlín: Dietz Verlag
- Mayer, G. (1934), *Friedrich Engels. Eine Biographie*, 2 vol., Martinus Nijhoff, La Haya.
- Meyer, R. (1894), *Der Capitalismus fin de siècle*, Verlagsbuchhandlung Austria, Viena.
- Mokyr, J. (2009), *The Enlightened Economy. An Economic History of Britain 1700 – 1850*, Yale University Press, New Haven – Londres.
- Przeworski, A. y J. Sprague (1988), *Paper Stones. A History of Electoral Socialism*, University of Chicago, Chicago.
- Raumer, F. (1836), *England im Jahre 1835*, F. H. Brodhaus, Leipzig.
- Rigby, S. H. (2005), *Engels and the formation of Marxism*, Manchester University Press, Inglaterra.
- Rosenberg, D. I. (1958), *Die Entwicklung der ökonomischen Lehre von Marx und Engels in den vierziger Jahren des 19. Jahrhunderts*, Dietz Verlag, Berlín.
- Rubel, M. (Ed.) (1968), *Karl Marx. Oeuvres. Économie II*, Gallimard, París.
- Saito, K. (2016), *Natur gegen Kapital. Marx' Ökologie in seiner unvollendeten Kritik des Kapitalismus*, Campus Verlag, Frankfurt-Nueva York.
- Schmidt, A. (1971), *Der Begriff der Natur in der Lehre von Marx*, Frankfurt am Main.

- Schumpeter, J. A. (1965), *Geschichte der ökonomischen Analyse*, 2 vol., Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.
- Scott, J. C. (2019) *Die Mühlen der Zivilisation. Eine Tiefengeschichte der frühesten Staaten*, Suhrkamp Verlag, Berlin.
- Stedman J. (1988), «Engels und die Geschichte des Marxismus», en *Klassen, Politik und Sprache*, Westfälisches Dampfboot, Münster.
- Timpanaro, S. (1978), *On Materialism*, Londres.
- Wallach, J. L (1968), *Die Kriegslehre von Friedrich Engels*, Europäische Verlagsanstalt Frankfurt am Main.
- Watts, J. (1842), *The Facts and Fictions of Political Economists: being a Review of the Principles of the Science, Separating the True from the False*, Manchester – Londres.

Apéndice

I. Selección de los escritos más importantes de Engels

I.a. Publicados en vida del autor

Briefe aus dem Wuppertal (1839) | Cartas desde Wuppertal.

Ernst Moritz Arndt (1841).

Schelling über Hegel (1841) | Schelling sobre Hegel.

Schelling und die Offenbarung (1842) | Schelling y la revelación.

Zur Kritik der Preußischen Preßgesetze (1842) | Crítica de la ley de prensa prusiana.

Briefe aus London (1843) | Cartas desde Londres.

Fortschritte der Sozialreform auf dem Kontinent (1843) | Progresos de la reforma social en el continente.

Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie (1844) | Apuntes para una crítica de la economía nacional.

Die Lage Englands. «Past and Present» by Thomas Carlyle (1844) | La situación de Inglaterra. «Past and Present» de Thomas Carlyle.

Die Lage Englands. I. Das achtzehnte Jahrhundert (1844) | La situación en Inglaterra. I. El siglo XVIII.

Die Lage Englands. II. Die englische Konstitution (1844) | La situación en Inglaterra. II. La constitución inglesa.

Rascher Fortschritt des Kommunismus in Deutschland (1844) | El rápido progreso del comunismo en Alemania.

Zwei Reden in Elberfeld (1845) | Dos discursos en Elberfeld.

Deutsche Zustände (1845) | Las condiciones en Alemania.

Die Lage der arbeitenden Klasse in England (1845) | La situación de la clase obrera en Inglaterra.

Die Heilige Familie (1845) | La sagrada familia (junto con Karl Marx).

Ein Fragment Fouriers über den Handel (1846) | Un fragmento de Fourier sobre el comercio.

Zirkular gegen Kriege (1846) | Circular contra la guerra (junto con Karl Marx).

Deutscher Sozialismus in Versen und Prosa (1847) | El socialismo alemán en verso y prosa.

Die Kommunisten und Karl Heinzen (1847) | Los comunistas y Karl Heinzen.

Grundsätze des Kommunismus (1847) | Fundamentos del comunismo.

Manifest der Kommunistischen Partei (1848) | Manifiesto del partido comunista (junto con Karl Marx).

Die Bewegung von 1847 (1848) | El movimiento de 1847.

Forderungen der Kommunistischen Partei in Deutschland (1848) | Reivindicaciones del partido comunista en Alemania (junto con Karl Marx).

Die deutsche Reichsverfassungskampagne (1850) | La campaña por la constitución imperial en Alemania.

Die englische Zehnstundenbill (1850) | La ley de jornada laboral de 10 horas inglesa.

Ansprache der Zentralbehörde an den Bund vom März 1850 (1850) | Circular del Comité Central a la Liga, marzo de 1850 (junto con Karl Marx).

Revue, Januar/Februar 1850 (1850) | Crónica, enero-febrero 1850 (junto con Karl Marx).

Revue, März/April 1850 (1850) | Crónica, marzo-abril 1850 (junto con Karl Marx).

Ansprache der Zentralbehörde an den Bund vom Juni 1850 (1850) | Circular del Comité Central a la Liga, junio 1850 (junto con Karl Marx).

Der deutsche Bauernkrieg (1850) | La guerra campesina en Alemania.

Revue, Mai bis Oktober 1850 (1850) | Crónica, mayo a octubre de 1850 (junto con Karl Marx).

[*Bedingungen und Aussichten eines Krieges der Heiligen Allianz gegen ein revolutionäres Frankreich im Jahre 1852*] (1851) | Condiciones y posibilidades para una guerra de la Santa Alianza contra una Francia revolucionaria en el año 1852.

Revolution und Konterrevolution in Deutschland (1852) | Revolución y contrarrevolución en Alemania.

England (1852) | Inglaterra.

Die wirklichen Ursachen der verhältnismäßigen Inaktivität der französischen Proletarier im vergangenen Dezember (1852) | Las verdaderas causas de la relativa inactividad de los proletarios franceses el pasado diciembre.

Deutschland und der Panslawismus (1855) | Alemania y el panslawismo.

Die Armeen Europas (1855) | Los pobres de Europa.

Po und Rhein (1859) | El Po y el Rin.

Karl Marx „Zur Kritik der Politischen Ökonomie“ (1859) | *Una contribución a la crítica de la economía política* de Karl Marx.

Savoyen, Nizza und der Rhein (1860) | Los Saboya, Niza y el Rin.

Über gezogene Kanonen (1860) | Sobre los cañones de ánima rayada.

Die französische leichte Infanterie (1860) | La infantería ligera francesa.

Die Geschichte des gezogenen Gewehrs (1860/61) | La historia del cañón de ánima rayada.

Die preußische Militärfrage und die deutsche Arbeiterpartei (1865) | La cuestión militar prusiana y el partido obrero alemán.

Was hat die Arbeiterklasse mit Polen zu tun? (1866) | ¿Qué relación tiene la clase obrera con Polonia?

Betrachtungen über den Krieg in Deutschland (1866) | Consideraciones sobre la guerra en Alemania.

Karl Marx (1869)

Vorbemerkung [zum zweiten Abdruck „Der deutsche Bauernkrieg“] (1870) | Prefacio [a la segunda reimpresión de *La guerra campesina en Alemania*].

Über den Krieg (1870-71) | Sobre la guerra.

Die angeblichen Spaltungen in der Internationale (1872) | Las pretendidas escisiones en la Internacional (junto con Karl Marx).

Zur Wohnungsfrage (1872-73) | Contribución al problema de la vivienda.

Mitteilungen über die Tätigkeit der Internationale auf dem Kontinent (1873) | Informaciones sobre la actividad de la Internacional en el continente.

Die Bakunisten an der Arbeit (1873) | Los bakuninistas en acción.

Flüchtlingsliteratur (1874-75) | Literatura de exiliados.

Soziales aus Rußland (1875) | Acerca de la cuestión social en Rusia.

Wilhelm Wolff (1876).

Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft (1877-78) | La revolución de la ciencia del señor Eugen Dühring

Die Arbeiterbewegung in Deutschland, Frankreich, den Vereinigten Staaten und Rußland (1878) | El movimiento obrero en Alemania, Francia, Estados Unidos y Rusia.

- Die europäischen Arbeiter im Jahre 1877* (1878) | Los obreros alemanes en el año 1877.
- Der Sozialismus des Herren Bismarck* (1880) | El socialismo del señor Bismarck.
- Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft* (1880) | El desarrollo del socialismo de utopía a ciencia [también traducido como: Del socialismo utópico al socialismo científico].
- Das Lohnsystem* (1881) | El sistema de trabajo asalariado.
- Die Trade Unions* (1881) | Los sindicatos.
- Notwendige und überflüssige Gesellschaftsklassen* (1881) | Clases sociales necesarias y superfluas.
- Die Mark* (1882) | La marca.
- Zum Tode von Karl Marx* (1883) | En la muerte de Karl Marx.
- Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* (1884) | El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.
- England 1845 und 1885* (1885) | Inglaterra en 1845 y 1885.
- Zur Geschichte des Bundes der Kommunisten* (1885) | Historia de la Liga de los comunistas.
- Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie* (1886) | Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.
- Die auswärtige Politik des russischen Zarentums* (1890) | La política exterior del zarismo ruso.
- In Sachen Brentano contra Marx wegen angeblicher Zitatfälschung* (1891) | Sobre la cuestión Brentano contra Marx por una supuesta falsificación de una cita.
- Einleitung zu Karl Marx' „Bürgerkrieg in Frankreich“* (1891) | Introducción a *La guerra civil en Francia* de Karl Marx.
- Einleitung zu Karl Marx' „Lohnarbeit und Kapital“* (1891) | Introducción a *Trabajo asalariado y capital*.
- Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurfs* (1891) | Crítica del borrador del programa socialdemócrata.
- Der Sozialismus in Deutschland* (1891-92) | El socialismo en Alemania.
- Vorwort zur englischen Ausgabe der „Lage der arbeitenden Klasse in England“* (1892) | Prólogo a la edición inglesa de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
- Einleitung zur englischen Ausgabe der „Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft“* (1892) | Introducción a la edición inglesa de *El desarrollo del socialismo, de utopía a ciencia*.
- Vorwort zur zweiten deutschen Ausgabe der „Lage der arbeitenden Klasse*

in England» (1892) | Prólogo a la segunda edición alemana de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
Kann Europa abrüsten? (1893) | ¿Puede haber un desarme de Europa?
Zur Geschichte des Urchristentums (1894) | Contribución a la historia del cristianismo primitivo.
Die Bauernfrage in Frankreich und Deutschland (1894) | La cuestión campesina en Francia y Alemania.
Einleitung zu Karl Marx' „Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850» (1895) | Introducción a *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* de Karl Marx.

I.b. Escritos inacabados, publicados de manera póstuma

Die deutsche Ideologie (1845 – 1847) | La ideología alemana (junto con Karl Marx, Moses Hess, Joseph Weydemeyer y Roland Daniels).
 [Die französische Arbeiterklasse und die Präsidentenwahl] (1848) | La clase obrera francesa y las elecciones presidenciales.
 [Proudhon] (1848).
 [Die großen Männer des Exils] (1852) | Los grandes hombres del exilio (junto con Karl Marx).
Die Geschichte Irlands (1870) | La historia de Irlanda.
Varia über Deutschland (1874) | Varia sobre Alemania.
Dialektik der Natur (1873 – 1883, 1885/86) | Dialéctica de la naturaleza.
Zur Urgeschichte der Deutschen (1881 – 1882) | Contribución a la prehistoria de los alemanes.
Fränkische Zeit (1881 – 1882) | La época de los francos.
Die Rolle der Gewalt in der Geschichte (1887-88) | El papel de la violencia en la historia.

II. Ediciones

Mayer, Gustav: *Friedrich Engels. Schriften der Frühzeit. Aufsätze, Korrespondenzen, Briefe, Dichtungen aus den Jahren 1838 bis 1844 nebst einigen Karikaturen und einem unbekannten Jugendbildnis des Verfassers*, Berlín 1920.
 Rjazanov, David (Ed.): *Friedrich Engels. Werke und Schriften bis Anfang 1844 nebst Briefen und Dokumenten*, Berlín 1930.

- Mehringer, Hartmut / Mergner, Gottfried: *Friedrich Engels – Studienausgabe*, 4 volúmenes, Reinbek bei Hamburg 1973.
- Karl Marx – *Friedrich Engels Werke*, 44 volúmenes, Berlín desde 1956.
- Karl Marx – *Friedrich Engels – Gesamtausgabe* (MEGA-2), cuatro secciones, editado por la Fundación Internacional Marx-Engels de Ámsterdam desde 1975 (desde 2011 también digital).

III. Literatura al respecto.

- Adler, Friedrich: *Ernst Mach's Überwindung des mechanischen Materialismus*, Viena 1918.
- Adler, Max: 'Engels als Denker', en: Adler, Marx., *Marx und Engels als Denker*, Frankfurt am Main 1972 [1920], S. 149 – 233.
- Bergmann, Theodor et al. (eds.): *Zwischen Utopie und Kritik. Friedrich Engels – ein „Klassiker“ nach 100 Jahren*, Hamburgo 1996.
- Bleuel, Hans Peter: *Friedrich Engels. Bürger und Revolutionär*, Berna – München 1981.
- Brandt, Willy: *Friedrich Engels und die soziale Demokratie*, Bonn – Bad Godesberg 1970.
- Carlton, Grace: *Friedrich Engels – the shadow prophet*, Londres 1965.
- Carver, Terell: *Marx and Engels: The Intellectual Relationship*, Brighton 1983.
- *Friedrich Engels. His Life and Thought*, Basingstoke 1989.
- Claeys, Gregory, 'The political ideas of the Young Engels 1842 - 1845: Owenism, Chartism, And the Question of Violent Revolution in the Transition from 'Utopian' to 'Scientific' Socialism, en: *History of Political Thought*, Vol. 6, No. 3 (invierno de 1985), pp. 455 – 478.
- Cornu, Auguste: *Karl Marx und Friedrich Engels. Leben und Werk, Erster Band 1818 – 1844*, Berlín 1954.
- *Karl Marx und Friedrich Engels. Leben und Werk, Zweiter Band 1844 – 1845*, Berlín 1962.
- *Karl Marx und Friedrich Engels. Leben und Werk, Dritter Band 1845 – 1846*, Berlín – Weimar 1968.
- Drahn, Ernst: *Friedrich Engels als Kriegswissenschaftler*, Leipzig 1915.
- *Friedrich Engels. Ein Lebensbild zu seinem 100. Geburtstag*, Viena 1920.
- *Friedrich Engels Brevier. Erinnerungsblätter zu seinem 100jährigen Geburtstage*, Viena 1920.

- Fleischer, Helmut: *Marx und Engels. Die philosophischen Grundlinien ihres Denkens*, Friburgo – München 1970.
- Gemkow, Heinrich: *Friedrich Engels. Eine Biographie*, Berlin 1972.
- Green, John: *Engels. A revolutionary life*, Londres 2008.
- Henderson, William Otto: *The Life of Friedrich Engels, Two Volumes*, Londres 1976.
- Herres, Jürgen: *Marx und Engels. Porträt einer intellektuellen Freundschaft*, Ditzingen 2018.
- Hirsch, Helmut: *Friedrich Engels*, Reinbek bei Hamburg 1968.
- Hobsbawm, Eric: «On Engels» *The Condition of the Working Class in England*, en Hobsbawm, Eric: *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*, Londres 2011, pp. 89 – 100.
- Hollander, Samuel: *Friedrich Engels and Marxian Political Economy*, Cambridge – Nueva York 2011.
- Hunley, J.D.: *The Life and Thought of Friedrich Engels. A Reinterpretation*, New Haven 1991.
- Hunt, Richard, *The Political Ideas of Marx and Engels*, 2 vols., Londres: Macmillan 1975 – 1984. Hunt, Tristram: *Friedrich Engels. Der Mann, der den Marxismus erfand*, Berlin 2012 [2009].
- Illner, Eberhard: 'Das Textilunternehmen Engels in Manchester', en: *Marx-Engels-Jahrbuch 2011*, Berlin 2012, pp. 94 – 112.
- Jenssen, Otto: *Marxismus und Naturwissenschaft. Gedenkschrift zum 30. Todestage des Naturwissenschaftlers Friedrich Engels*, Berlin 1925.
- Kautsky, Karl: *Friedrich Engels. Sein Leben, sein Wirken, seine Schriften, Zweite Auflage*, Berlin 1908.
- Kliem, Manfred: *Ich erinnere mich gern. Zeitgenossen über Friedrich Engels*, Frankfurt am Main 1971.
- (ed.): *Friedrich Engels – Dokumente seines Lebens 1820 – 1895*, Leipzig 1977.
- Kluchert, Gerhard: *Geschichtsschreibung und Revolution. Die historischen Schriften von Karl Marx und Friedrich Engels 1846 bis 1852*, Stuttgart – Bad Cannstatt 1985.
- König, Johann-Günter: *Friedrich Engels. Die Bremer Jahre 1838 bis 1841*, Bremen 2008.
- Körner, Klaus: *„Wir zwei betreiben ein Compagniegeschäft“. Karl Marx und Friedrich Engels. Eine außergewöhnliche Freundschaft*, Hamburgo 2009.
- Kopf, Eike: *Marxismus ohne Engels?*, Colonia 2017.
- Krätke, Michael: *Karl Marx' unvollendetes Projekt*, Hamburgo 2020.

- Krätke, Michael: *Kritik der politischen Ökonomie heute. Zeitgenosse Marx*, Hamburgo 2017.
- Labica, Georges / Mireille Delbraccio (eds.): *Friedrich Engels, savant et révolutionnaire*, París 1997.
- Labriola, Antonio, *Lettere a Engels*, Roma: Edizioni Rinascita 1949.
- Lea, John / Geoffrey Pilling (eds.): *The Condition of Britain. Essays on Frederick Engels*, Londres 1996.
- Levine, Norman: *The Tragic Deception: Marx Contra Engels*, Oxford 1975.
- Lichtheim, George: *Marxism. An Historical and Critical Study*, Londres 1961.
- Liedman, Sven-Erik: *Das Spiel der Gegensätze. Friedrich Engels' Philosophie und die Wissenschaften des 19. Jahrhunderts*, Frankfurt / Nueva York 1986 [1977].
- Engelsismus, en: W.F. Haug (Ed.), *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, tres volúmenes, Hamburgo 1997, pp. 384 – 392.
- Limmroth, Angelika: *Jenny Marx. Die Biographie*, Berlín 2014.
- München-Helfen, Otto / Nikolayevski, Boris: *Karl und Jenny Marx. Ein Lebensweg*, Berlín 1933.
- Marcus, Stephen: *Engels, Manchester and the Working Class*, Nueva York 1974.
- Mayer, Gustav: *Friedrich Engels. Eine Biographie. Erster Band: Friedrich Engels in seiner Frühzeit*, segunda edición, mejorada, La Haya 1934a.
- *Friedrich Engels. Eine Biographie. Zweiter Band: Engels und der Aufstieg der Arbeiterbewegung in Europa*, La Haya 1934b.
- McLellan, David: *Engels*, Glasgow 1977.
- *Marxism After Marx, Third Edition*, Basingstoke – Londres 1998 [1979].
- Mehringer, Hartmut / Mergner, Gottfried: *Debatte um Engels*, dos volúmenes, Reinbek bei Hamburg 1973.
- Meier, Olga (Ed.): *Die Töchter von Karl Marx. Unveröffentlichte Briefe*, Colonia 1981.
- Mondolfo, Rodolfo, *Il materialismo storico in Federico Engels*, Génova: Formiggini Editore 1912.
- Nimtz, August H., Jr.: *Marx and Engels. Their Contribution to the Democratic Breakthrough*, Albany 200.
- Nova, Fritz: *Friedrich Engels. His Contributions to Political Theory*, Nueva York 1967.
- Pelger, Hans (Ed.): *Friedrich Engels 1820 – 1970. Referate. Diskussionen. Dokumente*, Hannover 1971.

- Rigby, Stephen Henry: *Engels and the formation of Marxism. History, dialectics and revolution*, Manchester – Nueva York 2007 [1992].
- Rosenberg, D.I.: *Die Entwicklung der ökonomischen Lehre von Marx und Engels in den vierziger Jahren des 19. Jahrhunderts*, Berlín 1958.
- Roth, Regina: «Die Herausgabe von Band 2 und 3 des *Kapital* durch Engels», en: *Marx-Engels-Jahrbuch 2012 - 2013*, Berlín 2013, pp. 168-182.
- Rubel, Maximilien: «Nach Hundert Jahren: Plädoyer für Friedrich Engels», en: *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz für die Geschichte der Arbeiterbewegung*, 31 (1995), pp. 520 – 531.
- «La Légende de Marx ou Engels Fondateur», en: Rubel, Maximilien, *Marx critique du marxisme*, nueva edición, París 2000 [1972], pp. 45-55.
- Schmidtgal, Harry: *Friedrich Engels' Manchester-Aufenthalt 1842 – 1844*, Trier 1981.
- Schmidtgal, Harry: 'Friedrich Engels und Manchester', en: *MEGA-Studien*, 1996 / 2, pp. 16-39.
- Schmidtgal, Harry: «Friedrich Engels und Manchester. Teil II: Die Chartisten und das Fabrikssystem, die Lage der Arbeiterklasse, Manchester und seine soziale Exploration», en: *MEGA-Studien*, 1998 / 1, pp. 64-87.
- Sombart, Werner: *Friedrich Engels (1820 – 1895). Ein Blatt zur Entwicklungsgeschichte des Sozialismus*, Berlín 1895.
- Sperl, Richard (Ed.): *Friedrich Engels. Biographische Skizzen*, Berlín 1967.
- Stedman Jones, Gareth: 'Engels und die Geschichte des Marxismus', en: Stedman Jones, Gareth, *Klassen, Politik und Sprache*, Münster 1988, pp. 231-275.
- Ullrich, Horst: *Der junge Engels. Eine historisch – biographische Studie seiner weltanschaulichen Entwicklung in den Jahren 1834 – 1845*, primer volumen, Berlín 1961, segundo volumen, Berlín 1966.
- Vollgraf, Carl-Erich / Jürgen Jungnickel: «Marx in Marx' Worten?» Zu Engels' Edition des Hauptmanuskripts zum dritten Buch des *Kapital*, in: *MEGA-Studien*, 2 / 1994, pp. 3-55.
- Vollgraf, Carl-Erich, Richard Sperrl y Rolf Hecker (eds.): *Das Spätwerk von Friedrich Engels. Zur Edition in der Marx-Engels-Gesamtausgabe, Beiträge zur Marx-Engels-Forschung Neue Folge 2008*, Hamburg 2008.
- Wallach, Jehuda: *Die Kriegslehre von Friedrich Engels*, Frankfurt am Main 1968.
- Whitfield, Roy: *Frederick Engels in Manchester*, Salford 1988.

Datos biográficos

28 de noviembre de 1820 – Friedrich Engels nace en Barmen, hijo del fabricante de algodón Friedrich Engels y su esposa Elisabeth.

1834 - septiembre de 1837 – Estudios en el instituto (*Gymnasium*) de Elberfeld; Engels abandona sus estudios antes de tiempo por insistencia de su padre.

1837 - 1841 – Formación como asistente comercial en la empresa familiar en Barmen y, a partir de 1838, en Bremen.

Marzo - abril 1839 – Engels publica sus *Cartas desde Wuppertal* de manera anónima en el *Telegraph für Deutschland*.

Otoño 1841 - otoño 1842 – Servicio militar (como voluntario durante un año) en Berlín. Engels asiste a conferencias en la Universidad de Berlín.

Abril - diciembre 1842 – Corresponsal para la *Gaceta renana*.

Noviembre 1842 – Primer encuentro con Karl Marx en Colonia.

Invierno 1842 - otoño 1844 – Formación como comercial y gestor en Manchester.

Comienzos 1843 – Engels conoce a Mary Burns.

Finales agosto 1844 – Engels interrumpe su viaje de regreso de Manchester a Elberfeld en París y visita allí a Marx. Comienzo de su amistad y trabajo conjunto.

1844 - 1845 – Engels escribe en Barmen su libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

Febrero 1845 – Se publica *La sagrada familia*, la primera obra conjunta de Marx y Engels.

Julio - agosto 1845 – Marx y Engels viajan juntos a Londres y Manchester.

1847 - 1848 – Engels en Bruselas y París.

Enero 1847 – Engels, miembro de la Liga de los justos.

Octubre 1847 - febrero 1848 – Marx y Engels trabajan en el *Manifiesto del partido comunista*.

1848 - 1849 – Redactor de la *Nueva gaceta renana*, con Marx como redactor jefe.

Mayo - julio 1849 – Engels participa en las insurrecciones en Elberfeld y Baden y emigra tras su derrota, a través de Suiza y Francia, a Londres.

1850 – Traslado a Manchester, donde es contratado por Ermen & Engels.

1853 – Engels, miembro de la Bolsa de Londres.

1860 – Engels, administrador de Ermen & Engels.

Marzo 1860 – Fallece el padre de Engels. Engels regresa por primera vez desde 1849 a Barmen.

Enero 1863 – Fallece Mary Burns.

1864 – Engels, socio de Ermen & Engels.

1865 – Engels, miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT).

14 de septiembre de 1867 – Se publica el primer volumen de *El capital* en Hamburgo.

20 de septiembre de 1870 – Engels se traslada a Londres con Lydia Burns.

1870 - 1871 – Guerra franco-prusiana. Engels escribe 59 artículos sobre ella para el *Pall Mall Gazette*.

1870 - 1872 – Miembro del consejo general de la AIT.

1873 - 1883 – Friedrich Engels trabaja, con interrupciones, en el estudio del desarrollo de las ciencias naturales modernas y la teoría de la ciencia.

Septiembre 1878 – Fallece la segunda esposa de Engels, Lydia Burns. Engels contrae matrimonio con ella un día antes de su muerte.

Diciembre 1881 – Fallece la esposa de Marx, Jenny. Engels realiza el discurso fúnebre.

14 marzo 1883 – Marx fallece en Londres.

Julio 1885 – Aparece el segundo volumen de *El capital*, editado por Engels.

Agosto - septiembre 1888 – Viaje a EEUU y Canadá.

Agosto - septiembre 1893 – Engels viaja a Alemania, Suiza y Austria y participa como presidente de honor en el congreso de la Internacional Socialista.

Diciembre 1894 – Aparece el tercer volumen de *El capital*, editado por Engels, en Hamburgo.

Enero 1895 – Engels comienza los preparativos para unas obras completas de Marx.

5 de agosto de 1895 – Engels fallece en Londres.

Es hablar de Friedrich Engels (1820 - 1895) y pensar de inmediato en Karl Marx. Lo contrario apenas ocurre. Aunque el propio Engels se describió como «segundo violín», no cabe subestimar su influencia en la vida y obra de Marx.

En el marxismo-leninismo, estos viejos amigos, Engels y Marx, se convirtieron en una suerte de Jano. Pero la criatura bicéfala de la mitología de los partidos marxistas nunca existió. Engels desempeñó su propio papel, único e influyente. Lo que está fuera de duda es que sin Engels nunca hubiera existido Marx.

Krätke nos acerca a la figura singular del magnate del algodón convertido en enterrador de la clase que le vio nacer haciendo un repaso de los principales elementos creativos que Engels introdujo en el pensamiento contemporáneo, así como en el movimiento socialista internacional. Un libro clave para entender esta figura en el 200 aniversario de su nacimiento.



**Bellaterra
Edicions**

Serie General Universitaria

ISBN 978-84-122730-6-5

